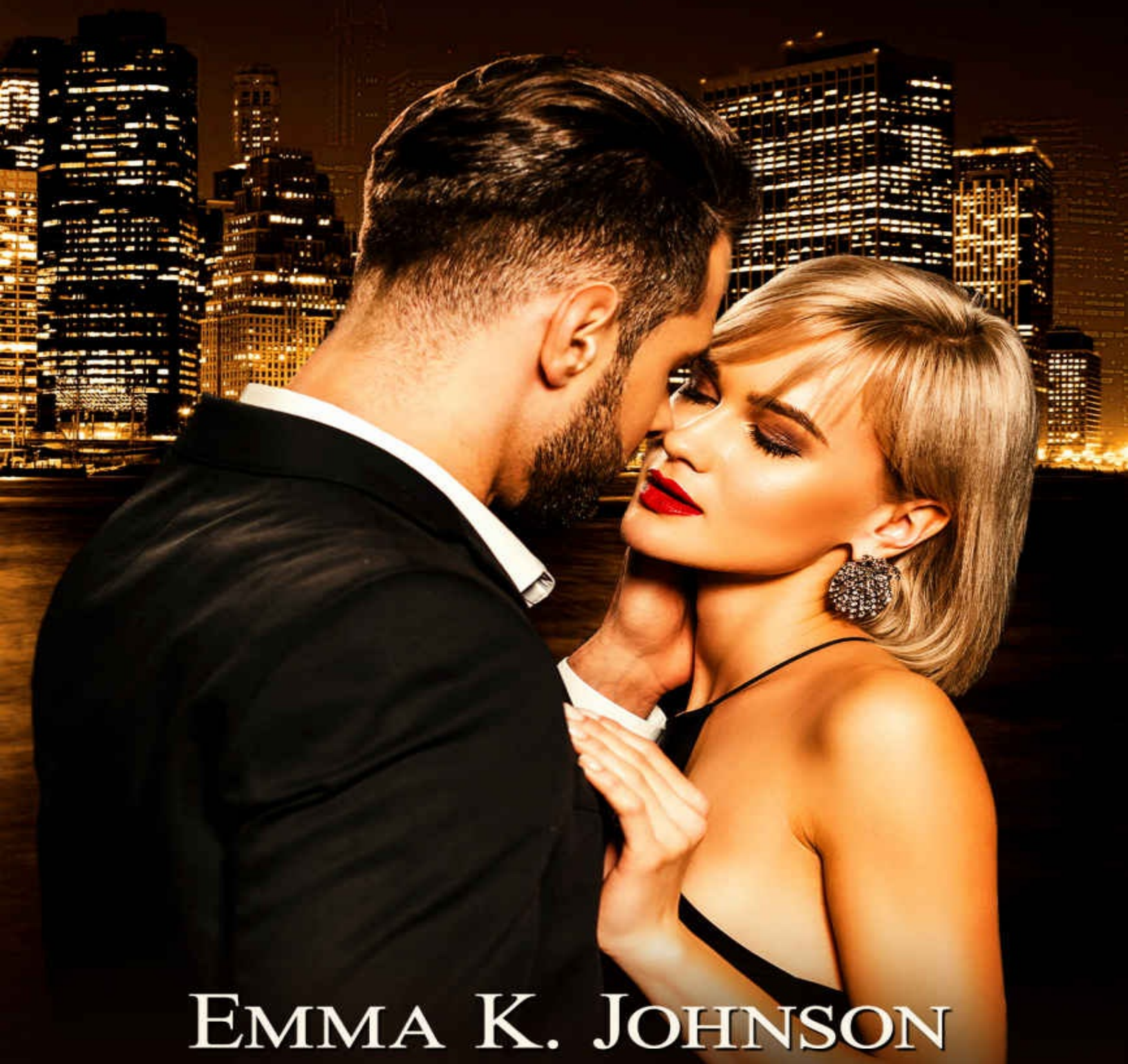


UNA EMPLEADA MUY ESPECIAL



EMMA K. JOHNSON

Una Empleada Muy Especial

por Emma K. Johnson

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2020, Emma K. Johnson.

CONTENIDO

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Capítulo 31.](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos y otras obras](#)

Capítulo 1.

Dolly

—Ay, mi cabeza —dije para mí misma al darme la vuelta en la cama—. Dios mío, si borracha te ofendí...

Aspiré profundo y me estremecí con el exquisito aroma invadiendo mis fosas nasales detonando sensaciones que sin duda viví anoche, pero estaba demasiado ebria y lo disfrutaba demasiado para molestarme en guardarlo en mi memoria... Otra vez.

“Hostia, qué rico huele este tipo,” pensé. No recordaba haberme acostado con nadie la noche anterior, pero tampoco era la primera vez que me sucedía.

Al menos el tío olía a gloria absoluta, y mi cuerpo estaba tan relajado que debió haber hecho demasiado bien las cosas. Ni después de todo lo que bebí la noche anterior tenía síntomas de resaca.

Abrí mis ojos y parpadeé fuerte un par de veces. Al notar que miraba un poco borroso busqué mis gafas en la mesita de noche y alrededor de la habitación.

—Brillante, Dolly —susurré para mí misma, sentándome en la cama—. ¿Ahora dónde las dejaste?

“Menos mal que tengo como tres pares en mi apartamento en caso de haberlas perdido... Otra vez.”

Resignada a iniciar mi día con visión en baja resolución, miré en la habitación donde me encontraba. Todo era muy moderno, con muros blancos y muebles color chocolate de estilo minimalista. La cama donde descansaba mi trasero era como una nube que me exigía volverme a acostar, las almohadas largas eran gigantescos bombones cubiertos de chocolate oscuro que aún guardaban el aroma del hombre misterioso que me sedujo anoche, y no podía creer lo fresca que estaba bajo ese edredón.

—Un momento —dije para mí misma, mirando a mi alrededor—. ¿Dónde está este tipo?

Me levanté y miré al piso alfombrado. Encontré mis tacones bien acomodados al pie de la cama antes de asomarme por una puerta abierta.

Era el baño. Caray, toda mi habitación podría haber cabido en ese lugar. La ducha tenía una puerta de vidrio transparente y había una tina de porcelana empotrada a un lado de ella. Al asomarme al espejo noté que aun traía puesto el vestido anaranjado que Malena me había regalado para mi cumpleaños.

—Guau, debimos estar demasiado cachondos para que ni me haya quitado la tanga —dije para mí misma, mirándome al espejo y dándome cuenta que todavía traía mi sujetador y bragas

puestas. Me apoyé en el lavabo y suspiré—. Maldita sea, Dolly, ya basta de tonterías. Necesitas dejar de...

Alcancé a ver un movimiento de reojo en la orilla de la puerta semiabierta a la habitación. Volteé y me quedé helada al ver al animal ahí sentado: un pitbull gris, con una mancha blanca que le cubría el pecho y otra que le cubría la cima de su cabeza. Por Dios ¡Era gigantesco! ¡sus músculos tenían músculos, por Dios!

Me miraba con ojos blancos llenos de curiosidad, o quizá hambre.

—Hola perrito —dije con voz temblorosa tratando de sonreír. El animal aquel abrió su boca y dejó salir su lengua—. No tienes hambre, ¿verdad? No quieres comerme. Seguramente voy a saber a cigarrillos y cerveza y nachos y pizza con champiñones.

Me paré frente a la puerta, mirando al perro a los ojos unos largos instantes, tratando de idear la forma de que se quitara de ahí.

Pero luego volteó hacia la otra puerta de la habitación y salió corriendo hacia ella, abriéndola de un cabezazo y siguiendo su camino.

—Vale, vámonos de aquí —dije, tomando mis zapatos, uno en cada mano.

Salí de la habitación caminando de puntillas, como lo había hecho otras veces. El lugar era increíble, el más lujoso donde alguna vez había despertado. La vista me dejó boquiabierto: podía verse toda la ciudad hasta el océano. Ya eran varias horas más tarde, pero pude imaginar lo impactante que se vería un amanecer desde ese lugar. Reconocí algunas de las piezas de arte colgadas de los muros y pequeñas esculturas adornando los muebles y mesitas de la sala.

“Definitivamente anoche debió ser el polvo más lujoso que he...”

—Buenos días —dijeron detrás de mí.

Grité, di la vuelta, y arrojé uno de mis tacones en aquella dirección. El pitbull brincó y atrapó mi zapato un buen tramo antes de que diera en su blanco.

Cruzando la sala, al otro lado de una isla de comedor, estaba un sujeto con camisa blanca, chaleco y corbata gris mirándome con una sonrisa. Tenía enrolladas las mangas de su camisa, y apenas y alcanzaba a percibir una ligera mueca atravesada en su rostro. Su barba se veía muy bien cortada, y su peinado hacia atrás no parecía tener un solo cabello fuera de lugar.

—Duquesa —ordenó sin quitarme la mirada de encima—, suéltalo.

—¿Duquesa? —dije con risa nerviosa— Me han dicho bebé, muñeca, nena, pero nunca...

Él apuntó con su dedo índice a su perra. Cuando miré noté que ya había dejado mi tacón en el piso y esperaba sentada.

—Así se llama el perro, claro —murmuré para mí misma, sonriendo, cerrando mis ojos y esperando que el suelo se abriera y me tragara por completo.

Cuando abrí los ojos el hombre ya estaba a unos pasos de mí. Quedé paralizada mientras él extendía sus brazos hacia mí y tocaba mi rostro con ambas manos mientras me miraba a los ojos.

—¿Cómo se siente, señorita? —preguntó.

Sus manos eran cálidas, y me tocaba con una delicadeza y seguridad que algo en mí me hacía saber que estaba en buenas manos.

“Claro, también puede ser que mi cuerpo recuerde lo bien que este hombre puede hacerme sentir,” pensé mientras sonreía y dejaba que mis mejillas ardieran y el resto de mi piel vibrara.

—¿Náuseas? ¿Dolor de garganta? —preguntó.

—No —dije, extrañada, mirando esos ojos café suyos que parecían estarme analizando a más profundidad cuanto más tiempo pasara examinando mi rostro.

—¿Qué recuerda de anoche?

Me solté riendo. —No lo tomes a mal, guapo, pero el que no recuerde lo bien que lo pasamos no significa que no me lo haya pasado increíble.

Él dejó de tocarme el rostro y dio un paso atrás mientras sonreía. —Está algo deshidratada, pero era de esperarse considerando el estado en que la encontré.

—¿Estado en que me encontró? —pregunté extrañada.

—Debería sentarse —dijo, apuntando a su sillón, donde me senté sin pensarlo—. Debe tener sed. Le traeré agua.

—Vale —dije, negando con la cabeza—. Repita eso de “el estado en que me encontró” —le miré mientras traía un vaso con agua.

Él respiró profundo. —Mi nombre es Logan —dijo con calma—. Anoche cuando llegué frente al vestíbulo escuché un ruido venir del callejón junto al edificio, y ahí la encontré.

Mi garganta se cerró y mi estómago se retorció un poco al escucharle.

—Estaba con un hombre, pero se fue corriendo cuando me acerqué a ofrecer mi ayuda —continuó Logan despacio—. Soy médico.

—Entonces no me... —dije, todavía sin poder respirar.

—No —dijo Logan—. Traté de llamar a la policía y a una ambulancia para que le llevaran a un hospital, pero usted fue bastante insistente en que no le llamara a ninguno y que sólo necesitaba que la subiera a un taxi.

—¿Y me hizo caso? —pregunté extrañada mientras cubría mi rostro con mi mano. “*Por favor, no necesito lidiar con la policía otra vez.*”

Él se encogió de hombros y sonrió. —Arrojé mi móvil a la calle —dijo—. Supuse que tenía sus motivos para no querer hablar con la policía, así que no insistí.

Asentí y le miré a los ojos. Podía ver que aún tenía más que contarme. —¿Cómo terminé aquí?

Logan sonrió. —No podía dejarla en la calle —me entregó el vaso con agua y bebí de él—. El portero me ayudó a subirla y a acostarla en mi cama.

—Entonces tú y yo no... —dije, apuntando hacia él luego hacia mí una y otra vez.

Logan negó con la cabeza. —No, por supuesto que no.

Miré alrededor y encontré en otro sofá una sábana doblada y una almohada encima de ella.

—Guau —dije, tratando sin éxito de contener mi risa—. Lo siento, así debe ser encontrarse un unicornio.

—¿Perdón? —dijo Logan entre risas.

—Nada, no me hagas caso —dije, sacudiendo mi cabeza. Di un brinquito cuando algo helado tocó mi muslo desnudo a unos centímetros de mi falda. Miré y el perro de Logan se había sentado junto a mis piernas y me miraba.

Acerqué despacio mi mano, y el pitbull no se movió. Seguí acercándola, y la puse encima de su cabeza y le rasqué.

—Le agrada —dijo Logan—. Se llama Duquesa.

—Qué bonita, Duquesa —dije, girando mi cuerpo hacia ella y animándome a rascarle debajo de su mandíbula con mi otra mano—. Gracias, Logan.

—No hay de qué —dijo él antes de ponerse de pie—. ¿Quiere desayunar algo?

—No —dije, levantándome—. Debería irme —miré a mi alrededor—, ¿dónde está mi bolso?

—Lo lamento —dijo Logan—. Cuando la encontré no traía bolso, ni móvil.

—¿Y gafas? —pregunté, formando un círculo con mi mano encima de mi ojo.

—Ni gafas, lo lamento.

“*Perfecto, Dolly,*” pensé, negando con la cabeza.

—Tengo una limusina disponible para mí —dijo Logan con toda la calma del mundo—. Puede llevarla a donde necesite, incluso...

—Ya ha hecho bastante por mí —dije, poniéndome uno de mis tacones, y luego caí en cuenta que el otro seguía al otro lado de la sala junto a la cocina. Respiré profundo, miré a Logan de reojo, luego caminé con un sólo tacón hasta el otro.

—Espere —dijo Logan, acercándose hacia mí justo cuando deslizaba mi pie en mi otro zapato—. Si no tiene dinero, ¿cómo llegará a su casa?

—Me las ingeniaré, guapo —dije, guiñándole un ojo—. Gracias, de verdad. No tienes idea qué sorpresa tan agradable es ver que aún quedan hombres decentes.

Logan caminó alrededor de mí y se dirigió a la puerta de su apartamento de lujo, donde esperó a que me acercara. Sacó un manojo de billetes bien doblados de su bolsillo, separó algunos, y me los ofreció.

—Por favor —dijo—. Al menos para el taxi y algo para desayunar. Insisto.

Miré los billetes, respiré profundo, y los tomé. —De acuerdo —dije, sonriendo—, sólo

porque es *tan* insistente.

Nos miramos a los ojos unos momentos, y pude ver qué tipo de hombre era: disciplinado, confiado, acostumbrado a tener el control de las cosas, pero al mismo tiempo veía un brillo en sus ojos que en mi experiencia sólo tenían los hombres de corazón amable.

—Soy Dolly —dije, ofreciéndole a estrechar mi mano—. No sé si se lo dije anoche mientras desvariaba ebria, pero...

Él tomó mi mano con la suya, y no fui capaz de emitir otra palabra. Lo hizo con una firmeza, pero no tanta como para apretarla. Lo miraba a los ojos, y él a los míos, y no pude evitar sonreír como una boba. Literal pudo haber hecho conmigo lo que quisiera. Caray, el tipo promedio con el que suelo liarme lo hubiera hecho.

Pero él no. Él... me cuidó. ¿Cómo era tan jodida mi vida para que el comportamiento decente me resultara extraño?

Cerré el espacio entre nosotros de un rápido paso, y planté mis labios contra los suyos. Algo detonó en mí cuando hice eso y me derretí por dentro. Presioné mi boca contra la suya con todas sus fuerzas, y por alguna misteriosa razón correspondió el beso con la misma intensidad que yo.

Restregué mi cuerpo contra el suyo, y tomé su rostro con mis manos. Abrí mi boca tanto como pude, desquiciada por mi impulso y maravillada con la forma en que nuestras lenguas se saboreaban una con la otra, dejando que esa exquisita electricidad entre nosotros fluyera entre nuestras bocas.

“Definitivamente no besa como un niño bueno,” pensé.

Él me tomó de la cintura con ambas manos, y solté una risilla al decidir que si él quisiera tomarme podría hacerlo. Carajo, al restregarme contra él podía darme una idea del maravilloso físico que el doctor tenía.

Jamás me había emocionado así con un beso. Ni siquiera ebria mi cuerpo se había encendido como lo estaba haciendo en ese momento. Me estremecí por completo ahogada en exquisitas cosquillas por dentro y fuera de mi cuerpo, y estaba lista para subirme encima de él.

Pero él rompió el beso, y yo quedé boquiabierta pegando mi frente a su mentón tratando de recuperar el aliento. *“¡Qué manera de besar!”* pensé mientras reía.

—Menuda forma de presentarse, Dolly —susurró Logan, y yo solté una carcajada.

Levanté la mirada y asentí. —Llévame a la habitación —le dije, agarrándole la corbata y tirando de ella.

Logan sonrió. —No creo que eso sea buena idea.

—Guapo, lo estoy sugiriendo porque no es una buena idea..

Apretó su agarre en mi cintura, y yo sabía que estaba por ceder al impulso de permitirme “agradecerle” sus atenciones conmigo, pero su móvil sonó y él gruñó.

—Discúlpame un segundo —dijo.

Reí mientras me apoyaba en la pared, mirándolo caminar hacia la isla de su cocina, donde había dejado su móvil. Miré su rostro, tratando de predecir lo que me diría, pero aquel tío era más difícil de leer que el chino-mandarín.

—Lo lamento, Dolly —dijo Logan, despacio, como si estuviera siendo obligado a decir esas palabras mientras escribía un mensaje en su móvil—. Necesito atender un asunto urgente.

—Vida o muerte, ¿no, guapo? —dije, mirándolo acercarse a mí sin quitar su mirada de la pantalla de su móvil.

—Algo así —dijo.

Me acerqué despacio, tomé su móvil de sus manos, abrí su aplicación de contactos, y grabé mi información en él. Noté la pantalla rota y suspiré aliviada de que las funciones táctiles aún sirvieran. —Llámame por la tarde o por la noche. Para entonces ya tendré un móvil con mi número. Y... —le ofrecí a tomar su aparato— yo te reparo la pantalla, no te preocupes por eso.

Logan asintió al tomar el móvil de mi mano. —Lo haré.

Sonreí y salí de su apartamento, luchando a todo momento en dar la vuelta y obligarle a permitirme “agradecerle” como es debido.

—No, Dolly —me dije a mí misma mientras las puertas del elevador privado se cerraban—. Anoche tuviste mucha suerte. No intentes abusar de ella.

Capítulo 2.

Logan

—Buenos días, Erika —saludé a la nueva recepcionista cuando entré al vestíbulo de mi edificio.

La jovencita levantó la mirada boquiabierta. —¡Buenos días, señor Dreschner!

Seguí caminando hacia los ascensores. —Antonio, buenos días —saludé al guardia, un señor cada día más cerca de su jubilación, pero con mejor actitud que muchos empleados a los que les doblaba la edad.

—Buenos días, señor —dijo sin quitar la vista al frente—. ¿Todo bien esta mañana?

—Yo diría que “interesante” —dije con una sonrisa, recordando a esa mujer peculiar cuyos efectos de su beso aún podía sentirlos en mis labios y mi cuerpo. Jamás había estado tan cerca de perder el control con una mujer.

“Si Cosme no me hubiera llamado quizá seguiría con ella,” pensé.

Entré al elevador, y ya había dos mujeres con vestidos ejecutivos cotilleando sobre algo. Sin duda venían del estacionamiento subterráneo. Ambas me miraron de reojo.

—Buenos días, señor Dreschner —saludó una de ellas, y ambas me ofrecieron su mejor sonrisa coqueta.

—Buenos días, señoritas.

Di la vuelta y esperé a que se cerraran las puertas del elevador. Las miré reflejadas en el metal pulido que parecía un espejo. La forma en que se miraban y hacían gestos entre ellas me daba a entender que sabían bien quién era yo. Ambas eran jóvenes, atractivas, y calculé que si les hubiera pedido su nombre y su teléfono me lo hubieran dado sin pensarlo. Estaba claro que sabían quién era yo, y a juzgar por sus gestos no se opondrían a que yo me insinuara.

“Lástima que trabajen aquí,” pensé al notar las credenciales de mi compañía colgando de sus cuellos. Cualquier interés que hubiera tenido en conocerlas se esfumó. Ni siquiera me giré a verlas cuando bajaron en el piso donde sabía tenía mi departamento de Publicidad.

Cuando llegué al piso cincuenta sonreí al ver a Cosme mirando su teléfono. Le había querido preguntar si gastaba la totalidad de su sueldo en ropa pues había días que vestía con más estilo que algunos ejecutivos y empresarios que conocía. Si yo no lo enviara a hacer mis compras por mí quizá vestiría mejor que yo. Él levantó la mirada, guardó su móvil, y se acercó a mí para entregarme una carpeta.

—Aquí tienes el documento impreso, Logan —dijo.

—Gracias, Cosme —le dije, tomando el documento y caminando hacia mi oficina—. Llama a...

—La doctora Robledo ya te espera en la oficina.

Me giré a verle de reojo. —También manda llamar a...

—El Hulk ya está también adentro —dijo Cosme sin pensarlo. Le miré y aclaró su garganta—. Perdón, *el ingeniero Ibarra*.

Solté una corta carcajada. —No tienes remedio. También voy a necesitar...

—Un café americano doble con canela y vainilla ya te espera en tu escritorio —dijo Cosme—. También tienes una reunión a las once de la mañana con Martín Deschamps, una comida con el señor Medina de Powers, Medina y Riquelme, y tu hermano ha estado intentando meterse a tu agenda.

Me detuve ante la puerta cerrada de mi oficina, ajusté las solapas de mi chaqueta, y miré a Cosme.

—¿Qué haría sin ti, amigo mío? —pregunté con una sonrisa.

—Lo mismo que cualquier ejecutivo en esta ciudad —dijo sin pensar—: contratar a una secretaria moderadamente competente con vocecita de niña consentida que tendría un par de muslos siempre expuestos en una falda que apenas y pasaría los criterios de nuestro código de vestimenta.

—Pero ninguna tendría el estilo que tienes tú, amigo mío —dije, apuntándole al rostro con mi dedo índice.

Cosme me miró con ojos llorosos y con una mano en su pecho. —Eso debe ser lo más lindo que me has dicho desde que me contrataste.

Reí mientras le daba una palmada en el hombro. —Anota los mensajes hasta que termine.

—Sí, señor.

Entré a mi oficina y ambas personas que estaba sentadas en las sillas frente a mi escritorio se pusieron de pie.

Eva se veía impecable, como siempre. Su cabello negro y brillante caía hasta la mitad de su espalda, y ese traje azul cielo acentuaba su morena belleza, aunque no había atuendo en el planeta que pudiera ocultar esa figura. No había cambiado casi nada en los años que nos conocíamos desde la escuela de medicina.

Juan metió sus manos de inmediato en los bolsillos de su pantalón que parecía quedarle apretado. Asumí que un hombre de su corpulencia y estatura tendría ese problema con casi toda su ropa.

—Buenos días —les saludé, deteniéndome a un metro de ellos antes de darles la carpeta que Cosme me había entregado—. ¿Me pueden explicar esto?

Eva la abrió mientras me dirigía a mi escritorio, donde encontré mi taza de café humeante

cerca del monitor de mi ordenador.

—¿Diez por ciento de falsos positivos? —les pregunté mientras tomaba mi taza.

—Logan, por la forma en que hacen pruebas de sangre yo te advertí que habría un porcentaje alto de falsos positivos —dijo Eva, entregándole la carpeta a Juan, pero sin quitarme la mirada de encima.

—Sí —dijo Juan, asintiendo—. Ya te había dicho que esperábamos un número alto. Sería necesario hacer ajustes.

—Esperaba un siete, ocho por ciento —les dije—. ¿pero diez? —di un sorbo a mi café mientras Eva y Juan se miraban a los ojos— Esto es inaceptable. Si voy a la mesa directiva con estos resultados después de invertir millones de dólares en su desarrollo me obligarán a cerrar el proyecto de la Pulsera Rx, y tendrán razón en hacerlo.

—Lo sabemos, Logan —dijo Eva—. Hay que mejorar el proceso de análisis de la muestra, y encontrar otro hospital donde hacer las pruebas. Ya tengo reuniones con...

—La Pulsera necesita tener una certeza superior al noventa y nueve punto cinco por ciento —les dije—. De lo contrario ningún hospital en el mundo la querrá.

—Los programadores nuevos que contraté deben ayudarnos a acercarnos a ese número —dijo Juan—. Uno de ellos es el mejor de su clase en MIT, y la otra...

—No me interesa el currículum de tus nuevos subalternos, Juan —le dije, levantando mi mano—. Sólo que puedan solucionar el problema.

—Sí, señor —dijo, asintiendo como loco.

—Mejoren los procesos de análisis. Reescriban el código de programación si es necesario —le ordené a Juan, luego miré a Eva—, y tú sigue buscando hospitales donde podamos hacer más pruebas cuando tengamos lista la Pulsera —agité mi mano mientras me sentaba en mi silla—. Se pueden ir.

Juan dio la vuelta y caminó tan rápido como pudo, pero Eva se quedó inmóvil, mirándome a los ojos unos momentos antes de sonreír, darse la vuelta y seguir a Juan.

Levanté la pantalla de mi portátil y abrí mi correo electrónico. Apoyé mi codo en el escritorio, y froté mi mentón con mis nudillos mientras miraba la salida de mi oficina.

Recordé la explosión dentro de mi pecho cuando Dolly me besó. Mi corazón jamás había palpitado de aquella manera. Mis entrañas jamás me habían quemado de esa forma. Jamás había siquiera considerado perder una mañana de trabajo con tal de explorar las consecuencias de un beso.

“*Sin duda jamás me sentí así con Eva,*” pensé, respirando profundo al ver a la puerta de mi oficina. Qué mujeres tan distintas en físico, y sin duda también en forma de ser.

El teléfono de mi escritorio sonó. Activé el altavoz y miré la pantalla de mi ordenador. —Dime, Cosme.

—El señor Richard está aquí para verlo —gruñí y miré al techo—. ¿Le pido que deje...?

¡Oiga!

“*Maldita sea*” pensé, poniendo mi mano abierta en mi rostro.

—Si tiene tiempo de contestar el teléfono, tiene tiempo para hablar con su hermano mayor —dijo Richard mientras entraba a mi oficina.

—Adelante, hermano —dije, apuntando a las sillas frente a mi escritorio—, ¿qué se te ofrece?

Richard entró y miró alrededor como siempre lo hacía, ajustando sus gafas modernas. No necesitaba de un adivino para saber que imaginaba lo distinta que sería aquella oficina si nuestro padre le hubiera heredado a él la compañía y no a mí.

—Ese cuadro es nuevo —dijo, mirando la pintura colgada junto a mi televisión.

—Lo es —dije, viendo en la dirección que él lo hacía—. Lo compré en aquella subasta de Johan Mercer.

—¿La de la recaudación de fondos? —dijo Richard—. Sigo sin entender a qué vas a esas cosas. Basta con mandar un cheque para poderlo deducir de nuestros impuestos.

Resoplé y negué con la cabeza. “*Típico de Richard*,” pensé.

—¿Qué necesitas, hermano? —pregunté, mirándolo pavonearse por mi oficina— ¿Acaso harás lo que nuestra madre cuando estaba con nosotros y criticarás cómo paso mi tiempo libre?

—¿Qué tiempo libre, Logan? —preguntó Richard entre risas. Él tomó una pirámide de ónix de una mesita junto a la ventana— No, vine a saber cómo van las cosas con tu capricho de cien millones de dólares.

—Bien, Richard —le dije—. El desarrollo de la Pulsera Rx va bien encaminado.

—¿Tendrás algún informe que pueda leer? —dijo Richard.

—¿Por qué el interés?

—Soy el Director Financiero de la compañía, hermanito —dijo Richard, dejando la pirámide en su lugar antes de regresar su atención a mí—. Necesito saber detalles para ir analizando con la gente de contabilidad los costes de su producción e ir haciendo un plan de negocios.

—Nunca habías mostrado tanto interés en ese proyecto, hermano —dije con una sonrisa.

Richard sonrió. —Necesito saber el tamaño del desastre para saber cómo mitigar las consecuencias, hermanito —he de haberle dado una mirada fulminante pues dejó la pirámide en la mesa— ¿Vas a regañarme por hacer bien mi trabajo, Logan? ¿No es eso lo que siempre has querido?

Me acomodé en mi silla y asentí. —En la siguiente junta de la mesa directiva rendiré un informe de avances del desarrollo de muchos proyectos, incluida la Pulsera Rx. Tendrás que esperar igual que todos.

Richard chasqueó sus labios. —Vamos, hermanito —dijo—. ¿No confías en mí?

Solté una carcajada. —¿De verdad quieres que conteste eso?

—Tienes razón —dijo Richard—, la pregunta es tan retórica que raya en lo idiota.

—Menos mal que lo reconoces, *Ricky*.

Richard apuntó su dedo hacia mí. Podía ver ese fuego en sus ojos que siempre aparecía cada vez que le llamaba de esa manera. —Espero con ansías leer de tu proyecto preferido, hermanito. Después de todo, otras áreas de la compañía han sufrido atrasos por dedicar tantos recursos a tu pulserita. Me muero por saber si habrá valido la pena.

—Lo hará, *Ricky* —dije con una sonrisa mientras apuntaba con mi mano abierta hacia la puerta—. Si me disculpas, tengo una compañía que dirigir.

Él y yo nos miramos a los ojos unos instantes antes de que se diera la vuelta y se fuera de mi oficina.

Respiré profundo. “*Y pensar que podría estar en los brazos de Dolly en este momento,*” pensé, recordando su sonrisa pícara.

Saqué mi móvil y encontré su número entre mis contactos. Lo miré unos momentos, tentado a llamarle, a pesar de que me había pedido que lo hiciera más tarde.

“*Supongo que puedo esperar.*”

Capítulo 3.

Dolly

—Más vale que estés en casa —dije para mí misma antes de tocar a mi puerta con puño cerrado.

No pasaron ni cinco segundos antes de que se abriera y una criatura demasiado fuerte para su complexión delgada me tomara entre sus brazos y sacara todo el aire de mis pulmones de un apretón.

—¡Dolly! —gritó Malena mientras me abrazaba— ¡Me tenías demasiado preocupada!

—No... puedo... respirar... —dije teniendo su larguísima cabellera en la cara.

Ella me soltó, logré respirar, y miré a mi compañera de piso a la cara. Tenía los ojos irritados y sus mejillas mojadas, como si hubiera estado llorando durante horas. Hasta con ojeras y el maquillaje corrido se veía de lo más tierna. Con razón tenía tantos hombres interesados en ella.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó— ¡Al menos me tendrías que haber llamado si tenías pensado pasar la noche con ese bombón que te estabas comiendo!

Sonreí y negué con la cabeza al entrar. —Ese *bombón*, Malena —dije, caminando hacia mi habitación—, me dejó en el puto callejón porque andaba demasiado ebria para poder caminar bien.

—¡Qué imbécil! —ella se cubrió la boca— ¿Y qué te pasó? ¿Por qué no pediste un taxi o regresaste al club con nosotras?

Sonreí, recordando el beso que compartí con mi héroe. —Tuve un ángel guardián anoche.

—¿Qué? —Malena se quedó mirándome mientras entraba a mi habitación— ¿Cómo que “un ángel guardián”?

Quitó la pila de ropa encima de la silla de mi escritorio, y encendí mi portátil conectado a otras dos pantallas.

“*Me tengo que cambiar,*” pensé al mirar de reojo mi reflejo en los monitores encendiéndose, recordándome que aún traía el vestido de la noche anterior. “*Ando enseñando la mitad de mis tetas con este escote.*”

Apreté fuerte mis ojos mientras miraba la pantalla de mi portátil y abría la página web para ubicar mi teléfono.

—¿Recuerdas que hay un edificio residencial junto al club? —le conté a Malena mientras sacaba del escritorio un estuche con mis gafas anteriores a las que había perdido— Uno de sus residentes me ayudó.

—¿Y era guapo?

Miré a Malena mientras me colocaba mis gafas. —¡Por fin! ¡Alta definición!

—¡Te hice una pregunta! —dijo, sentándose en la orilla de mi cama con piernas cruzadas.

Gruñí antes de sonreír. —Sí, era guapo.

—¿Guapo sobrio o guapo después de tres chupitos?

—Guapo como... —miré la pantalla de mi portátil y noté la dirección donde indicaba estaba mi móvil—. Esta porquería no sirve, dice que mi móvil está en la casa.

—¡Ah, sí! —dijo Malena antes de correr fuera de mi habitación— ¡Dejaste tu bolso en el club, así que me lo traje! —gritó desde su habitación antes de regresar y entregármelo.

—Gracias, Malena —dije, esforzándome por no golpearla con él. “*Al menos no tendré que gastar en uno nuevo, ¡qué bien!*” pensé.

—Ahora, volvamos a tu buen samaritano —dijo Malena, volviendo a la posición de flor de loto en la orilla de mi cama.

Solté una carcajada. —¿Qué puedo decir? Me ayudó y...

—¿Y...?

—No sé, se portó bien. No intentó aprovecharse de nada, fue un completo caballero.

—Te lo follaste, ¿verdad?

Solté una risilla. —Malena, he vivido de una manera demasiado irresponsable y descuidada —dije, asintiendo—. Hoy he amanecido siendo una mujer nueva. Una mujer que pondrá su vida en orden, que dejará de ponerse tan ebria que no recuerda lo que pasó el día anterior, que irá a su trabajo y ganará dinero honrado, y tendrá relaciones con chicos que no contemplen la posibilidad de pasar un tiempo en la cárcel. Soy una mujer nueva, Malena.

Mi amiga se quedó callada unos momentos. —No entiendo, ¿follaron? ¿no follaron?

Suspiré mientras apagaba mi portátil. —No, sólo nos besamos.

—¿Por qué? —Malena me apuntó con su dedo índice— Es gay.

—No —miré hacia arriba, sonriendo como una idiota, reviviendo aquel momento—, no besaba como un gay.

—¿Casado? ¿Iba a llegar su mujer?

—No lo sé —dije—. Si no le hubieran llamado quizá...

Tocaron fuerte a nuestra puerta. Tan fuerte como un ariete. Malena brincó y se puso detrás de mí tan rápido como pudo.

—Juro que no estoy de humor para tonterías —dije al tomar un bate junto a mi ropero, y me dirigí a la puerta después de que volvieron a golpearla, pensando que quizá intentaban derribarla.

Abrí la puerta un poco, y resoplé cuando vi a Enrico ahí parado como idiota con su puño levantado a punto de golpear mi puerta otra vez.

—¿Estás tonto? —le dije, mostrándole el bate en mi otra mano— ¡Te debería moler a golpes por imbécil!

—¿Es el mío? —preguntó mientras pasaba a mi apartamento sin quitar la mirada de mi arma.

—No lo sé —le dije, levantándolo y acercando el extremo a su rostro—. ¿Quieres verlo más de cerca?

—Relájate, ¿sí? —dijo, levantando sus manos mientras yo cerraba mi puerta—, ¿así recibes a un amigo?

Solté una carcajada y dejé el bate junto a mi puerta. —¿Desde cuándo somos amigos? —le dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—. ¿Qué haces aquí? Ya te di tu dinero.

—¡Hola, Enrico! —saludó Malena al salir de mi habitación.

—Qué tal, muñeca —saludó, mirando a mi compañera de arriba abajo mientras ella se dirigía a nuestra cocina.

—Oye —le tomé el mentón y lo giré hacia mí—. Ojos aquí, matador. ¿Qué quieres?

Enrico quitó mi mano de su rostro, sonrió, y fue hacia el sillón junto a la ventana. Se quitó su chaqueta de motorista y tomó asiento estirando sus manos encima del respaldo como si fuera dueño del lugar. —Quisiera saber de dónde salió el dinero con el que me pagaste.

—¿Eso qué te importa? —le dije, sentándome en el sillón al otro lado de mi sala, que no era muy lejos. Crucé mis piernas al caer en cuenta que aún no me había quitado mi vestido y aquel sujeto no quitaba su vista de mis piernas— Te pedí prestado, te pagué. ¿Qué importa de dónde lo saqué?

—¿Acaso estás haciendo negocios con alguien más a mis espaldas, muñeca? —preguntó Enrico con una sonrisa.

“*Hijo de puta, piensa que tiene competencia,*” pensé mientras me inclinaba hacia delante y apoyaba los codos sobre mis piernas cerradas.

—Enrico, ese dinero es de una prima por contratación y unos ahorros que tenía —le dije, mirándolo a los ojos—. Conseguí un trabajo de programadora en una compañía grande.

—Patrañas —dijo Enrico—. ¿Tú vas a trabajar para una compañía? ¿Después de tantos años burlándonos de la cultura corporativa?

—¿Qué quieres que diga? —bajé la cabeza sin quitarle la mirada de encima— El sujeto es un amigo de la universidad, y sabe lo que puedo hacer al teclado. Además, en una oficina si alguien más hace mal su trabajo no me meterán a mí en la cárcel.

Enrico sonrió y pasó su mano por encima de su mentón con barba de dos o tres semanas. —Nena, fue una vez. Te prometo que no volverá a pasar.

Levanté mi dedo índice. —*Una vez es demasiado, Enrico* —le dije, moviendo mi cabeza de

lado a lado—. Yo te pregunté muchas veces si esos tipos eran de confianza, te dije que me daban mala espina, y tú me aseguraste que lo eran. Si no hubiera tenido tan buen abogado ahora estaría tras las rejas.

Enrico asintió. —¿Me dirás lo que le dijiste a la policía?

Resoplé. —No te preocupes, no te involucré ni nada. Sólo a esos idiotas que trataron de joderme y a quienes no les debo nada.

Enrico sonrió mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta de cuero un fajo de billetes y lo dejaba en la mesita frente a él.

—Considera esto como un gesto de mi arrepentimiento —dijo.

—Tú no haces gestos, Enrico —le dije, tomando el manojito de dinero—. ¿Qué quieres?

—Localizar a alguien que me debe dinero —dijo—. No has dejado de ser la mejor en...

Le arrojé su dinero a su pecho. —Paso.

—¿Lo contaste? —Enrico levantó el dinero en su mano— Te estoy pagando triple lo que sueles cobrar para...

—Sé cuánto es —le interrumpí—, pero estoy fuera.

—¿Fuera?

—Fuera —le insistí—. Estos últimos días he estado al borde de terminar en la cárcel, o muerta, o peor. Ya no quiero esa vida.

—Un último trabajo, entonces.

—No, Enrico —negué con la cabeza—. Ve con Máximus.

—Nena, no quiero ir con Maximus —dijo Enrico como niño chiquito en plena rabieta—. El tío huele raro y siempre hace preguntas un tanto... extrañas.

—Es el único que es casi tan buen como yo —dije—. Lo siento, guapo.

—¿Estás hablando en serio, Dolly? —dijo Enrico— ¿De verdad estás fuera?

Me encogí de hombros y sonreí. —Sí.

Enrico chasqueó sus labios y asintió. —Estoy triste por eso, nena, pero está bien —él se levantó y dejó el dinero en la mesa—. Considéralo un regalo de despedida, entonces, como agradecimiento por tantas veces que colaboramos juntos.

—No quiero deberte nada, Enrico.

—Y no lo harás, nena —dijo con una sonrisa—. Partimos como amigos, y siempre tendrás trabajo conmigo cuando decidas volver al juego.

—Eso no va a pasar.

Enrico tomó su chaqueta y pasó su mano entre su cabello. —Nena, he escuchado eso tantas veces.

—No de mí —dije, levantándome y ofreciéndole mi mano a estrechar—. Gracias por el regalo.

—Suerte en tu nuevo trabajo —dijo Enrico mientras estrechaba mi mano.

Abrí la puerta y me quedé mirándolo bajar las escaleras hacia la calle antes de volver a cerrar. Cuando miré la mesita donde había dejado el dinero Malena ya estaba asomándose por la ventana de la sala y mirando a la calle.

—¿De verdad ya no vendrá? —preguntó— Extrañaré verle el culo cuando se va. ¿Por qué los moteros se ven tan...?

—No lo sé —dije, tomando mi dinero—. Pero al menos nos despedimos en buenos términos. ¿A dónde vamos a comer?

—¡Vamos a Mauro's! —dijo Malena— ¡Me muero por una hamburguesa de ahí!

Reí y asentí. —Vale —dije—. Me ducho y nos vamos.

Le sonreí a Malena antes de regresar a mi habitación. Metí el dinero en uno de mis cajones, luego saqué ropa limpia y me quedé parada frente a la puerta abierta de mi habitación.

—Me hubiera duchado allá —dije para mí misma, recordando la monstruosidad de baño que Logan tenía, en especial esa bañera de porcelana. Comparado con el hueco en la pared que era el que compartía con Malena, aquello habría sido bañarse en el paraíso.

Capítulo 4.

Dolly

—¡Malena, no! ¡No quiero! —dije entre risas al recibir las margaritas del camarero, quien nos a miró nosotras par de locas sentadas en su barra y sólo pudo reírse mientras nos dejaba nuestras bebidas y se alejaba antes de contagiarse con nuestra locura.

—¡Más para mí, entonces! —dijo Malena al tomar ambas bebidas, ganándose un manotazo mío.

Ambas gritamos mientras levantábamos nuestro vaso, luego dimos un trago y, al ver una mesa desocuparse, nos apuramos a ocuparla.

—No lo quería admitir, pero fue buena idea salir esta noche —le dije, apoyándome en el comodísimo sillón individual y mirando alrededor del club, deleitando mi mirada con chicos guapos de todos estilos y sabores, y deleitando mis oídos con buena música latina combinada con la electrónica.

—Hamburguesas de Mauro's, y tragos aquí en La Tercera —dijo Malena—. Este lugar no se llena tanto como el Phantom, y definitivamente no vas a amanecer en un apartamento de lujo con los chicos que suelen venir aquí, pero la música es genial y el camarero hace las mejores margaritas que he probado.

—Sí, están ricas —dije antes de dar otro trago a la mía.

Respiré profundo, recordándome dar tragos pequeños, pues era la única margarita que pediría en toda la noche.

“O quizá ésta y otra más.”

Pasé mi mano entre mi cabello y di un vistazo a mi alrededor. ¡Uff! Había unos tíos muy guapos mirando hacia nuestra mesa. Por supuesto que no me miraban a mí, sino a mi querida Malena. Si tuviese que adivinar diría que reconocieron el hermoso rostro de la colección de verano en cierto centro comercial con sus carteles por toda la ciudad.

Sonreí al ver un camarero llegar con una margarita que nosotras definitivamente no pedimos. *“Guau, no pierden el tiempo,”* pensé.

—Del caballero —le dijo a Malena, apuntando con su mano abierta hacia el bar.

Ella volteó de reojo y le susurró algo al mesero, que se alejó con la margarita.

—¿Qué le dijiste? —le pregunté a mi amiga mientras yo miraba con tristeza aquella bebida alejarse.

—Que nos invite un trago a las dos o a ninguna —dijo al guiñar en dirección del sujeto, que

estaba hablando con el mesero.

El sujeto se carcajeó antes de asentir y levantar su copa en nuestra dirección. “*Al menos lo tomó bien.*”

Dos minutos después, ya teníamos nuevas margaritas en nuestra mesa.

—No tienes que hacer eso —le dije a Malena.

—¿Hacer qué?

—Estos chicos buscan invitarte un trago *a ti*, a mí ni me miran.

—¡Claro que te miran! Pero si no tuvieras cara de enojada todo el tiempo...

Solté una carcajada. —Y si tuviera tus nalgas, y tus tetas, y tu rostro de niña buena.

—¡Dolly, qué cosas dices! —dijo Malena— ¡Estás tan guapa como yo!

—¡Ya estás borrach...! —le grité, pero mi teléfono vibró en el bolsillo de mis vaqueros.

Saqué mi teléfono y no reconocí el número en el identificador de llamadas.

—¿Quién...? —contesté la llamada— ¿Quién llama a mi móvil? —levanté mi otra mano hacia Malena para que guardara silencio.

—Hola Dolly —dijeron con una voz de timbre grave que me erizó la piel y aceleró el pulso —, ¿cómo estás?

“*¡Joder, sí me habló!*” pensé, respirando profundo.

—¿Quién te llama? —articuló Malena, y yo sólo agité mi mano hacia ella como si se tratara de una mosca fastidiando mi existencia.

—Bien, gracias —dije, esforzándome por no sonreír.

—¡Dime! —gritó Malena.

—Dame un momento —le dije a Logan antes de pegar la bocina a mi pecho y mirar a mi amiga —. Si no te callas voy a divulgar en redes sociales ese video tuyo bailando la macarena estando borracha.

—¡Ya lo borré! —dijo Malena antes de sacarme la lengua.

—¿Crees que no tengo una copia? —le dije.

Malena tomó de su margarita antes de girar hacia mí. —¡Nunca te llaman, Dolly! —dijo— ¿Quién...?

Por un segundo, un maldito segundo, dejé salir una sonrisilla, pero aquello bastó para que Malena soltara un gritillo ridículo de emoción.

—¡Nunca te había visto sonreír así por nadie, y llevamos viviendo juntas desde hace cinco años! —dijo, tomándome del hombro y sacudiéndome.

—Es... —dije, liberándome y tratando de encontrar las palabras para quitarme a esa

fastidiosa de encima.

—¡Dios mío! —dijo Malena— ¡Es tu buen samaritano!

—¡Cinco segundos! —le dije, apuntándole a su rostro— ¡Es lo que me tomaría divulgar ese video tuyo si no te callas!

—¡Sí es! —Malena dio brinquitos emocionada en su asiento— Contéstale, contéstale.

Le soplé al pelo rebelde de mi flequillo y moví mi cabeza de lado a lado mientras ponía el teléfono junto a mi cabeza.

—Lo siento —dije, tratando de no sonreír, pero ¿a quién engañaba? sonreía como una idiota.

—Perdona si te llamo en mal momento —dijo.

—No pasa nada —dije antes de lamerme los labios—. ¿Llamas para ver si continuamos donde nos quedamos esta mañana?

Logan rio. —No —dijo entre risas nerviosas—. Me pediste que te llamara más tarde, y eso estoy haciendo.

—Un hombre de palabra —dije, mordiéndome el labio inferior—. Eso es sexy.

—Gracias.

Respiré profundo. —¿Entonces... qué estás haciendo?

Malena volteó a verme. —¡¿Qué te pasa?! —articuló con tanta energía que pude escucharla gritar en mi cabeza.

Me encogí de hombro y moví mi cabeza de lado a lado.

—Sigo en mi oficina.

—¿No querrás decir hospital? Ya sabes, porque eres un doctor.

Logan rio. —Sí soy un doctor, pero no trabajo en un hospital —dijo—. ¿Puedo serte franco?

—Claro.

—Lo de esta mañana fue una sorpresa muy agradable para mí —dijo, y yo sonreí mientras me apoyaba por completo en mi asiento—. Mentiría si te dijera que no me gustaría repetirlo, pero primero quiero llevarte a cenar.

—No lo sé —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—. ¿Ir a cenar? Deja que lo piense.

—¡Dolly! —gritó Malena, dándome un manotazo en la rodilla.

—Tómate tu tiempo y... —dijo Logan.

—Ya lo pensé —le interrumpí—. Sí, me encantaría ir a cenar.

—Perfecto —dijo—. ¿Próximo viernes?

Respiré profundo. —Vale.

—Buenas noches, Dolly —dijo.

—Buenas noches, Logan.

Colgué la llamada, y Malena soltó un grito que hizo voltear a varias personas en las mesas a nuestro alrededor.

—¿Te has vuelto loca? —le pregunté.

—¡Qué emoción! —dijo— Definitivamente no vas a usar nada de lo que tienes en tu armario.

—¿Qué tiene de malo lo que...?

—¡Ya sé! Te prestaré mi vestido azul —dijo Malena, pero borró su sonrisa mientras miraba hacia arriba— No, tienes demasiadas tetas para ese... ¿Quizá el rojo?

—Malena.

—Quizá, si te lleva a un lugar de lujo, pero si...

—¡Malena! —ella al fin se calló y volteó a verme— No iré a cenar con él.

Malena quedó boquiabierta. —¿No irás a...? ¿Qué? Pero le acabas de decir que sí.

Me encogí de hombros. —Encontraré algún pretexto durante la semana para no ir.

—¡Dolly, ese hombre podría ser el amor de tu vida!

Ahora fui yo quien quedó anonadada y boquiabierta unos instantes antes de soltarme a carcajadas.

—¡Dios, Malena! ¡Te falta un puto tornillo! —joder, estaba al borde de tener que ir corriendo al baño.

—Dolly, ¿cuándo fue la última vez que un tipo de dinero, guapo, *doctor*, se tomó la molestia en ayudarte y luego asegurarse que sigas bien?

Miré a la mesa de al lado, donde sólo había tres chicos. De ellos, estiré la mano para llamar la atención del que me pareció el alfa del grupo. Él giró su rostro hacia nosotras mientras sus amigos seguían conversando.

—Quiero preguntarte algo —le dije. Él sonrió y me miró de arriba abajo antes de hacer lo mismo, pero más despacio, con Malena—. ¿Con quién de nosotras dos preferirías salir? Antes de que contestes ten en cuenta que esto —moví mi mano de arriba abajo por encima de mi cuerpo—: lo más arreglada que me llegarías a ver sería un vestido de noche barato, mientras que mi amiga todavía podría lucir mejor.

El tipo giró su cuerpo en su asiento, apretó sus labios, y nos miró.

—¿Cuál de las dos es mejor en la cama? —preguntó con una sonrisa.

Sacudí mi cabeza y giré hacia Malena, que estaba boquiabierta, pero aguantando la risa.

—Supón que somos igual de buenas, idiota —le dije al volverlo a ver.

Él tipo resopló, luego rio. —Considerando que ella no parece el tipo que decapita al hombre después de terminar con él, tengo que decir que ella —apuntó con su cabeza hacia mi amiga—, pero si me sintiera arriesgado también lo haría contigo.

Giré mis ojos hacia arriba antes de girar hacia Malena, que ya estaba terminando de carcajearse. —¿Qué tratas de demostrarme, Dolly? —preguntó.

Respiré profundo. —Malena, Logan es el hombre más guapo que he visto en mi vida, y estoy incluyendo estrellas de cine, además que se portó como un ser humano decente conmigo sin pedirme absolutamente nada a cambio.

—¿Cuál es el problema?

Di un largo trago a mi margarita. —Esa llamada, no es él preocupándose por mí, ni interesándose, ni nada de eso. Está siendo educado. Asegurándose que su obra de caridad no regrese a fastidiarle la existencia. Mírame —le dije, levantando mis manos a los lados—, yo no soy una chica por la que un hombre se desvive. Tú sí.

—Dolly...

—Soy la chica con la que los chicos se divierten una noche o a escondidas del mundo —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado— ¿Esta cena a la que me invitó? Te *garantizo* que está pensando a cuál restaurante llevarme donde ni de coño lo verían conmigo alguno de sus conocidos.

—¡Joder, Dolly! —dijo Malena— ¡Desde que te conozco jamás te he conocido un solo novio! Claro, manejas imbéciles y amantes mejor que cualquier otra persona que conozco, pero ninguno como ese tal Logan.

—Ay, Malena —le dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—. No sabes nada. ¿Cuántos tipos te han roto el corazón *este año*?

—Puede ser —dijo Malena, con una sonrisa y poniéndose de pie—, pero no pierdo la esperanza de encontrar a alguien para mí ahí afuera. Y tú tampoco deberías

Miré detrás de ella y vi el motivo por el que se puso de pie: el sujeto de las margaritas.

—¿Crees que este Don Juan podría ser? —dije, apuntando hacia él.

El tipo me miró de reojo. —No lo sabré si no lo conozco mejor —dijo Malena antes de tomarle la mano y seguirlo a la pista de baile.

Tomé mi margarita y vi a mi amiga bailar con aquel tipo. “*Va a estar llorando por ese tonto dentro de quince días,*” pensé al beber. “*Definitivamente eso no me va a pasar a mí.*”

Capítulo 5.

Logan

—¿Qué? —le dije a Duquesa, que estaba mirándome sentada al otro lado del banco en aquel parque, con el extremo de sus patas delanteras colgando del asiento— No me juzgues.

Ella resopló, cruzó sus patas y acomodó su cabeza encima de sus patas.

—A ti también te gustó —le dije, poniéndome de pie.

Hice un par de zancadas para estirar mis piernas antes de guardar el móvil dentro del bolsillo de mis pantalones deportivos. Cogí la correa de Duquesa y le di un ligero tirón. Ella se levantó y brincó hacia mi lado, y podía saber por sus patas inquietas y el meneo de su cola que ya había descansado suficiente.

Corrí por el camino del parque, dejando que mis pensamientos viajaran a donde quisieran. Aquellos momentos meditativos mientras recorría el enorme parque cada noche siempre me daban las mejores ideas para los problemas más graves. Duquesa era capaz de seguirme sin separarse tanto de mi lado como para ni siquiera tensar un poco la correa.

El impacto de las plantas de mis pies sobre el terreno simulaba un martilleo contra todas las distracciones que agobiaban mis pensamientos, sometiéndolas y logrando desvanecerlas.

Cualquier distracción desaparecía después de unos minutos corriendo. Pero *ella* se negaba a desaparecer. Su mueca traviesa, su mirada tenaz, sus labios capaces de adueñarse de mis pensamientos, su cabello desaliñado con el mismo espíritu rebelde que ella. Hostia, llevaba una hora corriendo, y Dolly seguía en mis pensamientos.

“Debí decirle que mañana mismo la llevaba a cenar,” pensé. *“De hecho puedo posponer...”*

Me detuve, y traté de respirar profundo para calmar el bombeo agitado de mi corazón.

—¿Qué estás pensando, Logan? —dije, mirando el piso— ¿Posponer una reunión tan importante? Por Dios, hombre —Duquesa dio un par de tirones—. Sí, ya voy —le dije.

Continuamos corriendo, acelerando cada vez más. Miré de reojo a Duquesa y confirmé que estaba fascinada con la nueva velocidad.

Pero Dolly no salía de mi cabeza. *“Maldita sea,”* pensé. *“No es ni siquiera el tipo de mujer con quien me involucro.”*

Miré hacia ambos lados y crucé rápido la avenida hacia la acera del edificio contiguo al mío. Caminé a partir de ese momento, y me detuve cuando cruzamos por el callejón donde la encontré la noche anterior.

“Definitivamente no es el tipo de mujer con quien me involucro,” pensé, mirando hacia el

callejón y recordando su estado de embriaguez, además de la manera en que el vestido que traía puesto permitía verle los tatuajes en sus antebrazos y el de su pierna.

—Habría matado antes de tiempo a mi madre si le hubiera presentado una chica así —le dije sonriendo a Duquesa, quien se había sentado a mi lado y parecía no prestar atención a lo que estaba diciendo.

Saqué mi móvil y mi corazón aceleró como si estuviera corriendo a máxima velocidad al ver un mensaje de Dolly.

—Trata de no meter mujeres borrachas a tu apartamento esta noche, guapo —decía el mensaje, seguido del ícono de una carita guiñando el ojo.

—Chistosa —dije sonriendo luego de guardar el teléfono—. Cosme dice que necesito algo de diversión en mi vida, después de todo.

Seguí caminando hasta entrar a mi edificio. Alcé la vista y saludé con mi mano libre al conserje en recepción, pero me detuve cuando se puso de pie.

—Señor Dreschner —llamó.

—Dime, Guillermo.

—Hay alguien esperándolo —dijo, apuntando hacia mi espalda.

Giré y ahí estaba sentada Eva, vestida igual que como había ido a la oficina. Levantó una mano y me saludó mientras sonreía.

—Gracias, Guillermo —le dije al guardia sin voltearle a ver.

Caminé hacia ella, y Eva se puso de pie cuando estaba a unos metros de ella.

—Qué hermoso animal —dijo, poniéndose en cuclillas y ofreciéndole el dorso de la mano a mi mascota.

—Saluda, Duquesa —le ordené, y ella obedeció sentándose y bajando la cabeza—. Puedes rascarla, si quieres.

Eva sonrió mientras le acariciaba la cabeza. —Duquesa, qué bonito nombre.

Escuché los quejidos de mi perra, que cualquiera podría interpretar como un gesto de aprecio por los cariños. Pero yo conocía a mi perra, y esos ruidos me decían que Eva no era del todo de su agrado.

—Qué sorpresa verte aquí —le dije.

—El conserje dijo que ya no tardabas en llegar de correr —dijo Eva, poniéndose de pie. Pasó su mano por encima de su vestido para deshacer las arrugas, un hábito que tenía desde que la conocí indicando que estaba nerviosa.

—¿Qué necesitas, Eva? —pregunté.

—¿Podemos subir? —dijo, sonriendo, apuntando hacia arriba— Ahí puedes invitarme a tomar algo y podemos hablar.

Respiré profundo. —No creo que eso sea buena idea.

—¿Por qué no?

Me acerqué a ella. —Porque puedo notar que no traes puestas bragas —le susurré, y ella apretó sus labios.

—Según recuerdo eso te gustaba —contestó susurrando.

—Mucho —le dije—, pero no, Eva.

Ella rio y se acercó todavía más a mí. —Recuerdo la forma en que terminábamos nuestras tardes y noches de ejercicio cuando vivíamos juntos —dijo. Reí un poco antes de frotarme la boca con la palma de mi mano libre para luego ponerla en mi cadera, y ella puso su mano encima de mi pecho—. Fueron las mejores noches de mi vida.

—Las mías también —le dije, cogiendo su mano que estaba deslizándose hacia mi cuello—. Pero están en el pasado.

—No tienen por qué estarlo.

—Sí, tienen que estarlo —di un paso hacia atrás—. Eva, lo nuestro terminó hace tiempo.

Ella rio. —¿Entonces por qué me contrataste? —pasó una mano entre su hermosa cabellera— Pudiste haber contratado a cualquier otra doctora para...

—Porque eres de las mejores del mundo, Eva —le dije—. Nuestra relación en San Francisco no tuvo nada que ver con eso.

—Siempre tan estricto, ¿no? —dijo Eva, mirando a los lados— ¿Qué tal invitar a una vieja amiga a tomar un café?

Apreté mis labios y asentí. —Vale, hay un café cruzando la calle con mesas en el exterior — Duquesa ladró—, y a ella le encanta ese lugar.

Eva rio y me siguió. Cruzamos la calle y yo traté de mantenerme a su lado en el corto trayecto. Duquesa movía la cola más rápido y respiraba más agitada, por lo que asumí ya sabía lo que le esperaba.

Eva tomó asiento y yo me senté en el lado opuesto de la mesa. Duquesa se echó bajo mi silla.

—Logan Dreschner —dijo Eva—. CEO de Dreschner Medical Technologies. Jamás lo imaginé.

—Ya sabías a lo que se dedicaba mi familia —dije.

—Sí, pero durante el tiempo que estuvimos en la Facultad de Medicina y durante la residencia, jamás pareció interesarte el negocio familiar.

—El negocio de mi familia es la tecnología médica —dije con una sonrisa—. Lo dice, literalmente, en el nombre.

—Sabes a lo que me refiero —Eva se inclinó en la mesa y apoyó sus codos—. Siempre criticábamos a las compañías médicas que vendían los equipos demasiado caros a hospitales, o

drogas que podrían salvar miles de vidas si tan solo no costaran un ojo de la cara.

—No DMT —dije, girándome al notar la llegada de la mesera—. No bajo mi mando.

—Lo sé, Logan —dijo Eva con un tono sugestivo—. Lo sé.

—¡Hola, Logan! —saludó la joven mesera con una sonrisa— ¡Qué sorpresa verte aquí tan tarde!

—Buenas noches, Karina —le saludé, y en ese momento Duquesa asomó la cabeza—. Traigo una amiga a tomar un café.

—¡Duquesa! —dijo la mesera, rascándole detrás de la oreja unos momentos antes de erguirse y mirarnos— ¿Qué os traigo?

—¿Un latte con una pizca de canela y vainilla? —le pregunté a Eva.

Ella sonrió. —Lo recuerdas.

—¿Lo mismo de siempre para ti, Logan? —preguntó la mesera.

—Dios, no —dije—. No dormiría. Tráeme un americano descafeinado.

Eva miró la mesera alejarse, y cuando entró al café se inclinó hacia enfrente y miró a mis ojos. —¿Y así esperas que no malinterprete las cosas? —preguntó Eva— Cualquiera chica se sentiría la más afortunada del mundo contigo.

—¿De qué hablas?

Eva bajó su cabeza sin quitarme la mirada de los ojos. —¿Quién recuerda cómo otra persona toma su café?

Suspiré y asentí. —Somos amigos —dije—. Los amigos toman café juntos, y hablan de viejos tiempos.

—Pero aquí afuera —asentí, y Eva torció sus labios mientras me miraba de arriba abajo— ¿Nunca has hecho algo contra las reglas, Logan? —preguntó— No hablo de cometer un crimen, hablo de...

—Las reglas están ahí por algo.

—Pero en este caso tú eres quien hace las reglas.

—¿Qué diría de mí si yo mismo no siguiera mis propias reglas?

Eva asintió. —Joder, Logan.

—¿Cómo está Anselmo?

Su expresión se congeló unos instantes antes de bajar la mirada. —Me dejó. Hace un mes que se mudó.

—No superó que trabajaras en otra ciudad—suspiré—. Lo siento, no era mi intención que afectara a tu matrimonio.

Ella suspiró y apoyó el mentón en la mano cuyo brazo descansaba en mesa. —Me diste la

oportunidad de trabajar en algo que cambiaría la forma en que hacemos diagnósticos. No me arrepiento de nada —ella soltó una risilla—. Hoy una empresa de mensajería me dio la demanda de divorcio.

Miré a la mesa y asentí. —Ahora lo entiendo.

Eva rio. —¿Qué entiendes?

—Te conozco, Eva —dije—. Viniste pensando que te abriría las puertas por nuestro pasado tan memorable. Pero no es lo que necesitas en este momento, Eva. En realidad no. Necesitas un amigo.

—¿Quién dice que no pueden ser ambas?

Respiré profundo y reí. —Recuerdo cuando estudiábamos para ese examen de Fisiología con la doctora Salas.

Ella rio y dejó salir un quejido de su boca. —¡Esa perra! —dijo— Aquel examen fue brutal para todos. Tú ni siquiera sacaste un noventa.

—Habría afectado la curva de evaluación —dije con una sonrisa—. Si así apenas pudiste pasar.

—Eres un reverendo hijo de...

—¡Un latte con canela y vainilla! —dijo la mesera que salió de la nada con nuestra orden, poniendo el café de Eva frente a ella— ¡Un americano descafeinado! —lo colocó frente a mí, y noté por qué Duquesa había salido de su escondite y movía la cola con tanta energía estando sentada: un hueso de res con algunos pedazos de carne aún pegados a él— ¡Y un premio a la perrita más dulce que conozco!

Karina dejó caer el hueso entre las patas de Duquesa, y ésta se dejó caer a disfrutar su festín.

—Iba a dárselo mañana por la mañana, pero como viniste hoy supuse...

—Gracias, Karina.

Ella sonrió y se alejó.

Regresé mi atención a Eva, que me lanzaba una mirada sospechosa. —¿Tú y la mesera...?

Solté una carcajada. —No —dije—. Ella está felizmente comprometida.

—¿Otra de tus reglas?

—Sí.

Eva dio un sorbo a su latte. —¿Nunca has pensado que quizá tienes demasiadas reglas?

Suspiré. —No eres la primera que me lo dice.

—Si más de una persona te hace una observación, quizá un cambio no sería mala idea.

—Tal vez —dije, mirando el humo salir de mi café, recordando la risa apenada de Dolly—. Tal vez.

Capítulo 6.

—¡Madre santísima! —exclamé al ver la selección de comida que había en la cafetería de mi nuevo lugar de trabajo. Respiré profundo y comprobé que olía igual de bien que cómo se veía— Adiós a la dieta.

Miré a mi alrededor buscando un menú o algo que indicara el precio de las cosas, y cuando giré hacia la entrada vi a mi amigo Juan Ibarra acercarse a mí.

Pareciera que no había cambiado el contenido de su armario desde la universidad: aún vestía esos pantalones de trabajo que siempre usó en las clases. Caqui, negro, azul oscuro, distintos colores, pero siempre el mismo tipo de pantalón. La camisa blanca que traía puesta tenía el logotipo de la compañía. Aparte de eso, se veía un poco más delgado de la cintura pero eso sólo lo hacía verse mucho más corpulento de pecho y hombros. Joder, tenía muchísimo menos cabello, y o él se hizo más alto o yo perdí un par de centímetros desde la última vez que nos vimos.

—¡Pequeño Juan! —exclamé, abriendo mis brazos exigiéndole uno de sus clásicos abrazos de oso.

—¡Lagartija! —dijo, satisfaciendo mi deseo no hablado, levantándose y sacándose una carcajada nostálgica. Me bajó y dio un paso hacia atrás— Acabo de venir de Recursos Humanos. ¿Cómo te fue con el curso de incorporación?

—Estaba durmiéndome —dije, girando mis ojos hacia arriba, luego le metí un puñetazo juguetón—. Y me regañaron por tu culpa.

—¿Por qué por mi culpa?

Puse mis manos en la cadera y traté de imitar la expresión creída de la chica que nos dio el curso. —El código de vestimenta es casual de negocios, chicos. Sólo los viernes se permite el uso de vaqueros —dije con tono nasal, apuntando a mi elección de pantalón.

Juan rio nervioso y se rascó su nuca. —Lo siento, debí decírtelo, pero no te ves mal.

—¿Estás revisando la mercancía? —le dije sonriendo, poniendo mis manos en la cadera y mirando cómo su rostro infantil se volvía colorado— No me tientes, vaquero.

—Hija de... —dijo entre risas—. Me alegra ver que no hayas cambiado, lagartija.

—Dijiste que habías contratado a otro chico antes de ofrecerme un trabajo —le dije, siguiéndolo al inicio de la fila para la comida.

—Anoche me envió un correo electrónico explicándome que recibió una oferta de no-sé-dónde para hacer su posgrado —podía notar que estaba algo molesto con ello—. Así que después de comer te llevaré a donde trabajarás, conocerás al equipo, y puede que conozcas al señor Dreschner.

—¿A quién?

—Al dueño de la compañía —dijo—. Este proyecto en el que estamos trabajando es idea

suya.

Miré las bandejas que dejamos pasar. —¿No necesitamos una?

—Pediremos para llevar —dijo, analizando las opciones frente a él—. Comemos y nos ponemos al día más cómodos en mi oficina.

—¿Tienes tu propia oficina? —le dije dándole un codazo juguetón—. Vale, pero te tengo que preguntar algo —le dije, mirando los rollos de sushi ante mí—, ¿dónde está la lista de precios de la comida? No veo dónde...

—Tú pide lo que quieras —dijo Juan con una sonrisa—. La comida es gratis.

—En otras palabras, me descontarán un poco de mi sueldo para pagar el servicio.

Juan rio. —No, boba —dijo—. Es gratis.

—¿De verdad?

—Comida, servicio médico, y entre otras cosas que *te dijeron en el curso de inducción* son gratis —dijo, tirándome un poco de la oreja a modo de juego—. La compañía absorbe el coste para mantenernos contentos.

—¡Yo no tengo la culpa que esa chica tenga voz hipnótica! —dije, mirando a las personas que servían la comida— Deme ese rollo empanado de allá y un tazón de ese caldo de algas, por favor.

Con nuestra comida en manos salimos de la cafetería y nos dirigimos a los ascensores. —¿Has sabido de alguien más desde que nos graduamos? —preguntó.

Negué con la cabeza. —Tú sabes que siempre he sido solitaria.

—Tienes una interesante reputación —dijo Juan cuando entramos a los elevadores—. Las cosas que averigüé de ti en las redes, ¿son ciertas?

Respiré profundo. —No me contrataste porque fui una ciudadana ejemplar, ¿o sí?

Juan negó. —Honestamente te tengo envidia —dijo al pulsar con su nudillo el piso al que nos dirigíamos—. Yo nunca tuve las agallas para ser un hacker.

—No todo fue de color rosa —le dije antes de que saliéramos del elevador.

Seguimos un largo pasillo alfombrado. Había puertas metálicas equipadas con sensores a los lados para pasar nuestras identificaciones de la compañía. —Cuánta seguridad, ¿qué esconden aquí adentro?

—Aquí es el área de proyectos en desarrollo —dijo Juan—. Cada área está cerrada y cuenta con su propia red interna y su propio servidor con accesos restringidos para evitar fugas de información.

—¿Hay formas de conectarse remotamente? —pregunté. Juan se detuvo y giró a verme con mirada sospechosa— ¿Qué? Pregunto por si un día quiero trabajar desde casa.

—Eso no pasará, lagartija —dijo Juan con una sonrisa, deteniéndose ante una puerta y

pasando su identificación sobre el sensor.

Entramos a un cuarto con cuatro grupos de cubículos separados por mamparas blancas, y cada cubículo tenía un ordenador de torre con dos monitores.

—¿Esos equipos son de fábrica o fueron hechos a medida para nosotros?

Seguí a Juan riendo a su oficina cruzando los cubículos, y dejé mi comida en su escritorio junto a la suya. Me senté y él sacó un brazalete azul tan claro que podía haber sido confundido con blanco. Lo colocó en el escritorio y lo deslizó hacia mí.

—Esto es lo que hacemos aquí —dijo.

—Es bonita —dije, sonriendo y tomándola—. Aunque no tengo nada que haga juego con ella.

—No es para causar furor en el mundo de la moda, lagartija —dijo Juan, abriendo el paquete de su comida—. Ese aparatito puede hacer las pruebas de sangre más comunes en los quinientos hospitales más concurridos del mundo, además de medirte el pulso, presión arterial, temperatura, hidratación...

—Es una pulsera de fitness —dije, dejándolo en el escritorio.

—Si le metieras esteroides a una y la hicieras hiperinteligente —dijo Juan entre risas—. Le llamamos Pulsera Rx. Se supone que esa cosa debe ayudar a agilizar diagnósticos en hospitales.

—Se supone —dije, antes de meter un pedazo de rollo a mi boca. “*Joder, está buenísimo,*” pensé, saboreando ese bendito sushi.

—Por algo no ha salido al mercado —dijo Juan—. Los sensores funcionan bien, pero el código para interpretar la información que nos da tiene muchísimo espacio para mejorar. Hasta este momento sólo hemos podido lograr que tenga una certeza del noventa por ciento.

—¿Y acaso es una tarea que supera al Pequeño Juan? —pregunté con una sonrisa antes de llenar mi boca con más sushi— Eras casi tan bueno como yo desarrollando algoritmos.

Él rio, pero miró detrás de mí y su sonrisa se borró mientras yo arrojaba un pedazo de sushi a mi boca.

—¿Pequeño Juan? —preguntó una voz detrás de mí— Que no lo oiga Cosme. Se volverá tu apodo hasta el final de los tiempos.

Aquella voz me erizó la piel, dejé de masticar, y abrí mis ojos de par en par pues sólo conocía a alguien que hablaba con ese tono de voz y podía ponerme de esa manera. Giré despacio a ver hacia la puerta, dándome cuenta demasiado tarde que aún tenía las mejillas infladas de toda la comida que tenía en la boca.

Logan estaba de pie bajo el umbral de la oficina de Juan, sonriendo mientras nos miraba. Cuando mis ojos conectaron con los suyos su sonrisa se desvaneció despacio, y yo tragué mi comida a medio masticar.

—¡Señor Dreschner! —dijo Juan— No lo esperaba aquí tan temprano.

—La reunión con la junta directiva terminó antes de lo previsto —dijo sin quitarme la mirada

de encima mientras yo me moría de calor y emoción y nervios. Él dio un paso hacia mí y extendió su mano—. Qué sorpresa, Dolly.

—¿Se conocen? —preguntó Juan demasiado sorprendido.

Lamí mis labios y reí un poco. —Brevemente —le dije. “*Mantén la calma,*” pensé. “*Mantén la calma, mantén la puta calma, Dolly.*”

—¿Qué haces aquí? —preguntó Logan.

—Me contrataste —dije antes de girar hacia Juan un instante—. Bueno, él me contrató. Dijo que tenía un trabajo para la mejor programadora que conocía —Logan rio para sí mismo—. ¿Qué es tan gracioso?

—Que sigues sorprendiéndome, Dolly —dijo Logan antes de mirar hacia Juan un momento—. Cuando termines de comer y le muestres su lugar, necesito que vengas a mi oficina.

—Sí, señor —dijo Juan, el cual estaba demasiado nervioso. Parecía un perrito chihuahua de casi dos metros de altura.

Logan me miró de nuevo, amplió su sonrisa, y se fue.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —preguntó Juan— ¿Cómo conoces al Señor Dreschner?

Solté una carcajada antes de girar hacia él y apoyar mis codos en su escritorio. —Es una historia para otra ocasión.

Juan se sentó y me miró de forma sospechosa. —No tramas nada, ¿verdad?

Suspiré y sonreí. —No, Pequeño Juan —le dije, cogiendo un rollo con mis palillos—. No te negaré que he hecho mis cosas, pero te doy mi palabra que estoy aquí para trabajar bien.

—¿Segura, lagartija? —dijo Juan.

—Por cierto, ¿por qué te pusiste así?

—¿Así cómo?

—Tan tembloroso que parecías gelatina recién servida.

Juan rio. —Me pone nervioso —dijo—. No de una mala manera, pero... ¿Cómo te lo explico? Es el tipo de personas que te hace querer ser la mejor versión de ti mismo, ¿me entiendes?

Sonreí. —A mí también me pone nerviosa —alcé mis cejas, y Juan rio y negó con la cabeza— ¡No puedo ser la única en el edificio que no piensa que está buenísimo!

—Créeme, no lo eres —dijo Juan—. No quiero hacerlo esperar mucho, deja te muestro dónde trabajarás.

—Los de Informática no me han dado mis contraseñas.

—Si eso te detiene, no eres la misma lagartija que conocí —dijo Juan, poniéndose de pie—. Sólo recuerda siempre dejar bloqueada tu ordenador, es una política de seguridad.

Reí y me mordí el labio al verlo levantarse. —Reto aceptado, Pequeño Juan.

Capítulo 7.

Dolly

—Voy a matarte, Pequeño Juan —dije mirándome al espejo de mi tocador.

Traía puesta la camisa de vestir blanca que me dio Juan a los pocos minutos de irme, y unos pantalones de vestir negros que había encontrado en algún rincón de mis cajones.

Me levanté y respiré profundo, luchando con el impulso de arrancarme ese uniforme corporativo, arrojarlo en un cubo de basura y prenderle fuego. Ahí estaba, a minutos de salir de mi casa rumbo a un trabajo de oficina.

Un puto... Trabajo... De oficina.

—Joder, ¿quién mierda eres? —dije, negando con la cabeza. Suspiré, tomé la identificación de mi trabajo, y la sujeté de la punta del cuello de mi camisa— Bueno —esforcé una sonrisa—, esto se ve mejor que el gris que tendría que usar en la cárcel.

Sonreí y me vi a mí misma imaginando al sensual dueño de la compañía. “*Al menos apreciaré una buena vista,*” pensé, visualizándole bien ese culo de un millón de dólares. “*Vamos, Dolly, seguro vale más que eso.*”

Salí de mi habitación sujetando mi cabello en una cola de caballo, y me dirigí a la cocina donde mi sándwich estaba listo y caliente dentro del horno microondas.

Ajusté mis gafas antes de sacarlo. Iba a dar un mordisco cuando escuché la puerta de la habitación de Malena abrirse.

—¡Buenos días, bella durmiente! —dije, mirándola salir con su bata de noche— Anoche no te oí llegar, pero veo que te divertiste.

Malena sonrió nerviosa, y a los dos segundos pude ver el por qué poniéndose una camiseta azul oscuro ajustada a su cuerpo mientras salía de su habitación.

—Dolly —saludó Guillermo el Imbécil, un típico sujeto cuya vida se limitaba a su siguiente vida de gimnasio, su siguiente batido de proteína, y la siguiente estúpida que caerá en sus redes. El tarado sonreía, como si estuviera en su propio apartamento.

Apoyé mis manos en la barra de la cocina y miré a Malena a los ojos. —¿Es en serio?

Malena evitó mi mirada, pero la muy boba no podía esconderme esa cara de arrepentimiento.

“*Tremendísima bruta,*” pensé. Levanté mi mano y miré al imbécil abrazarla por detrás y darle un beso en la mejilla. —Te llamo más tarde, nena —le dijo.

Tomé lo que tenía más cerca de mi mano, y si no hubiera sido mi sándwich recién hecho se lo hubiera arrojado a ese creído rostro suyo.

En cuanto salió Malena se encogió de hombros anticipándose al grito que le esperaba.

—¿Es en serio?! —estrellé mi emparedado en el plato— ¿Otra vez?! ¡¿Él?!

—Ya sabía que ibas a ponerte así —murmuró Malena.

—Ay, lo siento —dije, girando mis ojos hacia arriba—. No debí recordar las noches que pasaste llorándolo porque se acostó con media agencia de modelos cuando estaban saliendo.

Malena entrecerró sus ojos. —Dolly —lamentó.

—¡No, espera! —dije— ¡No debí recordar que te vino a dejar casi inconsciente de lo borracha, sólo para irse en el coche con otra chica a los cinco minutos de dejarte!

—Vale —dijo Malena—, ya lo entendí.

—No, no —levanté mi mano con mi índice levantado—. Lo que de verdad *no debí recordar* fue la vez que intentó pasarse de la raya conmigo, y lo saqué a patadas del apartamento, una de las cuales atiné a sus diminutos huevos y lo dejé caminando raro por días.

—¡Ya basta, Dolly! —dijo Malena con un coraje que rara vez mostraba— ¿Tú crees que no sé eso? ¡Ya sé que soy una tonta por volver a...!

—Por el amor de Dios, mujer —dije, sacudiendo mi cabeza— ¿Cómo coño pasó?

—No lo sé muy bien —dijo, inclinando su cabeza a un lado y encogiendo sus hombros—. Anoche nos topamos en el evento donde estaba trabajando, me invitó unos tragos, reímos, y de pronto ya estábamos aquí en el apartamento desnudándonos y entrando a mi habitación.

—No debió ser una noche muy memorable porque casi no hicieron ruido —dije entre risas. Malena se sonrojó—. Por favor prométeme que no contestarás su maldita llamada.

Ella suspiró. —Amiga, no sé.

—Joder, Malena —dije, arrastrando un taburete para sentarme a su lado—. Tienes otros ex con los que no hubiera tenido problema alguno que te liaras.

—¡Dolly!

—¡Qué hay de... de... ya sabes, el tipo ese que trabaja en ese centro comercial donde trabajaste! —dije.

Sonrió de oreja a oreja. —¿Leopoldo?

—¡Ése! —dije, apuntando a su rostro sonriente— ¡O el pastelero! ¡Sus galletas de marihuana eran épicas!

—Sí estaban muy ricas —dijo Malena con una sonrisa.

—Y siempre escuchaba lo bien que lo pasaban —le dije con una sonrisa— ¡Está él! ¡O algún otro idiota que te haga sonreír como una adolescente enamorada! Al menos así el sufrimiento valdría la pena. Pero no por... —apunté hacia la puerta, tratando de pronunciar el nombre de aquel tipo, pero me ganó el miedo de que me hiciera vomitar— ¿Qué le ves? ¿Por qué él? No me digas que es por su cuerpo porque sí te...

Malena suspiró. —¿Nunca has conocido a alguien que no es el más rico, no es el que mejor besa, ni siquiera el mejor polvo, pero tiene algo que te hace querer estar con él? ¿Con quien sientes que todo encaja como debería?

—No, nunca —dije sin pensarlo—. Y menos con don Gimnasio. Antes me meto un tiro que sentirme así por alguien así. Si voy a estar con alguien será con alguien que me haga feliz, no que me haga la vida miserable.

—Entonces eres una mujer más fuerte que yo —dijo Malena, moviendo su cabeza de lado a lado—. No sé, amiga, no sé por qué cuando estoy con...

—¡Ah! ¡No digas su nombre! ¡Lo invocarás! —ella soltó una carcajada, y yo le cogí las manos—. No se trata de ser fuerte, Malena, sino de ser realista y tener un poco de amor propio.

—¡Yo tengo amor propio! —dijo Malena como si hubiera insultado a toda su línea ancestral.

—¡Entonces olvídate de él! —le dije— Puedes conseguirte algo mejor que la rata esa.

Malena apretó sus labios un momento.

Puse mis manos en mi cintura y chasqué mis labios. —Entiendo lo de querer encontrar a alguien que te ame, Malena —dije—. Pero hay hombres a quienes se les ve que sólo te buscan para follar. Y él lo ha hecho en el pasado. Muchas veces —cogí mi sándwich y miré a Malena a los ojos—. No creo que esta vez sea la excepción.

—¿Por eso piensas rechazar a Logan? —preguntó Malena justo cuando le daba una mordida a mi desayuno— ¿Porque es ese tipo de hombres?

—Ya vas entendiendo —dije con la boca llena.

—¡Pero ni siquiera lo conoces!

—Pues... —todavía tenía mucha comida por masticar, pero me esforcé en tragar lo que tenía—. Con Logan aún no hay nada. Claro, ya nos besamos y es obvio que tenemos química, pero somos de mundos muy distintos. Hombres cómo él salen en las notas sociales del diario con socialités y supermodelos en sus brazos. ¿Una mujer como yo? Para él sería como una paja.

—¿Entonces qué tipo de chico quieres?

Miré el reloj de mi pared y mi corazón dio un salto en mi pecho. —¡Hostia! ¡Voy tarde!

—¡No, no! —gritó Malena, siguiéndome a mi habitación por mi mochila— Contéstame.

—Ya sabes qué tipo de hombre quiero —dije con una sonrisa—. Guapo y anónimo. Así no le rindo cuentas a nadie, y nadie me rinde cuentas a mí.

Malena cruzó sus brazos, y yo miré mi sándwich a medio acabar en mi mano. Se lo ofrecí a Malena, quien arqueó una ceja antes de tomarlo. —Un día te enamorarás —amenazó.

—Si es con un tarado como... ¡Dah! Ese día ponle fin a mi sufrimiento con un tiro aquí —le contesté apuntando al centro de mi frente antes de salir del apartamento.

Corrí hasta la esquina, justo cuando el autobús estaba llegando. Subí, me senté, y me coloqué

mis auriculares. Encendí la mezcla de rock clásico que había descargado por la noche y miré la pantalla de mi móvil.

Torcí la boca y miré cómo mis dedos cobraban voluntad propia. Abrieron el buscador de internet y escribieron “Logan Dreschner”.

Resoplé y negué con la cabeza al ver que, por supuesto, había escrito mal su apellido. “*Punto más en tu contra, guapo,*” pensé. “*No tengo intenciones de estar batallando con tu nombre.*”

Ahí estaban sus fotos, y decenas de artículos alabándole sus muchas obras de caridad y donaciones.

—Logan Dreschner dona catorce millones para la construcción y operación de clínicas gratuitas en países del tercer mundo —articulé con la boca leyendo el encabezado de uno de los artículos.

Abrí la nota y por supuesto que tenían una enorme fotografía de él al principio del artículo. Sonreí y mordí mi labio inferior un poco mientras miraba su rostro, recordando ese beso explosivo que compartimos en la puerta de su casa.

Clavé mi mirada en sus ojos y un escalofrío recorrió mi cuerpo, muy parecido al que me dio cuando lo vi en el trabajo.

—Joder —dije en voz baja, mirando el techo del autobús y sonriendo—. Voy a trabajar para él.

“*Mi vida se ha vuelto la trama de una mala porno,*” pensé, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Muy bien, señor Dreschner —susurré mientras escribía su nombre en el buscador junto con la palabra “pareja”—. Veamos cuáles son sus gustos.

Miré los resultados, y por alguna misteriosa razón el interior de mi pecho me quemaba por dentro, como si un incendio estuviera carbonizándome de adentro hacia afuera. Eran lo esperado: él a un lado de una señora con el dinero suficiente para pagarse el cuerpo que todo hombre sueña, o entre dos jovencitas de la alta sociedad que sin duda se llevó a la cama esa misma noche.

O eso pensé al principio. Él... Sonreía, pero como uno suele sonreír cuando está obligado a hacerlo. No era la sonrisa que esperaba ver en un tipo con sus manos en las cinturas de dos bellezas por las que otros hombres matarían.

Recordé por un instante su sonrisa luego de besarnos, y me atreví a pensar que yo había sido capaz de hacer lo que ninguna otra mujer había podido lograr.

“*No seas tonta, Dolly,*” pensé. “*No seas tonta.*”

Capítulo 8.

Logan

—Duquesa, ven. —ordené al abrir la puerta de la limusina, pero ella ya estaba saliendo de un salto. En cuanto avanzó unos pasos y sintió la tensión de la correa se detuvo, sentó, y me miró con una sonrisa que me contagió.

—No sé si sentirme feliz o triste que ya quieras que te deje en la guardería canina —le dije al rascarle la cabeza—. O quizá sólo te gusta que te traiga a la oficina.

Caminé hacia los ascensores del vestíbulo y ella me seguía pegada a mi lado izquierdo manteniendo su correa sin un sólo Newton de tensión.

“*Ojalá no entre nadie más,*” pensé, mirando a Duquesa, que seguía sentada mirando hacia enfrente con la lengua de fuera mientras esperábamos que se abrieran las puertas del ascensor.

Al entrar Duquesa se puso a rascarse, y miré la puerta abierta. Cuando estaba a la mitad del camino de cerrarse escuché los pasos acelerados de alguien corriendo.

—¡Detengan el ascensor! —gritó una chica.

Pulsé el botón para abrir las puertas, y cuando miré a la persona mi corazón se aceleró un poco al ver a Dolly entrando de forma atropellada.

Respiraba agitada y reía mientras daba la media vuelta. Su cabello estaba sujetado en una cola de caballo sin duda hecha con toda la prisa del mundo, no había ni una pizca de maquillaje en su rostro, y sus gafas colgaban de la orilla de su nariz a milímetros de caer al vacío.

Y, sin embargo, se veía divina.

—¡Gracias! —dijo, acomodando sus gafas— ¡Es mi primera semana y ya sería el tercer día que llego tarde!

—No es la mejor impresión para darle a tu jefe, ¿no crees? —pregunté, sonriendo al verla girar rápido a mirarme.

—¡Me cago en...! —dijo, cubriéndose el rostro mientras aguantaba la risa. Le tomó unos instantes dejar de reír, aclaró su garganta y suspiró mirándome al rostro— Buenos días, *señor* Dreschner —dijo con un tono que me pareció algo seductor.

—¿Cuál es su excusa esta vez, *señorita* Villanueva? —pregunté con una sonrisa, imitando el tono con el que habló.

Ella amplió su sonrisa mientras soltaba su cabello para recogerlo más despacio en una cola de caballo. Bajó la mirada un instante antes de girar su cuerpo por completo hacia mí.

—No tengo excusa, *señor* —dijo, inclinando su cabeza hacia un lado y ajustándose la mochila

que cargaba en su espalda—. Aceptaré cualquier medida disciplinaria que usted considere apropiada —dijo despacio, pasando sus dedos sobre las patillas de sus gafas y acomodando un mechón rebelde detrás de su oreja.

Joder, la forma en que dijo aquello sirvió como una herramienta arrojada entre los engranes de mi cabeza. Sólo podía fijarme en sus labios cuyos talentos ya conocía, y el magnetismo de su cuerpo parecía tener un efecto amplificado en mi persona.

Solté una carcajada, y ella hizo lo mismo.

—Basta de bromas —dije—. ¿Tienes algún problema para llegar a tu hora de entrada? Puedo hablar con alguien de Recursos Humanos y ajustar tu hora de entrada si te resulta más cómodo llegar más tarde.

Dolly deslizó su mano encima de su nuca. —Es sólo que no estoy acostumbrada a levantarme temprano —dijo sin dejar de sonreír—. Sigo buscando el sonido perfecto de mi alarma para que consiga levantarme de la cama.

—Mi oferta se mantiene, Dolly —dije.

Ella se arrodilló ante mí y tomó las mejillas de Duquesa entre sus manos. —¡Hola, hermosa! ¡Ay, Dios! ¡Estás más mona cada día!

Reí al escuchar los gemidos de Duquesa y verla cerrar sus ojos. Ella se dejaba acariciar por cualquiera que yo permitiera cerca de mí, pero eran pocas personas quienes lograban que cerrara sus ojos e hiciera esos ruidos.

—¿Es día de traer a tu mascota? —preguntó Dolly.

—Saldré de la ciudad —dije, bajando mi mano a frotarle la oreja a Duquesa—. La llevaré a la guardería canina después de algunas reuniones que debo atender.

No había notado que Dolly ya le rascaba detrás de la oreja. Nos tomamos la mano unos instantes. Ella me miró de reojo, y en ese momento mi corazón aceleró tanto, y mi cerebro me recordó esas sensaciones cuando nos besamos aquel día en mi hogar.

El sabor de sus labios.

La electricidad de su tacto.

El aroma de su piel y cabello.

El peso de su cuerpo apoyado contra mí, apurándome a llevarla a otro lado.

—¿Hotel canino? —preguntó Dolly, poniéndose de pie y mirándome directo a los ojos— ¿No te extrañará?

—Quizá —dije, sonriendo—, aunque no lo pensarías con lo mucho que la consienten. Le cortarán las uñas, cepillarán el poco pelo que tiene, un baño de burbujas o dos —me acerqué a ella para susurrarle—, y una revisión médica.

Duquesa gruñó. —Creo que no le gusta esa parte —dijo Dolly entre risas.

—Creo que no —dije, mirándola, y luego miré a Dolly, pero mi vista se detuvo en sus labios

un instante. Con un vistazo a sus ojos comprobé que ella hizo lo mismo.

—Entonces —dije luego de toser un poco y dar un paso hacia atrás—, ¿te has adaptado bien al trabajo?

—Claro —dijo sin pensarlo—. El Pequeño Juan ya me puso al día con lo que quieren hacer.

—¿Es un apodo irónico? —le pregunté, visualizando la corpulencia de Juan— Es obvio que no es por su tamaño.

Dolly soltó una risilla. —No, en la universidad él...

La campana del ascensor timbró. Miré que ya habíamos llegado al piso cincuenta.

—Me salvó la campana —dijo Dolly, poniendo sus manos detrás de su cintura—. Él me mataría si le contara esa historia, *señor* Dreschner.

Ambos salimos, y ella se inclinó para darle un par de palmadas a Duquesa. Me miró de reojo mientras se erguía y caminaba hacia otro lado con una energía en su andar que amplió aún más la sonrisa que ya me había provocado.

—Yo no le diré que me lo contó, *señorita* Villanueva —le dije.

Ella se detuvo, dio la media vuelta, y se acercó a mí cabizbaja, pero sin duda aguantando su risa.

—Éste no es mi piso —dijo entre risas cuando estaba frente a mí.

Sonreí antes de pulsar el botón del ascensor. —Dile a Juan que te topaste conmigo en el ascensor y por eso llegaste tarde —le dije. Ella levantó la mirada—. Si tiene un problema con ello, que hable conmigo —le guiñé el ojo.

Ella soltó una risilla mientras agarraba con ambas manos las correas de su morral.

El ascensor llegó demasiado pronto. Dolly entró rápido, y no dejamos de mirarnos hasta que las puertas cerraron.

Escuché un quejido. Miré a Duquesa y la noté mirando las puertas cerradas.

—Es una empleada muy especial, ¿no es así? —le pregunté, y su sonrisa fue toda la respuesta que necesité.

Miré a Cosme en su escritorio atendiendo una llamada cuando llegué a mi oficina.

Me vio a los ojos y asintió. —Te devolveré la llamada, cariño —dijo antes de colgar el auricular—. ¡Buenos días, Logan!

—¿Todo bien con Mario? —pregunté al entrar a mi oficina, seguro que me venía siguiendo.

—¿Cómo supo que hablaba con él?

—Siempre tienes un brillo particular cuando hablas con tu marido —dije, quitándole la correa a Duquesa.

—Se lleva bien con sus compañeros de equipo —dijo Cosme—, pero dice que el entrenador

es un patán de lo peor, y los novatos de este año son unos pesados.

—Recuérdale lo que le dije —caminé hacia mi escritorio y encendí el ordenador—: que haga su trabajo de proteger al mariscal de campo, y tendrá su trabajo asegurado.

—Ya que hablamos de brillos particulares —dijo Cosme con una sonrisa cuando me senté—, tú te ves diferente.

—Usé esa crema para la barba que me recomendaste —dije, mirando los encabezados de mis correos electrónicos en busca de algún asunto urgente—. No está mal, me gustó.

—No, no es eso —dijo Cosme—, Duquesa también viene muy alegre.

Sonreí al mirarla tirada mirando fuera de la ventana. —Mensajes, Cosme —le ordené.

—¡Claro! —él sacó su teléfono y miró la pantalla— Tienes cuatro reuniones esta mañana con...

Repetí en mi cabeza la manera en que Dolly me miró minutos antes cuando salimos del ascensor. Jamás había conocido a alguien que pudiera ser así de torpe un segundo, e irresistiblemente seductora al siguiente. Si mi edificio tuviera un par de pisos más no me cabe la mínima duda que habríamos terminado besándonos.

“No seas tonto,” pensé. “Trabaja para ti. Eso sería...”

—¿Logan? —llamó Cosme, sacándome de mis pensamientos.

—¿Sí?

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿A dónde te fuiste, hombre? —preguntó entre risas.

Cerré mis ojos y froté mis párpados. Podía ver con la claridad de un cristal a Dolly riendo de mi falta de atención, y no pude contener mi propia risa.

—Lo siento, Cosme —dije.

—No sueles ser tan distraído —dijo Cosme con ojos entrecerrados—. ¿Tiene algo que ver la jovencita que salió contigo del ascensor?

Abrí mis ojos y pasé mi mano encima de mi boca antes de dejarla encima de mi escritorio. *“Pensé que no me había visto.”*

—¿Jovencita? —dije entre risas— Fue a la universidad con Juan Ibarra. Dudo mucho que sea *tan* joven.

—¿Es la nueva programadora de la Pulsera Rx? —preguntó Cosme boquiabierto— Joder, esa chica sí que sabe lucir la camisa de la compañía y el *look* de *nerd*.

Negué con la cabeza y suspiré. —¿Podrías ir a confirmar la reservación en la guardería canina para Duquesa y la hora en que estará listo el jet?

—Muy bien, entiendo la indirecta —dijo Cosme con una mueca traviesa—. ¿Algo más, *señor* Dreschner?

Reí al recordar la forma en que Dolly me decía aquello. —Por ahora es todo, Cosme.

“*Suficiente, Logan,*” pensé al regresar mi atención a mi ordenador. “*Tenemos trabajo.*”

Capítulo 9.

Dolly

—No me pongas a prueba, pedazo de mierda —dije cuando el presionar el botón en la cafetera no la hacía funcionar. Esperé un poco, pero ni siquiera escuchaba un gorgoreo o veía vapor del agua. Caray, la porquería ni siquiera estaba caliente.

“¿Al menos estás encendida?” pensé, girándola un poco para comprobar que el foco de encendido estuviera pulsado.

No tenía uno, pero sí tenía una pantalla de LCD donde mostraba la hora equivocada de forma intermitente.

—Dolly, hiciste un programa de acceso remoto para la red interna de la policía —me dije a mí misma con las manos en la cadera—, ¿cómo es posible que una puta cafetera te someta?

Pulsé el ícono de encendido. Nada. Lo pulsé otra vez. Nada, ni un sonido. Le di un manotazo al lado de la cafetera algo fuerte, y de no ser por mis reflejos felinos se me habría caído del mostrador.

“Mañana me traigo mi propio café,” pensé, aguantando las ganas de arrojar aquel electrodoméstico a una trituradora. “Ahora entiendo por qué esos carritos de café afuera del vestíbulo siempre tienen fila.”

—¿Qué te hizo esa cafetera? —preguntó detrás de mí una voz que estaba logrando sacarme una sonrisa cada que la escuchaba.

Giré y vi a Logan en la entrada con una mano en su bolsillo y la otra sosteniendo su móvil.

—Volviste —dije, dando la vuelta y apoyándome contra la mesita—, ¿qué tal... donde sea que hayas ido?

—Singapur, luego México —dijo sin quitarme esa mirada suya de encima—. Y al final Los Ángeles.

—Siempre he querido ir a Acapulco —dije—, o a Cancún.

—¿Por qué nunca has ido?

—¿Quién dice que no?

—Tus palabras —dijo Logan con ojos entrecerrados—. Dijiste que “siempre has querido,” dando a entender que nunca has...

Solté una risilla. “No se le va ni una palabra,” pensé. Me crucé de brazos. —Bueno, me contrataste por mi pericia en el ordenador, no por mi buen manejo de la lengua.

Logan sonrió, y yo solté otra risilla.

—Bueno, ¿cuál te ha gustado más? —preguntó.

—No sé —dije, dando la vuelta—, nunca he ido a ninguno.

Le escuché reírse y acercarse despacio. Miré la cafetera, pero ya no tenía cabeza para descifrar qué ritual ancestral era necesario para hacerla funcionar.

“*Eres una tonta,*” pensé. “*Ya sueñas como Malena cuando quiere ligarse a un tipo.*”

—Traté de llamarte un par de veces —dijo, deteniéndose a mi lado.

Volteé a verle. —Así que eras tú a las cuatro de la mañana —dije.

—Fue una vez —aclaró—. Y me di cuenta de la diferencia horaria y no volví a hacerlo.

Asentí y mordí mi labio inferior. —¿Hay algo que necesites que hablemos? —pregunté, mirando la cafetera vacía, concentrándome en la pintura negra brillante que cubría el resto del aparato.

—Si mal no recuerdo, había una cita que debíamos concertar.

Sonreí. —*Señor Dreschner* —dije antes de arquear mi ceja y guiñarle el ojo.

Él rio. Le miré de reojo y tenía una amplia sonrisa atravesada en el rostro mientras miraba hacia abajo y hacia mí.

“*¿Está viéndome el culo?*” pensé, cayendo en cuenta de que aquella falda de cuero negro me quedaba un tanto ajustada, lo suficiente para lucir mis atributos.

Mi vientre se encendió y en cuestión de segundos ya estaba a mil grados, expandiéndose por todo mi cuerpo y convirtiendo en cenizas cualquier deseo de moderarme con él y permitirme una ligera indiscreción.

—¿No cree que sería algo indiscreto? —pregunté.

—Eso dependería de sus intenciones, señorita Villanueva —susurró de forma coqueta.

—*¿Mis intenciones?* —susurré entre risas, alzando el mentón y mirándole la corbata, recordando la dureza de su físico cuando me tuvo contra él aquel día en su apartamento.

Logan giró hacia mí, y yo hacia él, quedando a menos de medio metro de distancia. Le miré a los ojos, y él sostuvo la mirada.

Yo llevaba una blusa de botones, pero el que él no diera un ligero vistazo me prendió como nunca. Joder, parecía que me tenía justo donde él quería.

Logan no tenía reputación de ser mujeriego, según el internet. Deseado, sí, pero no un mujeriego.

—Quiero hacerte una pregunta —dije.

—Hazla —dijo sin pensarlo.

Sonreí y suspiré. —¿Qué estamos haciendo?

Notaba en su mirada que sabía a lo que me refería. —Es lo que intento aclarar, Dolly.

—¿Quieres que salgamos?

—Sí.

—¿Quieres que follemos?

Él titubeó. —No usaría esa palabra, pero...

Sonreí y solté una risilla. —Pídemelo —le dije.

—¿Disculpa?

—Somos adultos, ¿no? —le dije— Joder, es más que obvio que ambos lo deseamos.

Él entrecerró sus ojos. —Sigue hablando.

—Ese día en tu apartamento —le dije, poniendo mi mano encima de su pecho—, si no te hubieran llamado habríamos ido a tu cuarto a dejarnos llevar.

—A la sala —él corrigió, y yo mordí mi labio—. No habríamos llegado a la habitación.

Me encogí de hombros. —Yo no me habría negado a ti —dije, ampliando mi sonrisa un instante—. Me salvaste esa noche, después de todo.

Él apretó sus labios y pasó su mano encima de su boca.

“No sé si está jugando conmigo o está hablando en serio,” pensé al acercarme sólo un poco más a él. “Siento que estoy a punto de caer en una trampa y quedaré atrapada con un animal salvaje que hará conmigo lo que le plazca.”

—Recuerdo que dijimos que no sería una buena idea, Dolly —dijo despacio.

Tomé su corbata con mi mano. —Definitivamente no es una buena idea, *señor Dreschner*.

Él cogió con sus dos manos la mía. —Debemos detenernos, Dolly.

—¿Por qué?

Era extraño ver en su mirada esa misma intensidad que veía en los hombres cuando estaban por dejarse llevar, pero su cuerpo estaba tenso, como si estuviera haciendo un esfuerzo por no hacer nada. Algo en mí me decía que se moría tanto como yo por darle la victoria a sus instintos más bajos.

—Si no trabajaras para mí...

Miré mi mano entre las suyas, y luego sus labios.

—¿Eso es lo que querías hablar conmigo? —le susurré— ¿Querías cancelar la cita?

—¿Quiero? No —dijo—, pero...

Sonreí y extendí mi otra mano hacia su mejilla. —Entiendo, guapo.

Él entrecerró sus ojos. —¿No estás molesta?

—No —dije, girando mi cuerpo hacia la cafetera, pero dejando mi mirada clavada en sus ojos tanto como pude—. Soy una niña grande, Logan. Si no quieres, no quieres y ya.

—Lo siento si te hice sentir incómoda —dijo.

Reí y giré mi cabeza para verle. —Eso nunca, Logan —le dije—. Contigo siempre me siento... No sé describirlo.

—También me siento distinto contigo, Dolly —dijo—. Como si...

—No tuvieras que ocultar lo que quieres.

Él se acercó y puso su mano en mi espalda baja. Quedé tan inmóvil como si me hubieran congelado, pero por dentro la temperatura subió hasta niveles que me obligaron a mantener la boca abierta para darle salida al calor.

—No lo oculto —susurró, y si su mano hubiera bajado más hacia mis nalgas me habría tenido a su merced ahí mismo, en ese lugar, en ese momento—, pero no debo.

Sonreí. —Entonces deberíamos dejar de coquetear, ¿no crees?

Se quedó callado un momento, dejando su mano inmóvil a escasos milímetros de iniciar el viaje de subida del valle en mi espalda baja hacia mis nalgas.

Cuando lo miré tenía su rostro tan cerca del mío que podría haberlo saboreado. Mi cuerpo recordó la exquisita experiencia de ese beso en su apartamento, y se moría por repetirla.

—Como programadora —susurró, quitando su mano de mi espalda—, deberías saber que las máquinas no responden a la violencia.

—¿Qué? —dije, incapaz de procesar sus palabras por estar atontada viendo sus labios.

Noté movimiento de reojo, y cuando miré hacia la cafetera vi que estaba manteniendo presionado el botón de encendido.

Escuché un pitido salir de la cafetera, y quedé boquiabierta al escuchar los mecanismos dentro de ella moverse.

—¡Está viva! —exclamé con las manos arriba, saltando como niña pequeña.

—Debes mantener presionado el botón para encenderla —dijo Logan antes de dar un paso hacia atrás.

—¿Piensas hacer del salvarme un hábito? —dije, poniendo mi dedo índice sobre la solapa de su traje—. Porque si es así necesitaré que te pongas una capa.

—Y mallas —dijo—. Me veo increíble en mallas.

Reí y sonreí tanto, más de lo que alguna vez había sonreído en mi vida. —Sospecho que hay pocas cosas con las que te verías mal.

—Melocotón —dijo—. Según mi asistente, ese color no hace lucir el tono de mi piel.

—Lástima —dije, incapaz de resistirme a mirarlo de arriba abajo—. Me gusta el melocotón.

Logan sonrió y dio un paso más hacia atrás. —Entonces, lo tenemos claro.

—¿Qué tenemos claro?

—Nuestra cita pendiente.

Asentí y suspiré. —Tú te lo pierdes, guapo.

Logan respiró profundo, y apuntó hacia la cafetera. —Trata de no destruir propiedad de la compañía, ¿sí?

—No haré tal promesa —dije, levantando mis dos manos.

Él sonrió, dio la vuelta, y salió caminando despacio.

Mi corazón se encogió un poco cuando lo hizo. El incendio que ardía en mi interior ahora estaba acompañado de una sensación de malestar en mi garganta.

“No, grandísimo imbécil,” pensé. “Llévame a cenar, a tu casa, a donde quieras y muéstrame lo que pasaría si dejaras de reprimirte un poco.”

Pensé en esas palabras unos momentos, lo que quise decirle, lo que debí decirle.

Reí un poco. —De todos los hombres que conozco, y me muero por estar con el que no se acostaría con una empleada —susurré para mí misma—. No tienes remedio, Dolly.

Respiré profundo. Su loción aún merodeaba en mi nariz, y su aroma se volvía combustible para mi interior. Ni siquiera el aroma del café solo recién hecho podía ocultarlo, ni sus efectos en mi cuerpo y pensamientos.

“Ya pasará, Dolly,” pensé. “Es sólo un tipo más.”[

Capítulo 10.

Logan

—Quiero que Jaime Navarro ponga un equipo de investigación a encontrar un sustituto para ese material —dije a Cosme, que estaba junto a mí, mientras miraba el coche de Michael Sheridan alejarse—. Y programa una cita con Dionisio Medina para...

—Buscar una forma de anular el contrato que tenemos con International Polymers —interrumpió Cosme—. Anotado, jefe.

Asentí al mirarlo de reojo. Ambos giramos y dimos unos pasos hacia la entrada del edificio. —No entiendo cómo mi padre hizo negocios con alguien tan desagradable.

—Tener el único material que... —dijo Cosme, y yo levanté mi mano y le sonreí— Entendido, me callaré ahora.

Me detuve y respiré profundo. Entre el humo de los coches y los aromas de la media docena de carritos de venta de cafés detecté uno en particular que logró encender mis papilas gustativas.

Miré hacia todos lados, y encontré el carrito más nuevo y más concurrido siendo atendido por un anciano risueño demasiado rápido para su edad.

—Don Lupe —dijo Cosme, mirando en la misma dirección que yo—. Lleva dos semanas poniéndose en aquella esquina vendiendo café artesanal. Tiene gente todo el tiempo.

—Iré a ver si su fama es bien merecida —le dije a Cosme—. ¿Quieres uno?

—¿Quieres que me dé un infarto? —preguntó fingiendo ofensa— Acabo de tomar una bebida energética.

—¿Otra? —pregunté al alejarme— Vas a necesitar ir al cardiólogo antes de que cumplas treinta.

Algo me contestó, quizá algo chistoso e ingenioso, pero el estruendo de los coches me impidió oírle con claridad. Cuando me acerqué al carrito de Don Lupe noté que muchos de sus clientes eran empleados míos. Conocía el nombre de algunos, pero no de la mayoría.

—Buenos días —les saludé.

—¿Qué va a llevar, jefe? —preguntó el anciano con una gigantesca sonrisa al verme.

Miré las ollas en su carrito echando humo, y respiré profundo. —No tengo la menor idea —dije—. Sorpréndame.

El anciano entrecerró los ojos, asintió, y me miró de arriba abajo. —Usted es alguien que necesita relajarse más de vez en cuando —dijo al tomar un vaso viajero y llenarlo con un cucharón de una de las ollas—. Éste le va a gustar, jefe.

Tomé el vasito, olfateé el humo saliendo de él y di un ligerísimo sorbo que me hizo cerrar los ojos a disfrutar el exquisito sabor potente de aquel brebaje.

—Mis felicitaciones, señor —le dije, alzando el vasito viajero. Metí mi mano libre en mi bolsillo—. Quédese el cambio —dije al entregarle un billete que saqué de mi pantalón sin fijarme de cuánto era.

—¡Vuelva pronto, jefe! —dijo con una sonrisa antes de que yo diera la media vuelta y me alejara.

Encontré un banco vacío frente a la estatua de la plaza cruzando la calle de mi edificio. Tomé asiento y disfruté unos deliciosos minutos de una paz que hacía rato no tenía. Aquel café tenía un sabor tan fuerte, tan peculiar, que en aquellos momentos sólo podía concentrarme en el deleite que estaba experimentando en mi boca.

—¿Acaso drogará el café? —murmuré al ver el vasito viajero y olfatear el humo saliendo de él— Como sea, está exquisito.

Giré la cabeza y miré a lo lejos a Juan Ibarra salir con Dolly del vestíbulo. Quería ponerme de pie e ir hacia ella, pero me mantuve firme en mi asiento.

“*Joder, hombre,*” pensé, negando con la cabeza, anonadado con esa risa suya que lograba contagiar incluso a alguien tan serio como Juan. “*Contrólate, tienes cosas más importantes en qué pensar.*”

Miré hacia enfrente, entre los huecos de la estatua de arte abstracto ante mí, y noté un taxi detenerse hacia el otro lado de la calle. El porte del hombre al salir era inconfundible, y bastó con verle acomodarse sus gafas de perfil para reconocer a mi hermano.

“*Seguro viene de desayunar,*” pensé al mirar de reojo mi reloj. “*Quizá fue con la gente del banco para...*”

Otra persona salió del taxi: una mujer de corta estatura con cabello pixie, vestida con una falda de lápiz y una blusa azul cielo. La miré con mayor atención y la reconocí como una de las auxiliares contables del departamento de cuentas por cobrar en el piso treinta y siete.

Richard pagó al taxista, y cuando éste se alejó tomó a la muchacha por la cintura, ambos sonrieron, y se besaron.

“*Maldita sea, Richard,*” pensé, poniéndome de pie.

Di apenas tres pasos en su dirección cuando mi hermano me vio dirigiéndome a él. Algo le susurró a su cómplice que ella también giró por un instante antes de regresar su atención a él y decirle algo.

Richard no me quitó la mirada de encima mientras cruzaba la calle hacia ellos. Ella no giró a verme hasta que llegué.

—Buenos días, Richard —le saludé.

—Buenos días, Logan —él contestó con una sonrisa—. ¿Conoces a Stephany? Es una de nuestras auxiliares en...

—Cuentas por Cobrar, lo sé —dije, ofreciéndole mi mano—. No he tenido el gusto.

—Encantada, señor Dreschner —saludó con una vocecita tímida—. De hecho, ésta es mi primera semana trabajando en el departamento de relaciones laborales.

Asentí y apreté mis labios un instante. —Stephany, ¿me dejarías un momento a solas con Richard, por favor?

Ella miró de reojo a Richard antes de sonreírme y alejarse.

Richard la siguió con la vista mientras cruzaba la calle. Al hacerlo ella giró de nuevo, sonrió, y Richard le contestó lanzándole un beso.

—Jamás me canso de ver el andar de una hermosa mujer que sabe lo que tiene —dijo mi hermano—. Dime, Logan, ¿qué obra de Dios puede compararse con el culo de la mujer? Aquello es una verdadera obra divina.

—¿Cuánto tiempo, Richard? —le pregunté, cruzándome de brazos mirando a la muchacha sentarse en un banco junto a la estatua de la plaza.

—¿Importa? —dijo, girando hacia mí— De cualquier manera, ya sé lo que piensas y lo que me dirás.

—Maldita sea, Richard —dije, dando la vuelta. No tenía intenciones de que aquella muchacha me viera reprender a mi hermano—. ¿Qué demonios estás pensando?

—¿Quieres relajarte, Logan? —preguntó, dando la vuelta y caminando hacia el escaparate de la tienda ante nosotros— Ah, a Stephany le encantará ese bolso.

—¿Crees que esto es un juego?

—¡Por supuesto, hermanito! —dijo, apuntando hacia el bolso— Es el juego más viejo que existe: hombre tiene, mujer quiere —él rio, pero yo sólo negué con la cabeza— Verás, a diferencia de ti, yo sí disfruto los pequeños placeres que puede ofrecer la vida —me miró y sonrió de oreja a oreja—, y no hay nada más placentero que una relación de mutuo consentimiento entre dos adultos explorando juntos su sexualidad.

Di un paso hacia él. —Eres el jefe de esa mujer.

—Te corrijo, hermanito: *era* el jefe del jefe de... Sabes, no recuerdo a cuántos escalones del organigrama estaba —dijo Richard sin pensarlo y dando un toquecito con su índice a mi pecho—. Ella ya está en otro departamento donde yo no tengo ninguna influencia.

—Eres mi hermano, Richard, y eres alta gerencia —le regañé—. No hay ningún departamento de la compañía donde nuestro nombre no tenga influencia —resoplé y volteé a verla de reojo—. No lo apruebo, Richard —dije—. Deberás terminarlo.

—Honestamente, Logan —dijo Richard, acercándose hacia mí de manera amenazante—. No me importa si lo apruebas o no.

—¿Qué acabas de decirme? —le dije, esta vez acercándome yo.

—Me oíste, hermanito —dijo, alzando el mentón y ampliando su sonrisa—. Stephany y yo

tenemos nuestra relación bien documentada en Recursos Humanos y ella se cambió a otro puesto del mismo nivel —él volvió a poner su dedo índice en mi pecho—, tal y como lo pide el reglamento interior de trabajo que papá aprobó.

Richard me quitó el dedo de encima, chasqueó su lengua, y se alejó caminando de mí.

—No hemos terminado de hablar, Richard —le dije.

—Respecto a este tema sí, hermanito —dijo Richard sin detenerse.

—Con razón Isabel te dejó —dije, y él se detuvo—, y por ese comportamiento papá me puso al frente de la compañía.

Richard respiró profundo, dio la vuelta, y caminó hacia mí con una ligera mueca en su rostro al acercarse a mí, aunque podía ver en sus ojos esa rabia característica suya.

—¿Sería mejor ser como tú, Logan? —dijo— Hablas de cómo me dejó Isabel como si hubiera sido algo que me hubiera lastimado. Firmé el divorcio por la mañana y estaba tirándome a una jovencita universitaria por la tarde. No, hermanito, prefiero gozar de lo que me deja la vida a ser un mojigato como tú que sólo sabe matarse en la oficina tratando de demostrarle al mundo que merece la posición que papi le dejó.

—Papá creyó que lo merecía —dije—. Sin duda más que tú.

—Sí, bueno —Richard me guiñó el ojo—, eso cambiará en unos meses cuando la junta directiva cancele el proyecto de tu pulsera mágica y le dé el control de la compañía a alguien que verdaderamente ha dedicado toda su vida a ella —dio un paso hacia mí y me miró a los ojos—, a alguien que *sí* lo merece.

—Ya veremos, Ricky —le dije.

Richard rio un poco. —Te comportas como si fueras mejor que yo. Siempre lo has hecho —dijo—. Dime, ¿acaso nunca te has visto tentado por alguna de nuestras empleadas? —dio un par de pasos hacia atrás antes de dar la vuelta— ¿O por cualquier chica?

Respiré profundo al ver a mi hermano caminar hacia Stephany, que le esperaba sentada con una sonrisa de oreja a oreja. Di un trago a mi café, que ya se había enfriado un poco, y miré en dirección del carrito de Don Lupe.

Vi a Dolly y a Juan hablando en la esquina, y un nudo se formó en mi garganta al caer en cuenta que tenía una respuesta a esa pregunta que me había hecho Richard.

“*Sí*,” pensé. “*Sí me he visto tentado por una empleada.*”

Capítulo 11.

Dolly

—¿Error? —exclamé al ver la información en el monitor de mi ordenador— ¿Te atreves a marcarme un error al compilar?

Leí las notas en la pantalla, gruñí, y me apoyé en mi silla al mismo tiempo que dejaba mis gafas en el escritorio para después cubrir mis ojos. “*Maldita porquería, ¿por qué no quieres compilar?*”

Pensé en tener a Logan a mi lado, diciéndome cuánto quería estar conmigo. Joder, ninguno de los cafés que había bebido desde entonces podía compararse. Ni siquiera esa maravilla del viejo Lupe a la que Juan me había vuelto adicta.

Imaginé a Logan frotándose la nuca, susurrándome palabras sucias que su sentido de caballerosidad jamás diría, y luego...

—¡No, tarada! —dije para mí misma, dándome manotazos en las mejillas— Concéntrate.

Los demás chicos de los otros puestos de trabajo me miraron como si estuviera loca. Dejé salir una risilla, me puse mis gafas, y regresé mi atención a mi pantalla.

“*Si me quedo pensando mi imaginación volaría a donde no necesito que lo haga,*” pensé, leyendo de nuevo la descripción del error que el compilador me arrojó. “*Maldita sea, necesito revisar los datos que envía el sensor.*”

Mi teléfono sonó. Lo miré de reojo y vi una foto de Malena riendo en mi pantalla levantando su mano haciendo un gesto con sus dedos índice y medios en V.

Sonreí mientras lo veía. —Está llamando al móvil de Dolly —dije al contestar la llamada—. En estos momentos se encuentra ocupada decidiendo si usar un bate o una pistola con el ordenador del trabajo que se niega a cooperar —mis compañeros se detuvieron y volvieron a mirarme—. ¡No me miren así! ¡Todos lo hemos pensado!

—Me imaginé que seguías en el trabajo —por la forma en que lo dijo la imaginé sonriendo.

—¿Dónde más voy a...? —dije, mirando en la esquina de mi monitor la hora— ¡Joder, ya es tarde!

—Te mandé un mensaje de texto hace horas —dijo entre risas—. Vaya que te ha gustado el trabajo honrado.

—Lo siento.

—¿Vamos a ir a bailar o no?

Miré rápido la pantalla del móvil y leí el mensaje. —Ahora mismo cojo un taxi, me cambio y

nos vamos.

—¿Cambiarste? ¿A dónde vas? —preguntaron detrás de mí.

Volteé y vi a Juan cerrando con llave su oficina.

—¿Quién te habló? —dijo Malena con tono insinuante— Estás con ese tal Logan, ¿verdad? Seguro que están...

—Calla, tonta. Espérame —dije al teléfono antes de ponerme de pie y caminar hacia Juan—. Ya averigüe por qué las funciones están dando resultados erróneos.

Sus ojos le brillaron. —¡Eso es excelente! —dijo— ¿Y ya lo pudiste solucionar?

Agarré con fuerza mi móvil y negué. —No, todavía no —dije, apuntando con mi otra mano a mi pantalla—. Pensé que haciendo cambios a las condicionales de búsqueda lo solucionaría, pero ahora me da error.

Juan respiró profundo. —Necesitamos revisar los datos del sensor —él se estiró hacia arriba y gruñó—. Vete a casa, Dolly —dijo, luego miró hacia mis compañeros—. ¡Todos! Váyanse a descansar y mañana abordaremos el problema con cabeza despejada.

—¿Quién está hablando?! —preguntó Malena tan alto que Juan la escuchó y miró mi móvil— Tiene una bonita voz.

Pegué rápido el móvil a mi oído. —Espérame, Malena.

—¡Invítalo! —suspiré y vi a Juan más confundido que un conejo alimentado por marihuana perdido en el bosque— ¡Anda! ¡Llévalo!

“*Esta loca jamás se rendirá,*” pensé. —¿Qué planes tienes para esta noche? —le pregunté a Juan, resignada.

Él se encogió de hombros. —Nada en especial. Jugar, quizá ver esa serie que me recomendaste durante la comida.

—Vale, vienes conmigo —dije, apuntándole con mi dedo índice—. A ambos nos vendría bien emborracharnos y hacer tonterías de las que nos arrepentiremos mañana.

—¿No tendríamos que cambiarnos de ropa? —dijo, pellizcando algo de la tela de su camisa polo azul cielo.

—¡No! —gritó Malena.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—¡Ya es tarde! Vámonos así.

—¿Tienes coche? —le pregunté a Juan.

—Está en el taller —dijo—. Yo pago el taxi.

—Okey, sólo que tenemos que ir a recoger a...

—¡Ya estoy aquí en tu vestíbulo! —gritó Malena.

—¿Qué coño haces en el...? —dije, pero luego caí en cuenta de con quién estaba hablando—
Vale, ahí esperanos.

Colgué la llamada y fui por mi mochila mientras Juan me esperaba en la puerta.

—Sabes —dijo Juan cuando salimos al pasillo—, el señor Dreschner está muy contento con las mejoras que le has hecho al software de la Pulsera Rx.

Se me hizo un nudo en la garganta mientras trataba de quitar la sonrisa que se hizo en mi rostro. —Que me felicite cuando haga funcionar esa mierda.

—¿Y quién nos espera en el vestíbulo? —preguntó Juan al llegar a los ascensores.

—Mi compañera de piso —dije sin quitar la vista de la puerta del elevador, deseando con todo mi corazón que se abriera y entrara Logan—. Te gustará. Es algo gritona, impulsiva, y a veces se porta como niña mimada. Pero tiene buen corazón.

—Te convenció de invitarme sin haberme conocido, ya me agrada.

Llegamos al vestíbulo, y vi a Malena con vestido azul cielo ajustado y su cabello recién rizado agitando su mano llamando nuestra atención.

—¿Es en serio?! —le dije en cuanto nos acercamos.

—¿Qué?

—¡Fuiste al estilista sin mí! —le dije, tirando de un puñado de su cabello— ¡Te había dicho que quería ir!

—¡Ay, amiga! ¡discúlpame! —dijo Malena, tomándome las manos— Lo olvidé, lo juro.

Ella miró detrás de mí, y sonrió de oreja a oreja. Di la vuelta y el pobre de Juan estaba anonadado a dos metros de nosotros.

—Juan, ella es Malena —dije, tratando de no soltar la carcajada al notar lo abochornado que estaba.

—Encantado—dijo Juan, acercándose y ofreciendo su mano a estrechar.

—Encantada —dijo Malena al mismo tiempo que él, haciendo su mano a un lado para acercarse más a él. Aún con tacones ella apenas alcanzó a besarle la mejilla—. Qué bien hueles, ¿qué colonia usas?

—Yo... —Juan sonreía como un tonto, y yo giré mis ojos hacia arriba al ver una víctima más de los encantos de Malena—. ¿Qué loción? Hoy, yo...

—¡Y mira! —dijo, pellizcando un poco de la tela de su camisa— ¡Vestimos del mismo color!

—Sí —dijo el tonto— ¡Equipo azul!

Ella acercó su rostro a mí, me miró a los ojos, y dijo algo que jamás espere que me fuera a decir en ese momento.

—Está lindísimo —me susurró emocionada.

Quedé estupefacta. —¿Qué? ¿Quién? —dije al verla reírse y tomarle el brazo a Juan. Nunca había visto a Juan de otra forma más que como un amigo, así que nunca me había parecido atractivo en lo más mínimo.

“*Parece que a Malena sí,*” pensé con una sonrisa mientras salíamos del vestíbulo. Joder, parecía niña pequeña mirando el regalo que le había pedido a los Reyes Magos y estaba a punto de abrirlo.

—Pediré un taxi mientras ustedes tórtolos se conocen —les dije, y Juan me miró con los ojos abiertos y la cara más roja que una cereza mientras Malena se ponía justo frente a él.

Me acerqué a la acera y levanté mi mano al ver un taxi. El muy hijo de puta me pasó de largo, por lo que le mostré el dedo medio.

Vi otro taxi dirigirse hacia mí. Hice la misma seña, pero igual pasó a mi lado sin detenerse.

—¿Es en serio? —dije, mirándolo alejarse.

Escuché un coche detenerse a mi lado. Giré y una limusina negra con vidrios polarizados terminaba de frenar. Di un paso hacia atrás, y vi que el vidrio del pasajero de atrás bajó.

Me asomé, y ahí estaba Logan mirándome con esa mueca suya que se negaba a abandonar mis pensamientos.

—¿Vas a algún lado? —preguntó.

—¡No! —dije entre risas— Es uno de mis pasatiempos el detener taxis al azar.

—¿De verdad? —noté que aguantó la risa.

—¡Sí! —apoyé mis antebrazos encima de la puerta— Las caras que ponen los taxistas cuando les digo para qué los detuve son comiquísimas.

—¿Has pensado grabar sus reacciones? —preguntó— Te volverías rica subiendo esos videos al internet.

—¡Esa es una buenísima idea! —dije antes de carcajearme con él.

Nos miramos unos instantes cuando la risa pasó, pero al parecer ambos no podíamos dejar de sonreír.

—¿Necesitas que te lleven? —preguntó.

—¡Sí! —dijeron detrás de mí, y yo mordí mi labio inferior para reprimir mi deseo de cerrarle la boca a bofetadas a Malena, que se había recargado a mi lado— ¿Nos puedes llevar?

—¡Señor Dreschner! —exclamó Juan al asomarse— Lo siento, no sabíamos que era usted.

—¿Ese es Logan? —preguntó Malena articulando con la boca, y yo asentí resignada, ganándome dos pulgares hacia arriba en señal de aprobación por parte de ella.

—Súbanse —dijo Logan, deslizándose hasta el extremo opuesto de su asiento y levantando su mentón hacia enfrente.

—De verdad, no necesi... —dije, pero Malena me dio un pellizco en la cintura que me hizo brincar. El conductor había salido y acababa de abrir la otra puerta de aquel lado de la limosina.

—Nosotros aquí —articuló Malena cuando Juan entró—, tú por allá.

Suspiré resignada, subí a la limosina y me senté al lado de Logan.

—Marco —llamó Logan cuando el conductor subió, y un panel que evitaba que viéramos al chofer bajó—. La señorita te dirá a dónde vamos.

—¿Nos acompañará, señor? —preguntó Juan, extrañado.

Logan me miró a los ojos, y mi corazón aceleraba su palpitar con cada milisegundo que pasaba mientras lo hacía.

—Quizá en otra ocasión —dijo, dirigiendo su mirada a Juan—. Hacen una encantadora pareja.

Juan me miró y yo no aguanté la risa cuando él miró de reojo a Malena, quien arqueó sus cejas cuando sus miradas se cruzaron.

—¿Pareja? —dijo Juan, mirándola. Ella le guiñó el ojo, y casi le provocó un infarto al afortunado.

Miré a Logan, y la limusina dio una vuelta un tanto rápida, deslizándome hacia él. Su pierna presionó contra la mía, y yo sólo reí.

—Qué divertido es viajar en limosina —dije, mirándolo.

—Puede serlo —dijo, sonriendo—, con la compañía adecuada.

“*Esto no me puede estar pasando,*” pensé, mirándole los labios.

Capítulo 12.

Logan

“*Esto no puede estar pasando,*” pensé mientras miraba a la encantadora, pero demasiado ruidosa amiga de Dolly darle algún tipo de indicaciones a Marco, quien hacía su mejor esfuerzo por comprender hacia dónde quería que condujera la limosina.

De alguna manera, Juan parecía comprenderla y servía de intérprete entre ellos.

Miré por la ventana un momento, pero fui incapaz de resistir el impulso de volver a fijar mi atención en Dolly no resistí al impulso de regresar mi atención a Dolly, que ya se había alejado al otro extremo del asiento. Miraba hacia fuera y de repente se giró para mirarme. Capturé su mirada con la mía y esa sonrisa suya nubló mis pensamientos.

—¿Aquí? —preguntó Marco. Miré por ventana de la limusina del lado de Dolly y vi una fila de personas trajeadas esperando entrar a un club de algún tipo.

—Hay mucha gente —se quejó Malena, poniendo su mano encima de la de Juan—. Bueno, tendremos que pasar más tiempo hablando y conociéndonos.

—¿Vais a esperar? —dije, llamando la atención de Malena, Juan, y Dolly— ¿Cuánto tiempo?

—Una fila de esa longitud son por lo menos veinte minutos —dijo Dolly sin quitarme la vista de encima—, y eso si el guardia está de buen humor.

—Eso no es ni remotamente aceptable —dije antes de mirar hacia enfrente—. Marco, déjanos afuera de la puerta del club.

Tanto Dolly como Malena me miraron incrédulas. Cuando Marco detuvo la limusina Juan cogió el manillar de su puerta.

—No la abras —le dije, y él se detuvo—. Espera a que Marco te abra la puerta.

Los tres me miraron durante el breve momento que le tomó a Marco abrir mi puerta. Salí, y abroché un botón de mi chaqueta mientras rodeaba la parte trasera de la limusina hasta detenerme junto a la puerta de Malena. La abrí, y ella me miraba sonriendo boquiabierta. Le extendí la mano, y ella la tomó.

—No digan nada —le dije, asumiendo que Malena y Juan alcanzaban a oírme—. Déjenme hablar.

Esperamos a que Juan y Malena salieran de la limosina. Noté algo de firmeza en el agarre de Dolly, y me permití imaginar que era por no querer dejarme ir. Caminé hacia la entrada del club. Eran dos puertas de madera abiertas custodiadas por un sujeto casi tan corpulento como Juan, pero de rostro nada agradable y con menos cabello.

Le miré a los ojos mientras nos acercábamos, y cuando estábamos Dolly y yo a un paso del cordón que prohibía el paso él lo quitó al mismo tiempo que asentía.

—Gracias —le dije mientras entraba, poniendo mi mano alrededor de la cadera de Dolly al dar la vuelta y mirar a Juan y a Malena—. Ellos vienen conmigo.

El guardia esperó a que ellos también pasaran para volver a colocar el cordón. Deslicé un billete en el bolsillo de su camiseta, le di una palmada en el pecho, y regresé caminando con mis acompañantes.

—¿Es en serio?! —gritó Dolly, deteniéndose y mirándome— ¿Cómo rayos hiciste eso?!

—¿Ya habías venido? —preguntó Malena, igual de boquiabierta.

—Jamás en mi vida he entrado a este lugar —dije, mirando alrededor, fijándome en la pista de baile llena y la multitud de personas sentadas en mesas alrededor de ella—. Es agradable.

Vi un muchacho con un camisa que tenía grabado el logotipo del local acercándose a nosotros.

—Buenas noches —nos saludó.

Me acerqué al oído de Dolly. —¿Tienen área exclusiva?

—Sí, tienen unas mesas de VIP en el fondo —ella apuntó hacia un lado de la barra.

—Una mesa VIP, por favor —le dije al camarero.

Él asintió y nosotros le seguimos. Cuando llegamos giré, saqué mi billetera y de ella algunos billetes para dárselos al mesero.

—¿Esto cubre el servicio para toda la noche? —le pregunté.

Los ojos del mesero echaron chispas al ver los billetes en su mano. —¡Sí, señor!

Giré y vi a todos ya sentados.

—¡Tequila! —gritó Malena, adelantándose a mi pregunta.

—La mejor botella que tengan —le dije al mesero—, y un whisky doble de mínimo dieciocho años.

Miré los asientos vacíos, y sólo quedaba uno junto a Dolly.

—Ni modo —dijo Malena con una sonrisa de oreja a oreja—, te tocó junto a mi amiga.

La mirada asesina que Dolly le lanzó me sacó una carcajada mientras me sentaba.

—¡Ahora sí, confiesa! —gritó Dolly.

—¿Disculpa?

—¿Tienes poderes psíquicos o cómo demonios hiciste para que el guardia de la entrada nos dejara pasar y nos ofrecieran una mesa en el área VIP? —preguntó.

—No nos la ofreció —le contesté—. Yo la pedí.

—No eres un cliente habitual —dijo Malena—. Te habríamos visto.

Sonreí. —No se necesita ser adivino para saber que si llega un sujeto de traje en una limusina con varios acompañantes hay que dejarlo entrar lo más pronto posible para que comience a gastar dinero.

—Ayuda que traes un traje Ermenegildo Zegna de veinte mil dólares —dijo Malena.

—Buen ojo —la felicité.

—Trabajo en la industria de la moda —dijo orgullosa.

—¿Siempre funciona, señor Dreschner? —preguntó Juan.

El camarero llegó con una bandeja cargando algunos chupitos, una botella de tequila, otra de refresco, y una cubeta con hielo.

Cogí mi trago y miré a mi subordinado mientras el mesero llenaba los chupitos y dejaba en la mesa. —Estamos fuera de la oficina, Juan —le dije, entregándole a Malena el primer vasito lleno que puso el mesero en la mesa, luego a Dolly, y dejé el último para él—. Llámame Logan —él lo cogió, luego chasqueé mi lengua—. Y no, no siempre funciona.

—¿Qué hubieras hecho si no nos hubiera dejado pasar? —preguntó Dolly, girando su cuerpo hacia mí.

—Le habría ofrecido mil dólares para que nos dejara pasar —contesté de inmediato.

Malena, Juan, y Dolly levantaron sus chupitos. —Salud por nuestro salvador esta noche —dijo Malena.

Brindamos y bebimos de nuestros vasos al mismo tiempo. Miré a Dolly cubriéndose la boca y cerrando fuerte sus ojos, dejándose sacudir por el trago del buen tequila.

Me pilló mirándola, y ella sonrió. —Está fuerte.

—Emborráchate con confianza, que tienes a tu buen samaritano aquí para rescatarte de nuevo —dijo Malena.

Dolly le acomodó un puntapié en la espinilla, y yo hice mi mejor esfuerzo por aguantar la risa.

—No tienes que quedarte, sabes —dijo Dolly al mirarme.

—¿Quieres que me vaya?

—¡No! —dijo, poniendo su mano encima de la mía— Pero ¿no tenías planes ni nada?

“*Tiene razón,*” pensé mientras sonreía. —Ahora vuelvo —dije, poniéndome de pie y mirando a mis alrededores hasta encontrar la señal de los baños.

Fui hacia ellos. Entré, saqué mi teléfono y llamé a Cosme.

—Aló... ¿Dónde estás? —preguntó al contestar, luego se quedó callado un instante— ¿Estás en una fiesta?

—En un club, de hecho —dije—. Necesito que llames a Rodolfo y le digas que tenga el jet

listo para mañana, y ofrécele mis disculpas.

—¿Hasta mañana? —preguntó Cosme, sin duda sonriendo— Logan, ¿con quién estás?

—Con Juan Ibarra —dije.

—¿Con Juan Ibarra?! —dijo entre carcajadas— Logan, ¿esperas que crea que el Hulk te llevó a un club? —Cosme soltó un soplando— No me digas que fueron a un club de caballeros.

Torcí los labios y miré hacia arriba. —No suena muy creíble, ¿verdad?

—¿Con quién estás, realmente?

Respiré profundo. —Haz tu trabajo, ¿sí?

Cosme guardó silencio unos momentos. —Jodeer, estás con una chica.

—Maldita sea, Cosme...

—¡Vale, vale! —dijo— Hablaré con Rodolfo para que tenga listo el jet.

—Gracias.

—Quiero decirte algo antes de que cuelgues.

Suspiré. —Dime.

—Disfruta la noche —dijo—. Aunque sea un rato. Te vendría bien relajarte una noche.

—Hasta el viejo del carrito de café me dice lo mismo —dije sonriendo mientras me miraba al espejo—. Hablamos mañana, Cosme.

Colgué la llamada y me miré al espejo. Tomé el botón abrochado de mi chaqueta unos momentos. Aflojé mi corbata, desabroché el cuello de mi camisa, y dejé mi chaqueta abierta antes de salir del baño. Pasé la mano por encima de mi cabello, sin duda despeinándome un poco. Cuando llegué a nuestra mesa me quité la chaqueta y la puse en el respaldo de mi silla.

Noté que ni Dolly ni Malena estaban presentes. Sólo estaba Juan de pie frente a nuestra mesa con un chupito vacío en su mano.

—¿Dolly y Malena?

—Fueron al baño —dijo Juan sin quitar la vista de la pista de baile.

Le noté demasiado tenso. Tomé su chupito vacío y él se acercó conmigo a nuestra mesa donde le rellené su vaso.

—¿Qué sucede, Juan? —le pregunté, ofreciéndole otro chupito de tequila.

—Cuando regresen Malena quiere que vayamos a bailar —dijo, tomando su vaso.

Dejé salir una risita. —Desde la escuela de medicina que no bailo.

—No usted, señor... tú, Logan —dijo, secando el sudor de su frente—. Ella y yo.

Sonreí. —¿Y no quieres bailar con ella?

—¿Por qué quiere bailar conmigo? —preguntó, y yo reí— ¿Puedo ser franco, Logan?

—Siempre, Juan.

—Esto quizá no sea un problema para usted. Quizá se le echan encima mujeres todos los días y podría tener una chica como Malena cuando quisiera.

—No confirmaré ni negaré eso.

—Pero yo... —dijo Juan, cogiendo la botella de tequila y rellenando su chupito—. Hombres como yo soñamos con mujeres como Malena, pero nunca terminamos con ella. Y de pronto hoy tengo a la mujer más hermosa que he conocido queriendo...

—Juan —puse mis manos en sus hombros—. Desde que los recogí fuera de DMT esa chica no ha mirado a otro hombre. Sólo se ha fijado en ti durante toda la noche.

—Pero... —sus ojos se abrieron como si hubiera visto un espectro— ¡Joder!

Giré y vi que ya volvían. Un hombre las detuvo y trató de invitarles un trago, pero Malena negó y ambas siguieron caminando. Algunos pasos después otro tipo intentó lo mismo, y ellas le rechazaron de nuevo.

—Te diré lo que pienso —le dije, inclinando mi cabeza hacia ellas—. Si ella no quisiera conocerte mejor, ¿crees que estaría rechazando todos esos tragos con tal de venir aquí?

—Pero yo no...

Giré y puse mis manos en sus hombros. —No dudes de la suerte que la vida te dio esta noche, amigo mío —le dije con una sonrisa—. Aprovéchala, sácale todo el provecho que puedas. Dios sabe que Malena lo está haciendo.

Juan respiró profundo cuando Dolly y Malena llegaron.

—¿Listo? —preguntó Malena, mirando a Juan, cogiéndole una mano.

—No sé bailar —dijo.

—¡Qué coincidencia! —dijo Dolly, empujándolo— ¡Ella tampoco!

Un sujeto pasó a un lado de Dolly rápido, empujándola hacia mí. La atrapé en mis brazos, y nos miramos a los ojos una vez más. Ni ella se alejó, ni yo la hice a un lado. Sólo nos miramos, sonriendo.

—¿Qué le dijiste? —dijo Dolly, agarrándome la mano antes de sentarnos.

—Que aproveche la suerte que la vida le ha dado esta noche —le dije.

—Eso no es un mal consejo —dijo Dolly, acercándose a mí y cerrando el espacio entre nuestros labios.

Un relámpago se estrelló en mi cabeza y pulverizo cualquier intención mía de detenerme. La piel de nuestros labios se convirtió en el imán más potente en el planeta, impidiendo separarnos. Algún poder divino alejó cualquier impulso de detenerme, permitiéndome desaparecer en la calidez, intensidad, y sabor de Dolly. Solté su mano para tomarle de la cadera, a donde me aferré

como si al hacerlo me hubiera unido con una pieza que no tenía idea me faltaba.

Mientras nuestras lenguas danzaban en la boca, sus dedos cargados de energía tocaron mis mejillas. Un escalofrío me sacudió por completo, provocando otros impulsos en lo más profundo de mi ser.

Dejamos de besarnos y pegamos nuestras frentes. Ella rio, y yo también.

Dolly se alejó de golpe, miró mi rostro, y sonrió. —Lo tengo.

—¿Disculpa?

—¡Ya sé por qué está fallando la Pulsera Rx! —dijo antes de beberse un chupito de la mesa y levantarse.

—¿A dónde...? —dije, siguiéndola con la vista.

—¡Vamos!

—¿A dónde? —insistí.

—¡A la oficina! —dijo— ¡Ya sé por qué está dando falsos positivos la pulsera y cómo arreglarla!

Me levanté y la seguí. —¿Ahora?

—¡Sí, ahora! —dijo, extendiendo su mano hacia mí— No tengo llave de la oficina y mi jefe está algo ocupado.

Dolly apuntó hacia la pista de baile, y vi a Malena y Juan bailando y riendo juntos.

Miré a Dolly ofreciéndome su mano. Respiré profundo, y la cogí.

—Vale —le dije—. Vamos.

Capítulo 13.

Dolly

—Qué miedo —dije al salir del ascensor detrás de Logan.

Sólo había un par de luces encendidas en algunas oficinas vacías. El resto de la luz que apenas e iluminaba las oficinas venía de fuera, de los arbotantes, luces de coche, y avisos panorámicos que adornaban la ciudad por la noche.

—No me digas que crees los rumores —dijo Logan al salir del ascensor.

Salí al pasillo y me abrumó el silencio. Durante el día el ambiente estaba inundado de ruidos de oficina: teclados, clics de ratón, charlas, risas, e impresoras y escáneres funcionando. Pero a esa hora de la noche no había nada más que el zumbido de las pocas luces encendidas.

—¿Qué rumores? —le pregunté.

—Que en este piso aparece el fantasma de una niña corriendo.

—¿Y me lo dices ahora? —le di un puñetazo en el hombro.

—Descuida —dijo, tomándose la mano y caminando hacia mi área de trabajo—. Yo te protegeré, y Esteban nos vigila —apuntó a una cámara en el pasillo, la cual tenía una luz roja encendida.

Sonreí y me pegué a él, mirando por los pasillos que atravesábamos y por las ventanas a las áreas restringidas en busca de siluetas que confirmaran los rumores de aquel fantasma.

Cuando llegamos a la puerta de mi oficina solté la mano de Logan, dejé mi mochila en el suelo, y saqué mi identificación de la compañía.

Logan la tomó y pegó en el sensor de acceso. Cuando pitó, él abrió la puerta y espero a que recogiera mi mochila y entrara. —Muy amable, caballero —le dije a Logan al pasar a su lado.

Me dejé caer en mi silla y tuve que aferrarme a mi escritorio pues parecía que las ruedas de mi silla intentaron llevarme lejos. Giré a ver a Logan mirando por el pasillo, y di gracias de que no hubiera visto mi desliz.

“No debí beber tantos tequilas,” pensé.

Él cogió el teléfono que tenía instalado en mi lugar y marcó. —Ya entramos, Esteban —dijo Logan—. Te avisaré si necesitamos algo más.

Miraba el error del compilador en mi ordenador cuando colgó el auricular.

—¿Cómo haces eso? —inhabilité las líneas de código que estaban provocando el error en el programa, y miré en lo negro de la pantalla el reflejo de la hebilla del pantalón de Logan detrás,

a un lado de mi cabeza.

—¿Hacer qué?

—Eso de adivinar los nombres de todos —le dije mientras escribía.

—No los adivino, los sé —dijo entre risas.

Mordí mi labio inferior. —¿Tienes supermemoria o algo así?

Logan agarró una silla y se sentó a mi lado. —De pequeño siempre me llamó la atención el funcionamiento de la mente humana —dijo, apoyando su codo en el espacio de mi escritorio para luego mirarme de frente—. Aprendí docenas de trucos mnemotécnicos desde pequeño hasta mis años en la Facultad de Medicina. Aprender el nombre de las personas es algo que se ha vuelto parte de mí.

—¿Qué más puedes hacer? —le pregunté, girando a verlo.

Sonrió. —¿Hasta qué dígito quieres que escriba el valor de Pi?

Dejé el programa compilando el software y me volví. —Otra cosa.

Él respiró profundo. —Noventa y tres sobre sesenta y uno, sesenta y cuatro latidos por minuto, pupilas reactivas...

—¿Qué es todo eso? —le interrumpí.

—Tus signos vitales cuando te los tomé en el callejón la primera vez que te vi —dijo.

Sonreí. —Sigue.

Él se acercó a mí, ¿o fui yo quien se acercó más? —Lo primero que me dijiste fue: ¿Duquesa? Me han dicho bebé, muñeca, preciosa, pero nunca.

—¿No es verdad!

—Estaba llamándole a mi perra, y pensabas que te hablaba a ti —dijo riendo.

Levanté la mirada tratando de recordar, pero nuestras carcajadas distraían demasiado. Miré la pantalla de mi ordenador y mi corazón dio un brinco al ver la notificación: compilación terminada sin errores.

—¡Listo! —dije.

—¿En verdad? —dijo Logan, mirando la pantalla.

—Sólo necesito... —abrí un cajón y encontré un cable USB para conectarlo a mi ordenador, pero luego miré hacia la oficina cerrada de Juan—. Maldita sea.

—¿Qué?

—Le devolví a Juan el prototipo de la pulsera —dije.

—Y él tiene la única llave de su oficina.

Me encogí de hombros y sonreí. —Podría forzar la cerradura —dije sin pensar.

Logan entrecerró sus ojos al mirarme. —¿Sabes hacer eso?

—Sé hacer muchas cosas que no te imaginas, guapo.

Apuntó con su mano abierta hacia la puerta de Juan. —Hazlo, entonces.

Quedé boquiabierto unos momentos. —Supongo que si el dueño me lo está pidiendo no estaría rompiendo ninguna ley —saqué la ganzúa que traía en mi mochila y me tomó menos de un minuto abrir la puerta de Juan.

—Más que dónde lo aprendiste, quisiera saber por qué sabes hacer eso —preguntó Logan siguiéndome con la mirada mientras sacaba la pulsera del cajón de Juan.

—¡Hola hola! —exclamé al ver que el cajón de abajo se había abierto, y alcancé a ver una botella de whisky con un vaso pequeño encima de la boca. La saqué y puse encima del escritorio de Juan. —Me encontraste desmayada en un callejón, Logan —le dije, destapando la botella y sirviendo un poco en el vaso—. Eso debe servirte de indicador al tipo de vida que llevaba antes de que nos conociéramos.

Le di un sorbo al vaso mientras salía de la oficina. Logan lo tomó de mi mano y terminó el contenido de un trago. —¿Y aún vives así? —preguntó.

Conecté la pulsera a la computadora e inicié el programa de actualización. Me quedé parada mirando la pantalla un momento antes de dar la vuelta. —No —dije, aguantando el hueco en mi pecho—. Ya tuve suficientes aventuras fuera de la ley.

El ordenador pitó. Miré la pantalla y comprobé que el software ya había sido actualizado. La desmonté, desconecté el cable, y le mostré la pulsera a Logan. —Listo, *señor Dreschner*.

Venía acercándose con la botella de whisky en una mano, y el vaso a la mitad en la otra. —Si es así te has ganado una bonificación endemoniada.

Le quité el vaso, tomé de él, y se lo regresé antes de ponerme la pulsera. —¿Cómo se supone que funciona esta cosa? —dije, levantando la pulsera a la altura de mi rostro.

Miré a Logan dejar el vaso en el escritorio para luego servirse más whisky. —La idea es que lea tus signos vitales, tome muestras instantáneas y realice corra pruebas en ese mismo momento de lo que se le pida para luego mostrar los resultados —sacó su móvil y me mostró la pantalla apagada— en el momento que los médicos lo soliciten.

—Muéstramelo.

Él desbloqueó su móvil, tocó un par de veces la pantalla, y la pulsera se encendió de color azul. Tomé el vaso y estaba dándole un trago cuando el teléfono de Logan pitó. Él me tomó de la muñeca con una mano, y con la otra me acarició el brazo.

—¿Y esto se supone que ayudará a los médicos? —pregunté.

—Si los pacientes se las ponen bien, sí —dijo Logan con una mueca traviesa y mirándome a los ojos. Nuestras miradas se fijaron mientras él desabrochaba la pulsera, la deslizaba fuera de mi mano, giraba, y volvía a colocar como debía hacerlo. La pulsera se encendió de color verde esa vez.

No quitó sus manos de mi brazo. Rozaba mi piel con sus dedos desde mi muñeca hasta mi codo, provocando escalofríos y reacciones en mi cuerpo que cada vez resultaban más y más difíciles de controlar.

El maldito furor por los tequilas ya había desaparecido, pero un par de tragos de whisky y su presencia habían nublado mis pensamientos una vez más. El aroma de Logan, la presencia de Logan... todo de Logan, parecía embriagarme más y más.

—¿Ves? —dijo, mostrándome la pantalla de su teléfono y apuntando con un dedo—. Tu temperatura corporal.

—¿Está normal, doctor? —pregunté con tono coqueto.

—Sí —dijo—, algunas décimas abajo, pero es de esperar.

—Yo habría pensado lo contrario —dije, mirándolo de arriba abajo.

Logan rio al apuntar otros números en la pantalla. —Tu presión arterial está ligeramente alta, pero es por el alcohol en tu cuerpo.

—Salud por eso —dije, tomando el vaso y dándole otro trago antes de ofrecérselo a él, que terminó el contenido despacio sin quitarme la vista de encima, clavándola en mis pechos—. ¿Qué más?

Logan chasqueó sus dedos. —Podría ver los niveles de alcohol en tu sangre —dijo—. Es una de las pruebas que salían mal.

—Adelante.

—No tendríamos cómo comprobar si... —Él me miró a los ojos y nos quedamos callados unos instantes que me parecieron demasiado largos. Aunque le miraba por encima de mis gafas, que me llegaban casi a la punta de mi nariz y mi visión era menos nítida que de costumbre, podía ver con claridad cuánto deseo había en sus ojos.

Casi tanto como en los míos, sin duda.

—Tengo una idea —dijo, con una sonrisa.

—¿Cuál?

—Sígueme —tomó mi mano.

—¿Dónde...?

—A comprobar si de verdad arreglaste la pulsera —dijo, y caminamos hacia la salida de mi oficina. Él se detuvo, y miró hacia mi escritorio, donde habíamos dejado la botella y el vaso—. Primero debemos terminarnos esa botella.

—¿Tu plan es emborracharnos?

—Es en el interés de la ciencia —dijo tratando de aguantar la risa.

Me carcajeé por un momento antes de soltarle la mano, ir a mi escritorio, y tomar la botella por el cuello. —Si es por la ciencia —dije al elevarla, luego le di un trago.

Logan me miró caminar hacia él, ofreciéndole la botella. Él la agarró por la parte más ancha y le dio un largo trago sin dudar. —Por la ciencia —dijo, entregándomela.

“Me arrepentiré de esto mañana,” pensé, bebiendo todavía más.

Capítulo 14.

Dolly

—No lo puedo creer —dije riéndome al ver a Logan volver tras unos minutos hablando con los dos policías—, ¿los convenciste?

—Con la promesa de que haré una generosa contribución al fondo de pensiones del departamento —dijo, entregándome el alcoholímetro y una bolsa con varios tubos para tomar muestras—. Y una contribución a su economía esta noche igual de generosa.

Reí a carcajadas. —¿Los sobornaste?!

Él abrió la puerta del edificio y esperó a que pasara. —Les compensé por su aportación al avance de la ciencia.

El guardia, Esteban, nos miraba con una sonrisa, sin duda disfrutando el espectáculo de ver a su jefe y a otra empleada tan borrachos que parecíamos arañas fumigadas al caminar.

—¡Esteban! —dijo Logan, caminando hacia él levantando el alcoholímetro encima de su cabeza— Usted será nuestro conejillo de indias.

—Lo que diga, señor —dijo con una sonrisa resignada.

Logan le puso la pulsera. —Señorita Villanueva —dijo tras cerrar la pulsera y esperar a que se encendiera de color verde—. Por favor realice la prueba de alcohol en la sangre.

Seleccioné la muestra del menú en el teléfono de Logan y en unos instantes me mostró el resultado. —Cero punto cero uno —dijo, arqueando las cejas—. Guau, eso fue rápido.

Logan apuntó su dedo índice al rostro de Esteban, el cual borró la sonrisa de su rostro. —¿Ha estado bebiendo en el trabajo, Esteban?

—Una cerveza hace unas horas, señor —dijo nervioso—, antes de iniciar mi turno.

—¡Perfecto! —dijo Logan, levantando el alcoholímetro ya equipado con un tubo de plástico— Sople aquí, si es tan amable.

Miré nerviosa a Logan hasta que el aparato en sus manos timbró. —Cero cero uno —dijo con una sonrisa Logan—. Hasta ahora todo bien —le dio una palmada al hombro—. Gracias, Esteban. Estaremos en mi oficina.

Me despedí agitando mi mano a Esteban y luego seguí a Logan hasta el ascensor. Una de las ventajas de estar en el trabajo a esas horas de la noche fue que no necesitamos esperar a que el ascensor subiera y bajara, pues éramos los únicos locos usándolo.

Mientras subíamos Logan me agarró de la mano y me puso la pulsera, pero yo me dejé llevar y restregué mi cuerpo contra el suyo. Sus dedos parecían activar un lado de mí que me exigía

libertad en ese preciso momento. Aunque estaban bajo mis ropas mis pechos sufrían de un hormigueo que me rogaba les permitiera salir y frotar contra el cuerpo de aquel hombre que me tenía loca.

Sus manos recorrieron mi brazo y las colocó en mi cintura, aferrándose a ella con la misma intensidad que yo me frotaba contra él.

“*Quizá no fue tan buena idea acabarnos esa botella tan rápido,*” pensé, respirando profundo, dejando que las objeciones en mis pensamientos fueran asesinadas por el aroma masculino de Logan.

—Ahora tú —dijo, metiendo su mano dentro del bolsillo trasero de mi pantalón donde había guardado su móvil.

Me estremecí cuando, antes de sacarlo, estiró sus dedos y apretó mi culo tan fuerte como pudo. La sonrisa del muy hijo de puta delató que aquella había sido su intención desde un principio. Quedé boquiabierta y solté una carcajada cuando lo hizo.

—¡Señor Dreschner! —dije riendo tanto como pude.

—Dios mío, lo siento —dijo algo sonrojado—. No pude...

Me acerqué a él, tomé su mano libre, y la coloqué encima de mi nalga. —Hazlo bien —le susurré.

Sostuve mi respiración mientras el apretaba, primero despacio para luego ir aumentando la intensidad poco a poco hasta que me arrancó un gemido. Miré sus labios que me invitaban a saborearlos de nuevo como en el club, y el calor en mi pecho creció hasta casi alcanzar sus límites.

Pero di un paso hacia atrás, dejándolo ahí de pie, mientras yo sostenía el alcoholímetro en mis manos.

—¿Cómo lo sacaste? —dijo, poniendo su mano contra el bolsillo de su chaqueta. Rio, sacó un tubo nuevo, y me lo entregó—. No importa.

Reía mientras preparaba el alcoholímetro. Lo encendí, y acerqué mi boca despacio al tubo para tomar la muestra, imaginándome que acercaba mis labios a otra parte de él. Mi corazón palpitaba a toda velocidad, el incendio en mi vientre estaba haciendo que sudara y me viera obligada a desnudarme. Mis rodillas estaban tan débiles que en cualquier momento me hubiera arrodillado ante él.

Soplé, y mientras lo hacía vi en la mirada de Logan cómo luchaba consigo mismo sobre si ceder a sus impulsos como yo lo estaba haciendo.

—Cero cero nueve —dije despacio, mostrándole la pantalla del alcoholímetro.

Logan tocó la pantalla de su móvil y sonrió. —Cero cero nueve —dijo riendo—. Estás legalmente borracha.

—¡Ahora tú! —dije, entregándole el alcoholímetro.

Mientras preparaba el aparato para tomarse su propia muestra me quité la pulsera y la metí

dentro del bolsillo lateral de mi pantalón. Él sopló en el alcoholímetro, y las puertas de ascensor se abrieron cuando miró la pantalla.

—Cero doce —dijo—. Joder, estoy borracho.

Salí al pasillo y voltee a verlo. —No se necesita ser un doctor para saber eso —dije entre risas.

—La pulsera —dijo, extendiendo su mano hacia mí—, para tomar mi muestra.

—Aquí la tengo —dije, sonriendo, dando palmadas a mi muslo encima de mi bolsillo.

—Dámela, por favor.

—Ven por ella —le dije entre risas, caminando hacia atrás.

—¿A dónde vas? —preguntó riendo— Mi oficina está al otro lado —apuntó con su pulgar hacia su espalda.

Mordí mis labios al detenerme. Caminé hacia él, mirándolo a los ojos al acercarme. Rocé mi hombro contra él, respiré profundo, y dejé mi mano abierta encima de su pecho. Ahí la dejé hasta que la distancia entre nosotros me obligó a deslizarla desde su pecho a su hombro y por último su brazo.

Él me tomó la mano, permitiéndome guiarlo hasta una puerta con el nombre de Logan en una placa un poco mayor que la altura de mis ojos.

Di la vuelta, y Logan tomó mis manos. Las subió encima de mis hombros y las sostuvo contra la puerta. Acercó su rostro al mío, y yo entrecerré mis ojos mientras abría mi boca en busca de la suya.

Nuestros labios se rozaron uno contra el otro, jugando a encontrar el acomodo ideal para entregarnos a nuestro beso. Su cuerpo estaba pegado al mío, y el rozar de mi ropa contra mi piel era como agujas contra mi ser exigiéndome poner fin a aquella tortura.

Saboreaba su lengua como si fuera el último bocado que probaría en toda mi vida con la misma intensidad que restregábamos nuestros cuerpos uno contra el otro.

—Abre la puta puerta —le rogué.

Logan lo hizo y me cargó tomándose de mis nalgas como si no pesara nada, y escuché a lo lejos el alcoholímetro caer de sus manos. Tan poco me importó que reía a carcajadas mientras tenía mi frente pegada a la suya, y él me llevaba hasta su escritorio.

Me incliné hacia atrás cuando él me bajó y desabrochó en un instante los botones de mi pantalón. Joder, veía al hombre más hermoso que había visto en mi vida apenas iluminado con la luz de la ciudad entrando por su ventana quitándose el pantalón y mi corazón amenazaba con romperme las costillas con su palpitar. Cuando bajaba mi pantalón por mis muslos sus dedos rozaron mi piel, y mi risa se convirtió en un gemido del exquisito escalofrío que me provocó al mismo tiempo que me daba cuenta que bajaba mis bragas al mismo tiempo.

Le observé ponerse de pie y quitarse la chaqueta al tiempo que yo le abría la camisa de un tirón. Me detuve y solté una carcajada al ver su camisa rota.

—Lo siento —dije, pasando mis manos encima de su pecho desnudo—, me dejé llevar, no quería...

—Descuida —dijo, quitándose la blusa y arrojándola a un lado—. Es sólo una camisa.

Nos miramos a los ojos mientras él se desabrochaba el pantalón. Sostuve la respiración mientras le veía, y extendí mis pies para rodearle los muslos, asegurándome que no hubiera escapatoria para él.

“*Esto está pasando,*” pensé boquiabierta y sonriendo. “*Virgen santísima está pasando.*”

Me tomó de las caderas, y yo me intenté acostar en su escritorio, pero algo se enterró en mi espalda baja. Grité, levantándome y tomando el objeto que me había atacado: una estúpida grapadora.

Ambos reímos. Pegué mi frente a la suya y dejé caer la grapadora de mis manos. Solté un grito cuando me levantó del escritorio y me cargó. Sus manos en mis nalgas desnudas eran como una droga que me volvía loca cada vez que las apretaba.

Cuando él se sentó en un sillón, acomodé mis caderas y por fin le acogí.

Desde aquella mañana le había deseado, y ¡joder, sí qué valió la pena la espera! Todo mi mundo se convirtió en esas luces de ciudad iluminando los contornos de su rostro con los ojos bien abiertos mirándome moverme encima de él. Sólo podía sentirle masajeando mi alma en las profundidades de mi ser y sacándome ruidos que jamás había imaginado alguien podría sacar de mi boca.

Sus dedos encendieron mi piel al recorrerla. Yo vivía un temblor extático dentro de mi cuerpo, sacudiéndome con más y más potencia. Experimenté un infierno delicioso producto del alcohol y la lujuria de aquella noche que no permitió ni un sólo pensamiento prohibitivo.

Estaba tan perdida en mi dicha que no me di cuenta en qué momento me despojó de mi blusa y sujetador, pero sus cálidas manos agarrando mis pechos me obligaron a abrir mis ojos de par en par.

Puse una de mis manos encima de la suya, impidiéndole que me dejara de tocar el pecho. La calidez de su palma entraba por mi piel y añadía combustible al incendio que ardía en mi vientre.

Sus ojos parecían brillar en la oscuridad, y podía ver en ellos que estaba gozándolo tanto como yo.

¿Cómo era posible eso? ¿Que un hombre como Logan estuviera disfrutando de conmigo tanto como yo con él? ¿Acaso él sabrá que ningún hombre me había llevado a esas alturas del placer antes? ¿Acaso él habrá experimentado este éxtasis con alguien?

Logan me abrazó y acostó en el sillón.

Aferré mis piernas a su cintura con todas mis fuerzas. De ninguna manera iba a permitirle retirarse todavía, y su mirada me indicaba que él no tenía intenciones de detenerse aún.

Le tomé el rostro, y él besó la palma de mi mano con los ojos cerrados al embestirme con toda la pasión que había reprimido desde aquel día que le besé en su casa después de rescatarme.

Él aumentó hasta el límite su ritmo, y algo en mí me hacía saber que pronto explotaría.

Dejé de gemir guardando cada onza de aire para la llegada de clímax.

Mi cuerpo se tensó al máximo. Pensé que iba a reventar por dentro.

Aumentó la intensidad a la par del volumen de sus gruñidos y gemidos.

Se quedó callado un momento, y me embistió una última vez, detonando el máximo placer dentro de mí, liberando ese grito en mi garganta y liberando en un temblor extremoso toda esa tensión de mi cuerpo, sacudiéndome como poseída contra él mientras su calor me llenaba y esparcía por todo mi interior.

Nos besamos de forma apasionada. Poco a poco desapareció la lujuria, quedando reemplazada por una ternura que me llenó el pecho de una calidad extraña que nunca había sentido con nadie.

Nos dejamos caer a su piso alfombrado, donde él me tomó entre sus brazos y seguimos besándonos. No me hartaba de sus labios. Imposible quedar saciada de su sabor. Parecía que no necesitaba ni siquiera oxígeno para respirar perdiendo la noción del tiempo que permanecieron nuestras bocas unidas.

Nuestras piernas entrelazadas se deslizaban lubricadas por el sudor de nuestros movimientos. Su aroma y su sabor eran más embriagantes que el tequila o el whisky, y su impacto en mi interior no tenía igual. Si hubiera sido posible, jamás me separaría de aquellos brazos.

Cuando al fin dejamos de besarnos nos miramos a los ojos y ambos estábamos sonriendo boquiabiertos.

—Joder —dije con el poco aire que mis pulmones habían podido reunir—. Guapo, eso fue...

—Lo sé —dijo, restregando su frente contra mi mejilla, buscando con su boca mis labios.

—Logan —susurré, acariciándole el rostro.

—¿Sí, Dolly?

—Tengo hambre —él soltó una carcajada que me contagió. —¿De qué te ríes? Estoy borracha y acabo de gastar todas mis fuerzas. ¡Mi cuerpo exige sustento!

Logan asintió y sonrió. —Vale, ¿algún tipo de comida en particular que quieras?

—Conozco el lugar perfecto —dijo, acariciándole el rostro—, pero nos tenemos que levantar y vestir.

Logan suspiró. —En algún momento tendríamos que hacerlo —dijo, tocándome el mentón y regalándome una mueca traviesa mientras deslizaba las puntas de sus dedos encima de mi vientre y entre mis pechos—. Es una tragedia tener que cubrir semejante cuerpo con ropa. Menos mal que será una situación temporal.

Me estremecí y asentí. “*Estoy soñando,*” pensé. “*Debo estar soñando. Maldita sea, no quiero despertar.*”

Capítulo 15.

Logan

—¿Estás segura? —le pregunté a Dolly cuando me entregó mi hamburguesa envuelta en una servilleta gigante y papel aluminio— Esto no parece ser muy saludable.

Había grasa saliendo de la hamburguesa y además el puesto callejero donde la compró no era un ejemplo de limpieza, pero debo reconocer que olía de vicio.

Dolly dio un brinquito para sentarse en el capo de la limusina con su hamburguesa en ambas manos. —No he dicho que fuera saludable, pero créeme —dijo— será lo segundo mejor que has probado en toda tu vida.

Miré a Marco, el conductor de la limusina, sentado adentro de ella. “*Quizá ella no está exagerando,*” pensé al verlo saborear su hamburguesa. —Va contra un estándar muy alto, cariño —le dije al descubrir media hamburguesa—. Hay un restaurant en Montana cerca del parque Yellowstone que... —respiré profundo el aroma, y arqueé una ceja—. Sí huele bastante bien.

Al morder mi hamburguesa fue como si explotase una bomba de grasa succulenta y deliciosa. Comencé masticando rápido por si su sabor era asqueroso, pero aminoré al comprobar el exquisito sabor que tenía en mi boca. Fue toda una experiencia culinaria.

—¿Te gusta? —preguntó Dolly con algo de comida en su boca, sonriendo. Sabía muy bien mi respuesta.

Tragué y suspiré. —Deliciosa —dije—. ¿Cómo puedes estar tan delgada teniendo estas maravillas a menos de una manzana de tu casa?

Dolly rio y miró hacia el puesto callejero en la esquina de la calle. Había bastantes personas esperando su turno, pero ella parecía tener una amistad especial con el cocinero, lo que nos ganó un lugar preferencial en la cola.

—¡Sí le gustó, Chester! —gritó Dolly.

—Gustarme es decir poco —dije al apoyar mi trasero contra el cofre de la limusina, quedando a un lado de Dolly—. Fue una excelente idea venir hasta aquí.

—De nada, guapo —dijo, inclinándose hacia mí. Yo hice lo mismo sin pensarlo, dando un beso rápido a sus labios llenos de ketchup y mostaza.

Ambos nos lanzábamos miradas mientras terminábamos nuestras hamburguesas. Aunque cada uno tenía un paquete de patatas fritas, abrimos primero uno y las compartimos. No llevaba la cuenta exacta, pero estaba seguro que Dolly comió tres patatas fritas por cada una que yo comía.

Cogí los envoltorios y los tiré en el cubo de basura junto al puesto.

Pillé a Dolly observándome mientras bebía de la lata de refresco que había pedido. Podía ver que sonreía a pesar de la distancia que nos separaba. Imposible no ver esa sonrisa, incluso desde el otro lado de la ciudad.

El puesto de hamburguesas tenía su radio sintonizada en una emisora que tocaba sólo música pop con ritmo pegajoso.

—Te quedaste con ganas de bailar —dijo Dolly, cruzando sus pies encima de la limusina.

—¿Qué? —dije entre risas.

Ella rio. —Vienes caminando al ritmo de la música —dijo, apuntando al piso— ¿Te gusta bailar?

Entrecerré mis ojos. —No diré que no me gusta, sino que no soy bueno.

—¡Qué va! —gritó Dolly— Guapo, por como he visto que te mueves estoy segura que bailas bastante bien.

Le ofrecí mi mano para que bajara. —Te lo demostraré.

Dolly apretó sus labios y asintió. Tomó mi mano y bajó de un brinco. Me soltó y bamboleó su cadera de lado a lado al ritmo de la música mirándome a los ojos. Yo traté de hacer lo mismo, pero en un par de segundos ella estaba riendo a carcajadas.

—¡Te lo dije! —me detuve.

—Dios mío, eres malísimo.

—¿Osas burlarte?

—Ajá —dijo Dolly, dando una pirueta antes de cerrar el espacio entre nosotros de un paso y darme un rápido beso en los labios—, ¿qué piensa hacer al respecto, señor Dreschner?

La tomé de la cadera y acerqué a mí. —Podría darle unas nalgadas si sigue portándose así, señorita Villanueva.

—Ay sí, por favor —susurró antes de acercarse y darme otro beso.

Éste fue más largo, más profundo, con una mezcla extraña de pasión y ternura que me resultaba agradable considerando que el mundo aún me daba algunas vueltas.

Ella se alejó y me miró a la cara. Acaricié una de sus mejillas, y ella apoyó su cabeza en mi mano abierta antes de besarme la palma.

—Esta noche ha sido... —dijo.

—¿Ha sido? —le interrumpí— Pensé que...

—¿Que entraríamos a mi apartamento para la segunda ronda? —preguntó Dolly, alzando y bajando sus cejas.

—No, pero...

—¿Entonces no quieres una segunda ronda? —dijo Dolly, frunciendo el ceño— ¿Es que no te

gustó?

—¡No! Me...

—¿No te gustó?! —exclamó, dando un paso hacia atrás.

“¿*Qué demonios está pasando?*” pensé, respirando profundo y levantando mis manos en señal de rendición. —Permíteme terminar una frase, ¿sí?

Dolly mantuvo una expresión seria unos instantes antes de explotar a carcajadas. —Eres tan... —dijo, acercándose y tomándose el rostro con ambas manos para después besarme.

Restregó su cuerpo contra mí, y no dude en tomarle de la cadera cuando lo hizo. Caminé hasta la limusina, donde apoyó su espalda, pero no despegaba su pelvis de mí. Sin duda ya podía darse cuenta del efecto que aquel beso tenía en mi persona.

—Jamás olvidaré esta noche —dijo Dolly, sonriendo.

—La primera de muchas —dije.

Ella pegó su frente a mi mentón y respiró profundo. —No hagas eso, ¿sí? —dijo— No lo arruines.

—¿Hacer qué?

Dolly levantó la cabeza. Había un brillo en sus ojos que me cautivó y mantuvo atento a cada gesto de su rostro y cada palabra que salía de sus labios.

—Esta fue una noche fantástica —dijo—, y quizá se repita en un futuro, pero no me hagas promesas que luego no podrás cumplir.

—Dolly, no tengo la menor idea de qué estás hablando —dije, moviendo la cabeza de lado a lado—. Sólo dije...

—Es la forma en que lo dijiste.

—¿Honesto y directo del corazón?

Dolly dio un paso a un lado y cruzó sus brazos. Traté de poner mi mano en su hombro, pero ella se alejó todavía más.

—Estoy confundido, Dolly —le dije.

Ella asintió. —Quiero que te vayas —dijo, mirándome—. Quiero que esta noche termine aquí, y se quede como un recuerdo de algo genial que pasó en una noche de locura animada por el alcohol y la lujuria. No quiero que nada arruine el recuerdo de esta noche.

Respiré profundo. —No te creo.

—¿Qué dijiste?

—No te creo, Dolly —di un paso hacia ella y le tomé la mano. Esta vez, ella lo permitió—. No creo que quieras que me vaya, creo que quieres que me quede.

—Tienes razón —dijo, sonriendo—, quiero que te quedas, que entremos a mi apartamento y

tengamos más sexo como el que tuvimos en tu oficina hace una hora, pero...

—¿Pero...?

Ella respiró profundo. —Tú no eres ese tipo de hombre.

—No comprendo.

—Tú eres un caballero —dijo, sonriendo y acariciándome el rostro—, eres alguien de buen corazón, inteligente, apasionado, te preocupas por los demás. No eres un patán que miente a las mujeres con tal de acostarse con ellas.

—No —dije—. No lo soy.

—Y yo soy... —se quedó mirándome con la boca entreabierta, buscando la palabra correcta—. Yo soy tu empleada —dijo, y sus palabras fueron como un cubo de agua helada directo a mi cabeza—. ¿No me dijiste eso aquel día cuando rescataste a la cafetera de que la moliera a golpes?

Reí y asentí. —¿De qué tratas de convencerme?

—Yo...

—¿Quieres saber qué quiero, Dolly? —suspiró y asintió— Quiero más de esto. Quiero más de la mujer que ha sacado una parte de mí que había estado reprimiendo por tanto tiempo por temor a... —negué y sonreí—. Caray, ni siquiera sé a qué le tenía miedo.

—Ahora yo soy quien no comprende —dijo Dolly.

Respiré profundo. —Quiero esa cita que te había prometido.

Se soltó riendo. —Pensé que por ser tu empleada yo...

—Soy el dueño de la compañía —dije—. De ahora en adelante declaro nula esa política.

Dolly rio y negó con la cabeza. —¿Así de fácil?

—¿Por qué no? —dije, tomándole la mano.

Dolly la apretó y cerró sus ojos. —¿Por qué, Logan?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué yo? —dijo, sacudiendo su cabeza— Podrías tener a...

—¿Honestamente? —dije, jalándola hacia mí y agarrándola de la cintura— Le caes bien a Duquesa.

—¿Por tu perra? —exclamó entre risas— ¿Estás decidiendo salir con una chica basándote en el comportamiento de tu mascota?

Entrecerré mis ojos y miré hacia arriba un instante antes de volver mi atención a sus ojos llorosos. —Sí —dije—. Así es.

—Estás loco —me besó despacio, y yo la tomé fuerte, permitiendo que la pasión entre nosotros la convenciera de que aquella noche no tenía que ser la última vez que estuviéramos

juntos—. Y yo debo estar loca.

—¿Y bien? —pregunté, pegando mi frente a la suya y frotando su nariz con la mía.

Dolly rio. —Vale.

—¿Vale?

—Vale —ella me dio un beso rápido en los labios y se alejó.

—¿A dónde vas?

—A mi casa —dijo, deteniéndose en la entrada del edificio donde tenía su apartamento. Di un paso para seguirla, pero ella levantó la mano—, ¿a dónde crees que vas, matador?

—Pensé que...

—No, guapo —dijo, guiñándome el ojo y agitando sus caderas de lado a lado—. Tienes que ganarte el resto de estos movimientos.

Me reí quedándome ahí parado, mirándola de arriba abajo el tiempo que estuvo ahí apoyada contra la puerta.

—Hasta mañana, Dolly —dije, asintiendo.

—Hasta mañana, Logan —dijo.

—Trata de no llegar tarde —le dije antes de dar la vuelta y caminar hacia la limusina—. Ahora que la pulsera está reparada, tenemos mucho trabajo por delante.

—No prometo nada, señor Dreschner.

Reí y me giré. Cuando lo hice, ella ya había entrado, pero me miraba a través del cristal. Me lanzó un beso antes de girar y subir las escaleras.

Subí a la limusina, apoyé mi cabeza en el respaldo y suspiré.

—¿A dónde, señor Dreschner?

—A casa, Marco, por favor —dije, cerrando mis ojos, guardando cada detalle de aquella noche en el palacio de mi memoria en un ala especial que había esperado toda mi vida en llenar de recuerdos.

Capítulo 16.

Dolly

—Si paras te mato —le dije a Logan estando sentada encima de su escritorio mientras su lengua hacía una magnífica labor bajo mi falda larga.

Me estremecí tanto que pudiera haber sido una convulsión exquisita acompañada del sonoro grito que salió de mi boca. Reí al mirarle sonriendo por haberme sacado semejante alarido. Nos miramos el uno al otro y estaba preparada para recibirle entre mis piernas.

Escuchaba los sonidos de la calle fuera de mi habitación y un timbre molesto que apenas se escuchaba adquirió cada vez más volumen, hasta volverse ensordecedor. Logan acercó su rostro al mío, y arqueé mi espalda cuando empujó con sus caderas.

Abrí mis ojos, y la alarma de mi móvil pitaba tan fuerte que, aunque estuviera al otro lado de la habitación la sentía junto a mi oído.

Arrojé la almohada al piso y miré al techo de mi habitación, donde alumbraba el hilo de una luz de la calle que mi ventana no podía cubrir por completo. —Maldita sea —gruñí al levantarme y caminar hacia mi escritorio para silenciar la alarma.

Mis piernas aún temblaban del sueño. Entorné mis ojos mientras encendía la luz de mesa en mi escritorio, y sonreí al recordar la noche anterior con Logan. Pasé mi mano por mi pelo alborotado y me reí yo sola. Ni siquiera tenía dolor de cabeza a causa de la resaca que debería tener.

Sonreí y suspiré cruzando los brazos y mirando mi cama. Me permití imaginar a Logan acostado ahí, mirándome, rogándome con la mirada que regresara a la cama. Como habría sucedido si le hubiera permitido acompañarme.

“No seas tonta, Dolly” moví mi cabeza de un lado a otro. *“Seguramente él ya está despierto dándose una ducha y arreglándose la barba.”*

Miré el reloj y vi que apenas había dormido unas horas, pero mi cuerpo parecía haber descansado más de lo que acostumbraba. *“Lo que un buen polvo puede hacer,”* pensé. *“Pero menos mal que no se quedó. No habríamos dormido.”*

Cogí el móvil y miré la pantalla apagada unos instantes. Torcí mi boca mientras lo desbloqueaba. Mis dedos cobraron vida propia y la emoción en mi pecho me distrajo mientras mi mano navegaba entre mis contactos hasta dar con su número y marcarlo.

—¡Estúpida, ¿qué haces?! —dije al escuchar el tono de llamada. Colgué y pegué el teléfono a mi pecho desnudo. Solté una risilla y negué con la cabeza.

Saqué ropa interior limpia y salí de mi habitación en bragas y con una camisa grande de

hombre que tenía el estampado de una banda de rock local, quizá un regalo de algún concierto al que fui o un recuerdo de algún tipo que pasó la noche.

Al acercarme al baño oí el grifo de la ducha abrirse.

—¡Maldita sea, Malena! —dije antes de entrar— ¡Sabes que a esta hora...!

Quedé paralizada al ver a Juan desnudo. Él cerró la cortina de la ducha y yo di un portazo tras salir de un brinco con la imagen de mi amigo en pelotas grabada por siempre en mi memoria.

—¡Demonios, lagartija! —gritó— ¿En esta casa no llaman antes de entrar?

Solté una carcajada al entrar al baño una vez más y mirar a la cortina. —Es mi casa, *no tan Pequeño Juan* —cubrí mi boca un instante tratando de ahogar la risa.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

—Yo no tengo coche, genio —le dije—. Necesito tiempo para prepararme y coger el autobús al trabajo. Pero basta de mí, no sabía que llevabas un arma.

Le escuché un quejido que me sacó una risilla. —¿En serio, lagartija? —preguntó.

—¿No necesitas un permiso especial para tener una mascota de ese tamaño?

—Eres graciosísima, Dolly —dijo con tono de fastidio—. ¿Puede un hombre darse una ducha en paz?

—¿Cuántas veces al día tienes que darle de comer?

—¡Largo! —gritó.

Salí a carcajadas del baño. —¡Te recuerdo que es mi casa y me salgo por voluntad propia!

—¡Qué escándalo el suyo! —dijo Malena entre risas, manteniendo cerrada su bata con sus brazos cruzados.

—*Tu novio* llegó primero a la ducha y está pagando el precio.

—¡En cinco minutos termino! —gritó.

—En apenas cinco minutos limpiará ese animal que le acompaña —le susurré a Malena al darle un codazo ligero y guiñarle el ojo. Aun a oscuras pude notar cuando estaba ruborizada.

—Eres imposible, Dolly —dijo Malena al encender la cafetera.

—¿Cómo puedes caminar? —dije, sentándome en uno de nuestros bancos— En tu lugar estaría caminando como vaquero recién bajado del caballo.

Malena suspiró y sonrió. —Yo le advertí que debía despertarse más temprano porque no pararías de fastidiarle.

Froté mis manos como una villana de caricatura. —Ah, no tiene idea del día que le espera —dije—. Maldita sea, ahora sí que Pequeño Juan es un apodo realmente irónico.

—Eres una odiosa —dijo Malena antes de dejar salir una risilla—. Pero sí, de pequeño ese hombre no tiene nada.

—¡Amiga! —exclamé, dándole un manotazo— ¿Y sí tiene bien domada a la bestia? ¿Hace caso? ¿Se sienta? ¿Hace trucos?

Ella dejó escapar una carcajada que jamás le había escuchado tras pasar la noche con alguien. Miró hacia abajo y agrandó su sonrisa. —Digamos que... —soltó una carcajada y dio un brinquito—. Sí sabe un truco o dos.

—¿A qué hora llegaron? —pregunté entre risas— Yo estaba muerta cuando llegué. En cuanto mi cabeza tocó la almohada perdí el conocimiento.

—No estabas tan muerta ya que te devoraste una hamburguesa de Chester junto a Logan.

—¿Nos viste?

Malena asintió. —Estábamos sentados junto a mi ventana charlando cuando los vimos llegar.

—¿Charlando? —entorné mis ojos— ¿O estabas sometiendo al dragón?

—¡Ay, Dolly! —Malena sacudió su cabeza mostrando una gran sonrisa— *Charlando* —dijo—. Estábamos descansando y conociéndonos mejor.

—Ya llevaban rato aquí, entonces —dije, frotándome el mentón.

Malena levantó la cabeza. —Decidimos venir aquí a charlar una hora después de que Logan y tú nos abandonaron.

—Lo siento —le dije, y no pude contener la enorme sonrisa que me provocó escuchar su nombre—, pero...

—Sí vimos cuando se besaron —dijo Malena—. Casi se le salen los ojos de la cara a Juan. ¿Dónde te llevó? ¿A su apartamento de lujo?

Suspiré. —De hecho, fuimos a la oficina.

—¿A la oficina? —preguntaron detrás de mí, sacándome un grito.

—¡Te colgaré un cascabel, idiota! —le grité a Juan, arrojándole un secador de manos tras dar la vuelta hacia él. Sostenía una toalla enredada en su cadera con una mano y con la otra atrapó el secador. Apunté a su entrepierna con mi dedo índice y sonreí—. No muerde, ¿verdad?

Malena caminó riendo hacia Juan, que tenía una sonrisa de resignación en su rostro. Se dieron un tierno beso, y yo recordé los labios de Logan sobre mí.

“Necesitaré ducharme con agua helada,” pensé.

—¿Así que tú y el jefe en la oficina? —preguntó Juan con una sonrisa tomando a Malena de la cintura— Nunca lo habría pensado del señor Dreschner. Es tan... Recto.

“Oh sí, bastante recto,” pensé tratando de no reír como una adolescente idiota.

—Ajá —dije, sin duda sonriendo como una boba—. Bueno, no nos fuimos directo a su oficina. Hicimos otras cosas antes.

—No necesitamos detalles —dijo Juan, levantando su mano abierta hacia mí.

—¡Yo sí! —dijo Malena, lanzándole una mirada.

—Si necesitan saber —dije, apoyándome en la mesa— no volvimos a la oficina a *eso*. Se me ocurrió la forma de arreglar la pulsera Rx. Eso es lo que hicimos.

—¿Y lo lograste? —preguntó Juan.

—Hasta la probamos con nuestros niveles de alcohol en la sangre —dije antes de suspirar—. Joder, sí que estábamos ebrios.

—Y es cuando fueron a su oficina —dijo Malena con tono sugestivo.

No dije nada, pero mi silencio fue toda la confirmación que ella necesitó.

Juan y Malena se miraron. —Necesito irme —le dijo él—. Si ya está arreglada la pulsera Rx necesito programar pruebas, y hacerle saber al departamento de calidad que...

—Tú no vas a ningún lado —dije.

—Me tengo que cambiar de ropa, lagartija —dijo.

Miré a Malena y al verla sonrojada levantando la mano con toda la culpa del mundo solté una carcajada. —Al menos acércame.

—No vine en coche.

—¡Entonces en taxi! —dije— Compartimos el viaje.

Malena encogió sus hombros. —Podría prepararte algo de desayunar si te quedas otro rato.

Me quedé estupefacta. —No lo puedo creer —dije—. ¿Estás ofreciéndote a cocinar? ¡Di que sí, hombre! ¡No cocina ni por mí que soy su mejor amiga!

—¡Ya vete al baño y date prisa antes de que cambie de idea! —dijo Juan.

Reí y caminé hacia él apuntándole con mi dedo índice al rostro. —La tratas bien, trípodo hijo de puta.

Juan siguió riendo nervioso hasta que entré al baño.

Respiré profundo y miré al techo con una gigantesca sonrisa. —Qué noche —dije para mí misma.

Escuché mi móvil sonar fuera del baño. Abrí la puerta y ya estaba Malena ahí con él en la mano.

—Te llama Logan —dijo burlona.

Le quité el móvil y contesté.

—Aló —dije sonriendo.

—Buenos días —dijo con esa voz profunda que me ponía a vibrar cada que la escuchaba—. Lamento no haberte contestado, estaba en una llamada con nuestra filial en Japón.

—No tienes por qué darme excusas, guapo —dije, sentándome en el inodoro y acomodando

los codos en mis rodillas—. ¿Cómo amaneciste?

—Pensando en ti —dijo con tono seductor exagerado.

Solté una carcajada. —¡Qué cursi!

—¿Demasiado?

—No —dije, negando con la cabeza—. Fue... perfecto.

—¿Ahora quién está siendo cursi?

—Cuelga ya entonces.

—Tú me llamaste a mí.

Solté una risilla. —Eso fue...

Escuché un timbre con él. —Dame un momento —dijo, y me quedé atenta escuchando en el fondo—. Maldita sea —dijo a lo lejos, quizá antes de acercarse al móvil—. Necesito coger esa llamada.

—No te preocupes —dije al mismo tiempo que me desgarraba un poco por dentro.

—Quiero verte más tarde.

—No sé —dije—. El dueño de mi compañía es algo pesado con las visitas.

—Creo que sabré manejarlo —dijo riendo—. Almorcemos juntos.

—Va —dije.

Nos quedamos callados unos momentos, y escuché ese timbre de nuevo.

—De verdad necesito...

—Claro, guapo —dije sonriendo—. Charlamos más tarde.

—Hasta luego, Dolly.

—Besos —dije antes de tirarle un beso.

Colgó la llamada y yo me quedé con el móvil en la mano.

“¿Besos?” pensé, moviendo la cabeza de lado a lado. “¿Desde cuándo mando besos por teléfono?”

Capítulo 17.

Logan

—Podría acostumbrarme a esto, sabes —dijo Dolly cuando le abrí la puerta de la limusina al llegar a su casa.

Mi corazón seguía acelerado por los besos que nos dimos durante el camino, y mis muslos continuaban cálidos por la fricción entre nosotros cuando ella se retorció encima de mí.

Sonreí mientras la miraba bajar. —De eso se trata, cariño —le dije, tomándole la mano mientras salía.

—Uy —dijo, mordiendo su labio, arrojando sus manos alrededor de mi cuello y pegando su cuerpo al mío—, ¿cariño?

—¿No te gusta?

Ella miró hacia arriba, torció sus labios volviendo luego a mirar mis ojos mientras negaba. —Le pateé las bolas al último sujeto que me llamó así.

—Cariño no, entonces —dije, soltando su mano para acariciarle la muñeca—. Asumo que lo merecía.

—¡Oh sí! —dijo entre risas, agarrando mi mano con todas sus fuerzas— Salía con Malena e intentó pasarse conmigo.

—Apuesto a que se arrepintió rápido —dije mientras caminábamos hacia su puerta.

—El imbécil no pudo caminar bien durante días —dijo riendo.

—¿Cómo sabrías que duró días su lesión? —pregunté, abriéndole la puerta— Yo pensaría que Malena lo mandaría al infierno cuando le dijiste lo que hizo.

Dolly se quedó quieta sonriendo como una niña traviesa a punto de confesar algo. —Ellos trabajaban juntos, por lo que ella tuvo que verlo hasta que terminó su contrato.

—Eso debió ser incómodo.

Dolly resopló. —Lo peor es que él logró envolverla en sus redes unos meses después —dijo, encogiéndose de hombros—. Juan es el primer buen tipo que la... Bueno, ella ha tenido mala suerte con los hombres.

—¿Y tú? —pregunté sin pensar.

—¿Yo qué?

—¿Has tenido mala suerte con los hombres? —pregunté entre risas— ¿Hay algún ex allá afuera del que me deba de cuidar?

—No —dijo sonriendo—. Aunque uno está en el segundo de sus diez años de condena. Estarás seguro hasta entonces.

Nunca podía saber si mentía o lo decía en serio. —Menos mal —dije, optando por seguirle el juego.

—¡Pero tengo un acosador por internet que puede que intente hackear tu teléfono!

—Más vale que borre todas esas fotos desnudas que me tomé para enviártelas.

—Sí —dijo Dolly mordiéndose el labio inferior mientras sonreía—. Súbelas a la nube y ponle contraseña. Si quieres yo le pongo una que nadie podrá romper.

—Qué conveniente —dije entre risas.

—De todos modos, ibas a enviármelas, ¿no? —dijo Dolly, deteniéndose arriba de las escaleras.

Me detuve en el escalón inferior, y suspiré al notar que su boca me quedaba a una altura demasiado cómoda y conveniente. Le besé sin pensarlo, y ella me correspondió igual. La cogí de la cintura, ella gimió metiendo sus manos entre mi cabello y acercando mi cabeza hacia ella. Una explosiva pasión nos envolvió en ese momento.

—De repente amo estas escaleras —dijo, tirando de mi corbata y aflojándola.

Pasé mi mano por su cadera hacia su muslo, ella aguantó la respiración cuando la deslicé tan despacio como pude por la curva inferior de su nalga. Se paralizó boquiabierta un instante para después continuar besándole.

—Creo que Malena no está —susurró tras separar sus labios de los míos por un instante.

—¿Y qué hacemos aquí afuera? —gruñí.

Dolly rio. —Tengo la habitación hecha un desastre —dijo—, ¿por qué no vienes por mí más tarde y vamos a tu apartamento?

—Tengo una mejor idea —le acaricié el rostro—: deja tu mochila y nos vamos de una vez.

Dolly alzó sus cejas y rio. —Señor Dreschner, usted tiene las mejores ideas.

Le seguí hasta su puerta, y nos miramos uno al otro mientras ella la abría. Caminó de espaldas sin quitarme la vista de encima, pero alcancé a ver de reojo por encima de su hombro a una pareja en pleno acto en la orilla de una barra de cocina.

Dolly notó el cambio de expresión en mi rostro y se giró.

—¡Maldita sea, Malena! —gritó Dolly, girando y empujándome fuera del apartamento. Dio un portazo al salir y después nos reímos a carcajadas.

—Eso fue interesante —le dije—. Juan es... Enérgico.

—¡Calla! ¡Calla! ¡Que se quedará grabado en mi cabeza! —gritó, cerrando sus ojos y cubriéndose los oídos.

—Tú no eres la de la memoria fotográfica —le dije, y ella se acercó a abrazarme.

—Lo siento tanto —dijo, apoyando su cabeza contra mi pecho—. Definitivamente hablaré con Malena sobre esto. ¡Parecen conejos!

Vi la puerta del apartamento abrirse, y al mirar dentro asentí al ver a Juan sosteniéndola abierta. Vestido, por fortuna.

—Buenas tardes, Logan —saludó con una mueca tímida—. Hola, lagartija.

—Te voy a matar —dijo Dolly al dar la vuelta y caminar hacia él—, y haré ver a esa cabrona cómo lo hago.

Ambos entramos. Juan y yo nos miramos y sonreímos al ver a Dolly despotricar.

—Siempre vuelves una hora más tarde —dijo Malena, encogiéndose de hombros, vestida sólo con una camisa demasiado grande cuyo dueño podía adivinar.

—Logan me trajo en limusina.

—¿Cómo demonios iba a saber yo que tu novio te traería? —dijo— Para eso se inventaron los mensajes de texto.

Dolly y Malena fueron a una de las habitaciones, pero podíamos escucharlas discutir desde la entrada del apartamento.

—¿Son novios? —me preguntó Juan.

Le miré y respiré profundo. —Supongo que esa es la palabra —le di un puñetazo juguetón en su hombro—. Veo que las cosas van bien entre ustedes.

—Oh, no tienes idea —dijo Juan—. Ella es...

Malena aclaró su garganta al salir de la habitación seguida de Dolly. Juan la miró un instante, asintió, y guardó silencio.

—¿Quieren pizza? La acabamos de comprar —dijo Malena.

—Esta pizza ya está fría —dijo Dolly con tono enfadado. La miré y ya había dado un mordisco a una porción.

Mi móvil sonó. Lo saqué de mi chaqueta y vi que Eva llamaba. Alcé la mirada para avisar que saldría un momento del apartamento, pero Dolly y Malena seguían discutiendo, y Juan no estaba a la vista.

Abrí la puerta del apartamento y contesté en el pasillo.

—Buenas tardes, Eva.

—Disculpa, ¿estás ocupado?

Sonreí. —No precisamente —dije—. ¿Qué necesitas?

—Acabo de actualizar las pulseras en la clínica con el nuevo software, y hasta ahora no han tenido un solo error —dijo con tono orgullosa—. ¡Incluso arrojan resultados más rápido! Lo

logramos, Logan.

Miré al techo, sonreí, y cerré mis ojos. —Lo logramos, Eva.

—Imagina una o dos de estas pulseras en cada sala de emergencias del mundo —dijo—. Imagina las vidas que vamos a...

—No nos adelantemos, Eva —le dije entre risas—. Necesitamos encontrar un hospital con una sala de urgencias lo suficientemente concurrida y que estén dispuestos a...

—Menos mal que el Hospital San Rafael tendrá su gala anual de recaudación de fondos el próximo mes —dijo Eva—, y tienes una de las billeteras más llenas de la ciudad.

—Perfecto —dije—. Concertaré una cita con el presidente del hospital. Ve preparando una presentación.

—Enseguida, Logan.

Colgué la llamada y suspiré. Di la vuelta, pero no había ni terminado de dar un paso cuando el móvil timbró de nuevo.

—Dime, Cosme —contesté.

—¿Dónde estás? —dijo— A esta hora esperaba encontrarte en tu oficina trabajando.

—¿Está todo bien? —le pregunté.

Él soltó una risilla. —¿Estás con tu mujer misteriosa?

—Cosme —le insistí entre risas.

—¡Soy tu asistente, Logan! —se quejó— Es justo que conozca a la chica que ocupa tu tiempo.

—Lo harás en su momento —dije—. ¿Qué se ofrece?

—¡Ah sí! —escuché cómo Cosme tecleó en su ordenador, sin duda para abrir algún correo— Hay un problema en la fábrica de Malasia que requiere tu atención.

—¿Qué problema?

Cosme gruñó. —Estos tipos necesitan aprender a redactar mejor —murmuró—. Algo sobre un informe medioambiental y una demanda de los trabajadores.

—¡Eso ya lo habíamos solucionado! —exclamé.

Escuché la puerta del apartamento abrirse. Me giré y vi a Dolly masticando y con una porción de pizza en su mano. Le hice un gesto con la mano que me esperara un poco, y ella asintió.

—No mates al mensajero, Logan —dijo Cosme—. Xavier McLucas acaba de llamarme para decirme que le urgía hablar contigo sobre esa situación, si es que logras comprender lo que estos chinos intentan escribir.

—Llama a Rodolfo y dile que prepare el jet —al decir eso, noté la expresión de Dolly pasar de sonriente a un tanto decepcionada—. Y mándame por mensaje el teléfono de McLucas.

Colgué la llamada, y miré a Dolly todavía masticando su pizza. Podía ver en su rostro que ya

sabía las siguientes palabras que saldrían de mi boca.

—Lo siento, Dolly —dije, levantando mis manos a los lados—. Necesito...

—Está bien —dijo, sonriendo y levantando su porción de pizza—. Tú te pierdes este manjar, está delicioso.

Era obvio que no hablaba de aquella pizza. Respiré profundo antes de acercarme a ella, y una idea me llenó de emoción todo mi ser al instante que apareció en mi cabeza.

—Ven conmigo —le dije.

—¿A dónde? —preguntó entre risas.

—A Malasia.

—¿A dónde?! —se quedó mirándome unos momentos— ¿Cuándo?

—El jet estará listo en dos horas —dije—. Si nos vamos en este momento alcanzamos a...

—Espera, espera —dijo Dolly, poniendo su mano en mi pecho—. Logan, no puedo irme, así como así.

—¿Por qué no?

—Para empezar, si faltó al trabajo no me pagan y tengo recibos que pagar.

—Yo... —dije, pero me detuve al notar la ferocidad en los ojos de Dolly, indicándome que jamás accedería a que yo le ayudara con dinero—. De acuerdo.

—¿Cuándo regresarás?

Negué con la cabeza. —Espero que en uno o dos días.

Ella dio un mordisco a su pizza, masticó y tragó. —Cuando regreses, retomamos donde nos quedamos, guapo.

Sonreí y le tomé de la cintura. —No quiero irme, pero...

—Oye, lo entiendo —dijo, dándome un beso rápido en los labios—. Ve, no te preocupes.

Cogí su mano libre, la apreté, y le di otro beso en los labios antes de bajar un par de escalones.

—Despídeme de Malena y Juan —dije, girando un poco hacia ella.

Levanté la mirada una vez más cuando llegué al fondo de las escaleras, y vi a Dolly apoyada en la barandilla mirando hacia abajo. Sonreí y caminé.

Mis zapatos me pesaron más de lo normal con cada paso que daba. Al aspirar lo que aún perduraba del perfume de Dolly adentro de la limusina entendí el por qué.

Capítulo 18.

Dolly

—Estás siendo ridícula, Dolly —dije mientras secaba mis manos con una toalla de papel.

Me quité la goma del pelo deshaciendo mi coleta y me sacudí el pelo. Estiré las arrugas del polo de la compañía y torcí la boca antes de sonreír..

“*Quizá no estoy tan mal,*” pensé, mirándome de lado.

Cogí mi móvil y leí una vez más el último mensaje que Logan me envió aquella mañana.

—Ya llegué a la oficina. Cuando acabe las reuniones te llevo a almorzar.

“*Desgraciado, ¿por qué no me avisó anoche que ya había llegado?*” pensé, mirándome de nuevo al espejo. “*Me habría puesto algo más...*”

Un par de mujeres entraron al baño, una con vestido corporativo rosa, y otra con los labios más grandes que había visto en toda mi vida. Las había visto antes al otro lado del piso, donde estaba una de muchas divisiones de Recursos Humanos.

—¿Dónde oíste eso? —preguntó la de los labios.

—Mi amiga de Marketing dijo que lo vio besándose con una chica de Relaciones Laborales —le contestaron.

—¿La del cabello corto?

—¡Esa!

“*Chismes corporativos,*” pensé con una sonrisa. “*Es peor que una...*”

—El señor Dreschner tiene buenos gustos —dijo la del vestido rosa.

Me quedé congelada un momento con mi garganta apretándose por dentro más de lo que alguna vez había sentido. “*¿Dijo señor Dreschner?*” pensé con mi estómago retorciéndose, llevándome al punto de tener que vomitar.

—Es escandaloso —continuó.

—¿No le queda otra? —dijo la de la trompa gigante— Tiene que compensar de alguna forma que le hayan quitado la compañía.

—Disculpen —dije, volteando a verlas—. Perdón que me entrometa, ¿pero de quién hablan?

Ambas se miraron de reojo y sonrieron con aires de superioridad. —¿De quién más? —dijo la del vestido rosa— De Richard Dreschner.

Todo mi cuerpo se relajó al escuchar un nombre distinto a Logan. —Ah, yo pensé que

hablaban del jefe, de Logan.

Ambas soltaron una carcajada. —Ay, cariño, ese hombre es totalmente opuesto a Richard.

—Mucho más educado.

—Y guapo.

Sonreí. —Definitivamente más guapo —dije, caminando alrededor de ellas—. Díganme un hombre en esta compañía que tenga un culo como el de Logan Dreschner.

Ambas asintieron y suspiraron. —O una voz como la suya —dijo la del vestido rosa—. Dios mío, la voz de ese hombre hace que me derrita cuando envían esos mensajes corporativos.

—O sus ojos —dijo la otra. De verdad, ¿le habrá picado una abeja o por qué tendrá tan gruesos sus labios?—. La intensidad en sus ojos haría estremecer a cualquier mujer.

“*Ni que lo digas,*” pensé, ampliando mi sonrisa, recordando con lujo de detalles esos ojos concentrados en alguna parte de mi cuerpo.

—Qué envidia dará quien logre cazarlo, ¿no? —dije.

Dejé a ese par de chismosas seguir en lo suyo mientras yo salía con la cabeza en alto, sabedora que era yo la que se acostaba con el hombre más deseado de la compañía. De todas las mujeres era yo con la que Logan Dreschner quería estar.

Me detuve y ese hueco en la boca de mi estómago apareció de nuevo. “*¿Pero si hubieran estado hablando de Logan?*” sacudí mi cabeza y respiré profundo para ignorar esos pensamientos tontos y sin fundamentos.

Volví a mi escritorio con la cabeza en las nubes. No podía parar de imaginarme cómo me recibiría Logan cuando lo viera. Estábamos en el trabajo, después de todo. Asumí que él querría ser discreto, por lo que ya había encontrado algunos lugares donde podríamos colarnos a robarnos un beso o dos.

—¡Dolores! —gritó uno de mis compañeros.

Giré a verlo y él se encogió al recibir la mirada asesina que le estaba mandando. Estuve a punto de hacerle saber los dolores que sufriría si volvía a llamarme de esa manera. En lugar de ello, respiré profundo, y sonreí.

—Llámame Dolly, ¿sí? —le dije con una sonrisa forzada— ¿Qué necesitas?

—Lo siento —dijo—. ¿Podrías ayudarme con esto, *Dolly*?

Fui a su escritorio, leí el código que tenía desplegado en ambas pantallas de su ordenador, y apunté. —No tienes bien declarada esta variable —le dije—. El programa piensa que es un número cuando en realidad es una cadena de texto.

—Guau —dijo—. ¡Gracias, Dolly!

Le di una palmada en el hombro antes de darme la vuelta. Juan me miraba desde la entrada de su oficina con los brazos cruzados, sonriendo.

—¿Qué? —le dije.

—Me asomé esperando ver un baño de sangre —dijo—. Sé cuánto odias que te llamen “Dolores.”

Me senté en mi silla y le miré a los ojos. —Soy una mujer nueva, Pequeño Juan.

—¿Pequeño Juan? —dijo otro de los programadores.

—¿Ya terminaste los informes que te pedí desde ayer? —preguntó Juan sin girarse.

—No, señor, todavía...

Juan se giró y eso fue toda la motivación que ese chico necesitó.

—Damas y caballeros, tenemos un macho alfa en la habitación —dije entre risas—. Te ha venido bien estar con Malena.

—Ella es increíble, Dolly —dijo Juan—. Nunca había conocido una chica como ella. No puedo dejar de...

—¡Ya sé qué no pueden dejar de hacer! —le dije, dándole un puñetazo al tronco que tenía por pierna— Pueden hacer otras cosas además de follar, sabes. Pueden charlar, pueden ir al cine, pueden...

Mi móvil vibró en el bolsillo de mi pantalón. Lo saqué y mi corazón aceleró hasta llegar a los mil kilómetros por hora al ver el mensaje que había llegado.

—Estoy terminando. Sube.

Miré a Juan y le sonreí. —¿Te molestaría si subo con...? —dije, arqueando una ceja.

—¿Con quién? —preguntó.

—Con... —alcé ambas cejas.

—¿Con...? —dijo, entrecerrando sus ojos.

—¡No puedes ser tan despistado! —dije, dándole otro manotazo.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¡Oh! ¡Claro! ¡Claro!

Me puse de pie y caminé tan rápido como pude haciendo lo posible para no salir corriendo. Caí en cuenta de ello al subir al ascensor. Nunca había tenido esa prisa por ver a un chico. Claro, ningún chico me había hecho sentir como Logan lo había hecho, tanto como amante como persona, pero aun así era extraño estar tan ansiosa de ver a alguien.

“*Sólo se ha ido un par de días, exagerada,*” pensé, mirándome al espejo frotándome las manos.

Salí en el piso cincuenta, y caminé hacia su oficina. Su asistente estaba al teléfono, pero en cuanto me vio dijo algo rápido y colgó el auricular.

—Vengo con... —dije, apuntando a la puerta de Logan.

—Yo sé a qué vienes —dijo su asistente con tono insinuante, mirándome de arriba abajo con una sonrisa de oreja a oreja—. Por fin nos conocemos.

Me encogí de hombros y sonreí. —Qué tal.

— Cosme Arena, asistente —dijo, ofreciéndome su mano.

Sonreí. Logan me había hablado de él y de la forma de ganármelo sin ningún problema. — Dolly Villanueva —cogí su mano y la estreché. Estaba demasiado suave, tal y como me habían dicho—. Hostia, ¿qué crema te pones para tener tus manos así?

Sus ojos brillaron como si aquello hubiera sido lo mejor que le han dicho en toda su vida. — ¡Más de una! —dijo— No tienes idea del trabajo que cuesta...

La puerta de Logan se abrió y salieron algunas personas murmurando de ahí adentro. Me hice a un lado mientras Cosme regresaba a su lugar. Cuando ya no salió nadie más me asomé, y vi a Logan de pie frente a su escritorio con una mano metida dentro de su bolsillo mientras hablaba con la mujer más hermosa que había visto en toda mi vida. Cabello largo, negro y brillante, cuerpo espectacular y más con ese vestido ejecutivo azul marino y un rostro con apariencia joven y alegre.

“*El tipo de mujer que uno esperaría ver al lado de Logan,*” pensé, notando la forma en que ella le miraba.

—¡Dolly! —dijo Logan al verme con una sonrisa de oreja a oreja— Quiero que conozcas a alguien.

“*¿Es en serio?!*” pensé con una sonrisa mientras me acercaba.

—Eva Robledo —dijo la mujer, ofreciéndome su mano—. Encantada de conocerte al fin, Dolly.

—Eva Robledo —dije para mí misma, reconociendo ese nombre—. Eres la que diseñó la metodología para tomar las muestras con la Pulsera Rx.

—La misma —dijo—, pero tú eres la que por fin la hizo funcionar como debe —ella se giró y el aire de sus pestañas al abrirse y cerrarse rápido sus ojos le habrían movido el cabello a Logan si lo hubiera tenido largo—. Por fin tu sueño se ha hecho realidad.

Miré cómo Logan no dejaba de sonreír, y mis entrañas se retorcieron al verlo pues esa vez yo no era el porqué de su sonrisa.

—Debo irme —dijo Eva, levantando la carpeta del escritorio de Logan—. Necesito trabajar en nuestra presentación para el presidente del Hospital San Rafael mañana.

—Encantada de conocerte —le dije, estrechando su mano.

Eva me miró a los ojos mientras nos despedíamos. Mi sonrisa no podía haber sido más hipócrita.

—Por cierto, tienes que ir —dijo ella.

—¿Ir a dónde?

—¡A la gala de recaudación de fondos! —dijo Eva, mirando de reojo a Logan— Después de todo, la gente del hospital puede hacer preguntas técnicas y tú sabrás contestarlas mejor que yo.

—Eso lo dudo mucho —dije—, además, una gala yo...

—Insisto —Eva miró a Logan—. Convéncela, ¿sí?

Logan la siguió hasta la puerta, donde ella le dio un beso en la mejilla antes de mirarme de reojo e irse. Torcí mi boca y mi estómago se revolvió al verla alejarse.

Respiré profundo cuando Logan cerró la puerta y caminó hacia mí.

—Me agrada —le dije, asintiendo—. Es muy... buena para dar órdenes.

Él entrecerró los ojos. —¿Por qué parece que quieres matar a alguien?

“*Coño,*” pensé, cerrando mis ojos. —Tuve un... Yo... Un compañero me llamó por mi nombre, y eso me puso... —gruñí mientras emulaba que estrangulaba a alguien, imaginando bien ese cuello perfecto de aquella Miss Universo que acababa de irse.

—¿Alguien te llamó “Dolly” y eso te molestó?

—No Dolly —dije, y suspiré—. Dolores.

—No sabía que no te gustara tu nombre.

—Mucho —dije, asintiendo.

—¿No te gusta que te digan Lola?

Baje la cabeza sin dejarle de mirar a los ojos, y él entendió que jamás debía llamarme así. Logan me cogió por las caderas y me acercó a él. —Tomaré nota mental para jamás llamarte así.

Sonreí al sentirlo cerca, y pegué mi frente a su mentón. —Te extrañé —dije. Él rio un poco y me abrazó fuerte, y yo le correspondí con todas mis fuerzas—. ¿Podemos irnos a otro lado?

—¿Dónde?

—Donde sea —dije, sonriendo, respirando profundo su aroma.

—Te prometí llevarte a almorzar —dijo, acariciándome la mejilla—. ¿Qué dices?

“¿*Cómo negarme a él?*” pensé, asintiendo.

—Y respecto a lo de la gala —dijo Logan.

—¿De verdad espera que yo...?

—A mí me encantaría llevarte —dijo, dejándome muda y estupefacta—. Si quieres ir, por cierto.

—¿Yo? —dije, sonriendo— ¿Ir a una...? ¿Y qué se hace? ¿Necesito ir vestida de cierta forma o...?

—Oye —dijo, tomándome del mentón y pegando su frente a la mía—. Tranquilízate. Tenemos tiempo para ver los detalles.

—Asumiendo que vaya.

—No tienes que decidir ahora —dijo, acariciando con la punta de su nariz la mía—, lo que sí tienes que decidir es qué quieres almorzar.

—Sushi —dije, sonriendo—. Quiero sushi.

Capítulo 19.

Logan

—Adoro esto —dije, besándole el lunar justo en la curva de su espalda—. Me encanta esta parte de tu cuerpo. He encontrado el lugar exacto donde puedo hacerte estremecer más... —besé un poco arriba de su lunar— Y más... —besé de nuevo, un poco más hacia el centro de su espalda— Y más.

—Por Dios, Logan —gimió Dolly, empujando su rostro en la almohada de mi habitación.

—¿Ves? —dije sonriendo al tiempo que deslizaba la punta de mis dedos por encima de su espina dorsal, sintiendo los bordes de sus vértebras debajo de su cálida piel—. Desde aquí también tengo acceso a tu espalda —besé el inicio de la curva de su espalda saboreando despacio la zona con la punta de mi lengua—, y desde tu espalda puedo...

Rodeé su cuerpo con una mano, la metí entre las sábanas y su cuerpo, y encontré uno de sus pechos.

—¿Así me vas a tratar siempre que vuelvas de un viaje? —preguntó entre risas y suspiros.

Di un ligero mordisco a su costado haciéndola brincar y reír a la vez. —¿Habría problema si así fuera?

—En absolu...

Duquesa ladró una vez. Nos detuvimos y cuando llamaron a la puerta ella aulló.

—Hay alguien en la puerta —dije, recordando que le había enseñado a hacer eso cuando alguien se acercara.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Dolly.

—No —dije, volviendo mi atención a su piel, esta vez pasando mis labios hacia sus nalgas—, pero que se esperen. Estoy ocupado.

—Por más placer que esté sintiendo —dijo, girando y sentándose en la cama—, los aullidos de Duquesa me están matando el ánimo.

Apreté mis labios y asentí. —Dame un momento.

Me subí los pantalones y puse la camisa. Fui abrochando los botones mientras caminaba descalzo hacia la puerta donde estaba echada Duquesa y meneando su cola.

Miré su rostro y la frustración de haber perdido el momento con Dolly desapareció. No podía enojarme con esos ojos llenos de ternura.

Miré por la mirilla y ahí estaba Cosme ajustando las solapas de su traje gris claro y dando

brincos.

Abrí la puerta y él me miró de arriba abajo boquiabierto. —¿Por qué no estás listo?

—¿Disculpa?

—¡La cena con Fernando Lapiedra! —dijo Cosme, mirando su reloj— ¡La cita está en la agenda desde hace meses!

“*Mierda,*” pensé, negando con la cabeza, visualizando en mi mente la agenda de ese día y, en efecto, estaba anotada esa cena. —Lo... Lo siento, olvidé que era hoy.

Cosme se quedó mirándome como si hubiera presenciado un evento inaudito. —Muy bien, no hay que entrar en pánico —dijo, entrando a mi apartamento y dirigiéndose rápido a mi habitación—. Tienes el traje Kiton que usaste el...

—¡Espera! —grité justo cuando entró a mi habitación.

Escuché el grito de Dolly y una almohada salió volando de la habitación. Él regresó caminando hacia atrás al mismo tiempo que cerraba la puerta despacio. —Ahora entiendo por qué lo olvidaste.

Mi corazón palpitó con más fuerza de lo normal mientras pasaba a su lado y entraba a la habitación. Dolly cubría su cuerpo del pecho hacia abajo con las sábanas, las mejillas rojas como tomates, y me miró preocupada.

—¿Qué está pasando? —preguntó— ¿Qué hace Cosme aquí?

Abrí la puerta hacia el armario y me quedé mirando los trajes hasta encontrar el que Cosme había sugerido.

—¡Oye! —gritó— ¡Te estoy hablando!

—Olvidé que tenía un compromiso hoy —dije sin ocultar mi fastidio, poniendo el traje en la cama.

Dolly soltó una risilla. —¿En serio? ¿*Tú* olvidaste algo?

—¿Podemos dejar las burlas para después? —dije de inmediato, quitándome la camisa que traía puesta y arrojándola al cesto de ropa sucia junto a mi baño.

Ella borró la sonrisa en su rostro. —Me iré —dijo al quitarse la sábana de encima y bajando de la cama.

—No —dije, deteniéndome y mirándola—. Acompáñame.

Ella rio mientras recogía del suelo su pantalón de vestir y el polo de la compañía. —¿Tienes un vestido de mi talla escondido por ahí? Porque sólo así iré.

—Cosme —llamé, y él abrió la puerta sólo lo suficiente para que él pudiera verme—. ¿Sería difícil encontrar vestido para Dolly a esta hora?

—Me pides milagros, Logan —dijo Cosme—. Si me lo hubieras dicho desde más temprano podría haber encontrado algo, pero...

—¡Está bien! —ella gritó— No te preocupes.

Cosme cerró la puerta, y yo la miré, notando el enojo en su rostro. —Dolly... —dije.

—Está bien, Logan —ella dijo, poniéndose su blusa.

Me estaba abrochando los botones de la camisa cuando recordé el evento de recaudación de fondos del Hospital San Rafael.

—¿Y para la gala? —le pregunté.

—¿Qué gala?

Mi estómago se retorció por unos instantes. —Ya sabes de qué gala hablo —dije—. Ya has tenido algunos días para decidir.

—Ah sí —dijo, levantándose y mirando por la ventana de mi habitación—. No sé, Logan. ¿Qué haría yo en una gala?

—Acompañarme.

—¿No estarás ocupado endulzando el oído de la gente del hospital para que acepten probar la Pulsera Rx?

—No tanto como para no disfrutar una velada contigo.

Ella se giró y estaba por decir algo cuando Cosme volvió a tocar a mi puerta. —¿Qué sucede? —dije, pidiéndole a Dolly un momento levantando mi dedo índice.

—Intenté llamar a Valeria y a Erika para que cuidaran de Duquesa, pero no contestan —gritó Cosme detrás de la puerta—. Llamaré a la guardería canina.

—Muy bien —le dije, subiéndome el pantalón—. Avisa a la asistente de Fernando que...

—Ya lo hice —dijo Cosme—, ya sabe que tuvimos un inconveniente. Retrasé la reserva una hora.

Miré a Dolly vistiéndose. “*Maldita sea, si no hubiera estado tan distraído...*”

—Yo la puedo cuidar —dijo Dolly, girando para verme.

—¿Qué? —dije, apuntando mi mano hacia ella.

—A Duquesa —dijo Dolly con una sonrisa—. Puedo cuidarla para que llegues a tu cena.

Me quedé inmóvil unos momentos, mirándola sonreír. —No podría pedirte eso.

—No lo estás haciendo —dijo, encogiéndose de hombros—. Me estoy ofreciendo.

—Dolly, yo...

—¡Él acepta! —dijo Cosme al entrar por la puerta con una expresión de alegría que jamás me cansaré de ver en él— ¡Eres un amor de persona, Dolores Villanueva!

—Es Dolly —dijo ella a regañadientes.

Reí mientras me ponía la chaqueta del traje. La miré e incliné mi cabeza hacia ella. —¿Ves

ese mueble detrás de ti? —ella giró— Abre el cajón de hasta arriba —me senté en la cama para ponerme los zapatos, y escuché cuando abrió el cajón—. Escoge unos gemelos.

—¿Los que quiera? —preguntó Dolly con una mueca— ¿Estás seguro?

Me puse de pie. —Confío en tus gustos.

—Yo no —dijo Cosme.

—*Yo sí* —dije, mirándolo, dejándole saber que no habría discusión al respecto.

Me acerqué a ella, y ya había sacado un par del cajón. Sonreí al ver los gemelos plateados con forma de la cabeza de un león rugiendo.

—Mala elección, ¿verdad? —dijo, cogiéndose la muñeca.

—A decir verdad... —dijo Cosme.

—Están perfectos —le dije, tomándolos y poniéndomelos—. Gracias, amor —ella alzó ambas cejas—. ¿Tampoco?

Dolly apretó sus labios y asintió. —Amor está... bien.

Nos miramos uno al otro unos momentos antes de yo tomarle de las caderas y darle un profundo beso.

—¿Entonces? —le insistí— ¿Vendrás a la gala conmigo?

Dolly suspiró y asintió. Cosme soltó un chillido emocionado detrás de mí.

—Ay, cariño, vamos a encontrarte el vestido más espectacular para esa...

—Dejamos la conversación para otro momento, Cosme —le dije, y al mirarme a los ojos entendió que necesitaba un momento a solas con mi invitada.

—Antes de que te vayas te tengo que hacer una pregunta muy importante —dijo Dolly, y yo di un paso hacia atrás mirándole esa sonrisa suya que había reclamado toda mi atención—. ¿Cuál es la contraseña de tu Wifi?

—Pensé que eras una hacker muy buena y todo eso —dije entre risas.

—Lo soy —dijo, ampliando su sonrisa—, pero preferiría que me la dieras a que yo...

Asentí. —Hackea mi red —dije—. No sé dónde la tengo anotada y no hay tiempo para buscarla.

Ella levantó una ceja. —¿Seguro?

—Sí —dije, asintiendo y abrochando un botón de mi traje—. Confío que no robarás secretos corporativos para venderlos a la competencia o filtrarlos a la prensa.

—Por seguridad no deberías tener acceso a los servidores de tu compañía desde aquí, sabes —dijo, pasando su mano encima de mi pecho. —No llegue tarde, señor Dreschner —se acercó a mi oído—. Lo estaré esperando —susurró.

Reí antes de darle un rápido beso de despedida. —Dejaré en la mesa de la cocina mi tarjeta

de crédito —le dije—. Pide de cenar lo que quieras. Yo invito.

La miré de reojo al salir del apartamento, y ella estaba apoyada contra la pared con los brazos cruzados viéndome marchar.

Al subir al ascensor noté a Cosme mirándome con una sonrisa de oreja a oreja. Reí al tratar de imaginar el porqué de tan ridícula expresión.

—Di lo que piensas antes de que explotes, hombre —le dije.

—Estoy tan feliz por ti, Logan —dijo, negando con la cabeza—. Por Dios, eres humano después de todo.

—No estoy contento llegando tarde —dije, mirando el techo del ascensor—. Jamás había olvidado una cita.

—No te preocupes por eso, Logan —dijo Cosme—. El señor Lapiedra ya nos había pospuesto esta cena tres veces. Es justo que tú se la reviraras, aunque sea una vez.

—Respecto al vestido de Dolly...

—Logan —él puso su mano en mi hombro—, te juro que no podrás cerrar la boca al verla ese día.

Solté una carcajada y asentí. —Cualquier vestido lograría eso, Cosme.

—Qué bonito que pienses eso —dijo, siguiéndome cuando abrió la puerta del ascensor—. Pero espera y verás.

“*Ya veremos,*” pensé, imaginando a Dolly con un vestido de noche.

Capítulo 20.

Dolly

—¡Oh, guau! —exclamó Juan al mirar por la ventana de la limusina.

Ajusté de nuevo el escote de mi vestido cuando miré el yate gigantesco donde sin duda estaba teniendo lugar la gala del hospital. ¡Creo que el Titanic era más pequeño! Tenía tres niveles bajo la cubierta adornada con lámparas esféricas para el evento. Había mucha gente recorriendo la cubierta, tanto invitados como camareros que cargaban bandejas con copas llenas de champán. Todas las luces del barco parecían estar encendidas y escuchábamos la música moderna hasta adentro de la limusina.

—¿Seguro que aquí es? —pregunté, mirando a Logan, que parecía estarse divirtiendo por nuestras reacciones.

—Más vale —dijo Logan—, o le presté mi barco a la organización equivocada.

Juan, Malena, y yo nos quedamos mirándolo unos momentos. —¿Es tuyo? —preguntó Malena.

—Sí —dijo—, aunque prefiero el que tenemos en la otra costa. Es más pequeño, y un poco más íntimo.

Solté una carcajada mientras le tomaba la mano. “*Ya debería dejar de sorprenderme las cosas que este hombre tiene.*”

Cuando estacionaron la limusina Logan salió y ofreció su mano para ayudarme a salir. Ya fuera pasé mi mano encima de la tela de mi vestido para quitar las arrugas que se habían hecho por estar sentada. Me quedaba perfecto, ese maldito Cosme sí que sabía elegir vestidos. ¡Me veía con culo! Ningún otro vestido que había tenido resaltaba mi figura como ese.

Pero lo mejor eran mis tacones. Joder, no tenía ni idea que un par de tacones pudieran resultar tan cómodos. “*Maldita sea, le debo un café,*” pensé, recordando la expresión creída que seguro recibiría de Cosme, que me ayudó a elegirlos secuestrándome a partir de mi hora de comer un par de días antes para irnos de compras. Estaba convencida que serían una tortura para caminar.

—Definitivamente voy a robarte ese vestido un día de estos —me susurró Malena al acercarse a mi lado junto con Juan.

—Sobre mi cadáver —le dije entre risas.

Un sujeto se detuvo frente a Logan acompañado de una chica que estaba segura había visto en el trabajo. Vestía un esmoquin negro, igual que Logan, y podría haberlo confundido con él de no ser por las gafas y los mechones de canas asomándose en partes de su peinado perfecto.

—Buenas noches, hermanito —saludó, estrechando la mano de Logan—. Vaya fiesta que has organizado.

Vi a Logan sonreír antes de mirarme. —Dolly Villanueva, te presento a Richard —dijo, apuntando con su mano abierta al sujeto—. Mi hermano.

—Un placer, señorita Villanueva —Richard tomó mi mano y la besó sin quitarme la mirada de mis ojos—. La felicito. Mi hermano nunca había conocido a alguien que quisiera llevar de acompañante a estos eventos.

—¿En serio? —pregunté, mirando de reojo a Logan.

—Stephany —saludó Logan a la muchacha—, un placer volver a verte —ella sólo ofreció una sonrisa a fuerzas.

—Nos vemos dentro, hermanito —dijo Richard con una mueca creída mirando a Logan.

Miré a Logan, pero él se quedó parado observando a Richard entrar.

—¿Está todo bien? —le pregunté.

—Me sorprende que él esté aquí —dijo Logan—. Seguro no es nada.

Sonreí al ver a Cosme acercarse con una sonrisa que podía alegrar cualquier reunión deprimente.

—¿Tenía o no tenía razón? —dijo Cosme, tomándome las manos y dándome un beso en cada mejilla.

—La tenías —le dije a regañadientes—. El lunes voy a que me acompañes al café de Don Lupe para pagarte lo que te debo.

—¿Y bien? —preguntó a Logan, apuntando hacia mí con ambas manos.

Él me miró de arriba abajo y sonrió. —No tengo palabras, Dolly —dijo, rodeándome la cintura con su mano—, y eso que tengo memorizado todo el diccionario.

Cosme lucía con más estilo que la mitad de los demás tipos aquella noche, excepto el chico guapo que llegó a su lado y le tomó la mano. Ambos parecían haber llegado de un evento de modas.

—Tremenda fiesta, Logan —dijo el tipo al verlo.

—Gracias, aunque yo sólo puse el barco, Mario —le contestó mirándolo de reojo antes de regresar su atención a Cosme—. Richard está aquí.

—¿Richard está aquí? —preguntó Cosme— Logan, no tenía idea. Debe de haber reservado en el último minuto.

Miré a Logan apretando sus labios y respirando profundo. —Nunca me has hablado de tu hermano.

Él sonrió y tomó mis dos manos. —En otra ocasión —dijo—. No hay mucho agradable que contar.

Cosme resopló. —Joder, Caín y Abel se llevaban mejor.

Reí antes de acercarme y besarle. —Sé lo que es tener una familia difícil —dije.

—Oye, ¿dónde están Malena y Juan? —preguntó levantando la mirada.

Miré hacia el puente que llevaba del muelle al barco y, al no verlos por ningún lado, asumí que ya estaban arriba.

—Seguro haciendo manitas en algún lugar de tu barco —dije, sacándole una carcajada a Cosme.

Subimos a su barco. Joder, era *su* barco. En todo el camino no soltó mi mano y cada vez que alguien lo detenía para saludarle me presentaba. Pensaba que en una de esas veces cometería un desliz y quizá me presentaría como su novia o como su pareja.

Pero no necesitaba hacerlo. La forma en que sonreía al decirles mi nombre y su manera de mirarme decía todo lo que tenía que decir. Parecía como si estuviera presumiendo de mí con todos los que hablaba. Esperaba que quizá le fuera a dar pena pues no era ninguna modelo o socialité, pero con él a mi lado era como si perteneciera a aquel mundo.

—Te quiero preguntar algo —le dije cuando caminábamos por la cubierta del lado al mar.

Nos detuvimos y él me rodeo con sus brazos mientras mirábamos el océano ante nosotros. La luna creciente parecía un ojo en el cielo mirándonos en medio de un techo lleno de puntitos centelleantes.

—Dime —dijo, y yo apoyé mi cabeza contra la suya.

—¿El lunes tendremos que ir a Recursos Humanos a documentar nuestra relación?

Él rio y agachó su cabeza, pegando su nariz a mi cuello. —Considerando que ya te presenté ante varios miembros de la junta directiva de la compañía no veo que tengamos otra opción.

—Señor Dreschner —le dije, poniendo mi mano detrás de su nuca y arruinándole su peinado perfecto—. ¿Está pidiéndome ser su novia?

Logan guardó silencio por unos instantes larguísimo. No me molesté en apurarlo, pues sus labios estaban entretenidos con la piel de mi cuello, y su aliento recorría despacio mi piel hasta colarse dentro de mi escote y detrás en mi espalda.

—Sí —dijo Logan.

Cerré mis ojos, suspiré, y mordí mi labio inferior.

—¿Me darás una respuesta? —dijo.

—¿Acaso estamos en el colegio? —me giré y puse mis brazos alrededor de su cuello. Pegué mi frente a su mentón, y él besó mi frente— ¿Qué estás haciendo conmigo, Logan?

—Quiero pensar que te estoy haciendo feliz.

Mi nariz ardió como si las llamas de nuestro amor me quemaran por dentro y mis ojos se humedecieron un poco al mismo tiempo que mis labios me dolieron de sonreír tanto.

—Muy feliz, Logan —le dije, metiendo más mis dedos en su pelo y parándome después para

no arruinar su peinado perfecto —. No quiero que esto termine.

“¿*Qué estás haciendo, tonta?*” pensé con un punzón en mi corazón, recordándome los dolores por los que había pasado Malena por volcar su corazón así por alguien.

—Es tu barco, ¿verdad? —le pregunté entre risas.

—Sí —dijo Logan, riendo ante la obviedad de la respuesta.

—Y tienes un camarote para ti —pregunté.

Logan entrecerró los ojos y su sonrisa me indicó que sabía hacia dónde me dirigía con mis preguntas. —Sí —dijo.

—Llévame a él.

Logan miró a su alrededor, tomó mi mano, y caminó hacia el interior del barco, conmigo siguiéndole detrás tratando de no reír como una boba. Pasamos junto a la cocina, de donde salían los meseros con copas de champán y platos llenos de aperitivos.

—¡Espera! —le dije.

Me soltó la mano y se quedó parado mirándome en aquel pasillo mientras entraba a la cocina.

—¡Oiga! —gritó uno de los meseros— Señorita, no puede estar...

—Acabo de donar dos millones de dólares —dije con el tono más petulante que pude hacer mientras tomaba una botella de un mostrador—, ¿quiere que cancele el cheque?

Los meseros se quedaron callados mirándose unos a los otros cuando salí de la cocina con la botella en la mano. Cuando Logan me vio soltó una carcajada y yo levanté la botella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿*Tú* donaste dos millones de dólares? —preguntó, tomándome la mano y siguiendo caminando.

—Fue una donación por asociación —dije entre risas—. Tú los donaste, y como soy tu chica, podría decirse que *yo* los doné.

Logan sacó una llave de su pantalón y nos detuvimos frente a una puerta.

“*Más les vale a Malena y Juan que no estén ahí adentro,*” pensé, lamiéndome los labios mientras Logan la abría.

En cuanto pasamos él pasó el cerrojo. Estaba oscuro, pero la luz que entraba por las ventanas era más que suficiente para poder ver una cama gigantesca que parecía un bombón cubierto con caramelo.

Dejé la botella de champán encima de la mesilla de noche, y él me cogió de la cintura por detrás. Cerré los ojos y sonreí con el hormigueo que sus dedos provocaron al subir por mi cuerpo. Aquel hormigueo se convirtió en una corriente eléctrica cuando llegó al abdomen.

Aguanté la respiración cuando alcanzó mis pechos.

No le tomó nada de tiempo deslizar los tirantes del vestido sobre mis brazos. Dejó mis pechos

al aire, y soltó los tirantes cuando el vestido llegó a mi cadera.

Sus manos bajaron desde mi cuello demasiado despacio, tomándose su tiempo dejando la marca de sus dedos en mi piel, frotándola, masajeándola, poniendo especial atención en mis senos que ya estaban listos para su contacto.

Me volteó y yo le quité el moño de su esmoquin mientras él se quitaba la chaqueta con la misma prisa con que me desnudó. Le abrí la camisa botón a botón, dando besos en su pecho conforme descubría más de su exquisito cuerpo.

Levanté la mirada y nos miramos a los ojos. No eran necesarias palabras, podía ver lo que él sentía en su mirada de la misma forma que él podía verlo en la mía.

Me tomó de la nuca y estrelló su boca contra la mía, besándome con un exceso de pasión que encendió mi interior como la gasolina anima el fuego a quemar más fuerte.

Me acostó sobre la cama y tiró de mi vestido hasta mis rodillas. sin dejar de saborear mis labios y lengua. Dejó de besarme para terminar de sacarlo.

Yo me senté en la cama y lo liberé de la tortura de su pantalón.

Él gimió fuerte cuando le tomé en mi boca.

Cerré mis ojos al hacerlo, los gemidos y pequeñas tensiones de su cuerpo me guiaron a llevarlo al éxtasis. Saber que tenía a alguien como él a mi merced de aquella manera me hizo desearle todavía más.

Me deslicé hacia atrás en la cama y él me persiguió, deslizándose entre mis piernas.

Nos volvimos a besar y al mismo tiempo que su lengua invadía mi boca su ser me llenó como ningún hombre antes lo había hecho.

Joder, habíamos follado antes, pero esa vez era distinto.

Más energía, más pasión, más entrega.

No tenía ninguna duda en mi cabeza.

Estaba con él. *Con él.*

Nos miramos a los ojos y el placer en mi mirada junto con los gemidos que sacaba de mi ser se volvieron una promesa sin palabras.

Arqueé mi espalda y fui suya como nunca aquella noche.

El poco alcohol que había en nuestros cuerpos no fue suficiente para volvernos locos como aquella vez en su oficina.

La conexión entre ambos creció con cada embestida, aumentó con cada beso, se potenció con cada gemido entre nosotros, y llegó al punto de no retorno para ambos.

Le cogí con mis piernas usando todas mis fuerzas para impedir, pegué su frente a la mía, y ambos gritamos cuando estallamos al mismo tiempo.

Su calor se esparció por mi interior, y continué sacudiéndome como si otra explosión se

detonara en mi interior con cada segundo que seguía dentro de mí tras llenarme.

—Está bien —dije sin aliento—, me convenciste.

Su rostro era una mezcla de éxtasis y confusión. —¿De qué hablas?

Le acaricié el rostro y sonreí. —Soy tuya, Logan.

Él sonrió, y me dio un tierno beso que comprimió siglos de dicha en unos cuantos segundos.
—Y yo soy tuyo, Dolly.

Capítulo 21.

Logan

—¡Basta! —dijo Dolly, separando nuestro beso mientras viajamos en la limusina y dándome un manotazo al detectar mi mano deslizándose sin discreción alguna bajo su falda.

Me detuve un instante, viendo su rostro. Estaba enrojecido, sonreía boquiabierto, y un mechón de cabello partía su rostro en dos. Tomé ese cabello rebelde y le acomodé con cuidado entre las olas de su cabello un tanto desaliñado. Cerró sus ojos y restregó su mejilla contra mi mano, y me atreví a mover mi mano en su muslo más adentro de su falda.

Mi castigo no se hizo esperar. Me dio un puñetazo en el hombro y yo me detuve.

—Quietos, matador —dijo, pasando su índice encima de mis labios—, que ya vamos a llegar al trabajo. Además... —inclinó su cabeza hacia un lado— Tenemos público.

—La cabina de pasajeros está insonorizada y Marcos...

—No me refiero a tu chofer —dijo Dolly con una sonrisa, inclinando su cabeza.

Miré en esa dirección y Duquesa estaba con la mirada en nosotros, casi retándonos a continuar.

“Joder, había olvidado que venía con nosotros,” pensé al borde de soltarme riendo.

Nos besamos de nuevo unos largos instantes hasta que la limusina se detuvo. Miré fuera mientras Dolly se bajaba de encima de mí y pasaba su mano entre su cabello para agarrarlo en una cola de caballo. La miré sacar de su mochila el estuche donde guardaba sus gafas. Cuando se las puso algo en mí se encendió y me fue casi imposible de controlar el impulso de tomarla en ese momento.

Ella me miró. El rubor de sus mejillas y sonrisa pícaro me dio a entender que leyó mi mente.

Salí de la limusina y corrí a abrirle la puerta a Dolly. Le tomé la mano y ayudé a bajar. Ella se echó la mochila a la espalda y se acercó a darme otro beso rápido.

—Necesito un café —dijo, respirando profundo, y cogiéndome de la muñeca donde llevaba el reloj—. Sí alcanzo a ir por uno al carrito.

—¿Qué tiene de malo el que tienen en la cafetería?

—Guapo, si voy a poner orden al desastre que hicieron con la base de datos de...

—Vale, vale —dijo, tomándole una mano y apretándola.

—No tardo —dijo, cruzando la calle rápido para llegar al carrito de Don Lupe, que parecía apenas acababa de llegar.

—Ven —ordené a Duquesa, y ella salió de la limusina. Le tomé la correa y ella se sentó, mirándome con ojos entrecerrados un instante antes de abrir su boca y sonreír con la lengua de fuera.

—No voy a decirle que te traiga uno —le dije, y ella cerró su hocico—. Y ella tampoco debió darte el otro día. Hablaré con ella. Los perros no toman café.

Duquesa miró en dirección de Dolly, y yo solo reí.

Entramos al vestíbulo y saludé asintiendo al nuevo guardia, e hice una nota mental de detenerme a saludarle en algún momento.

—¡Buenos días, señor Dreschner! —saludó la recepcionista de DMT cuando entré por las puertas aquella mañana con Duquesa caminando a mi lado.

—Buenos días, Erika —le saludé con una sonrisa.

Llegamos a los ascensores y Duquesa ladró. Miré en la dirección en que lo hizo y vi a Dolly acercarse caminando rápido.

—¿Y tu café? —le pregunté.

—Todavía no tenía del que me gusta —dijo con una sonrisa, acercándose a mí. Se detuvo frente a Duquesa, a quien le acarició su cabeza—. Para la próxima te daré a probar...

—No le darás nada —le interrumpí—. Los perros no toman café, Dolly.

—¡Claro que sí! —dijo, masajeándole las mejillas a Duquesa— ¿Verdad que sí, hermosa? ¡Ay, eres demasiado linda!

Negué con la cabeza al escuchar los gruñidos de placer que hacía.

Dolly se enderezó y miró a su alrededor antes de acercarse a darme un beso rápido en los labios. La chispa que erizó mi piel cuando lo hizo se quedó pulsando en mi interior hasta que entramos al ascensor.

Quizá fue porque fuimos los únicos en entrar, pero en cuanto esas puertas se cerraron, ella se acercó y yo le agarré de la nuca besándola como si mi vida dependiera de ello. Mi mañana estaba completa. Salí a correr con Duquesa, desayuné bien y me vestí con uno de mis mejores trajes. En el pasado sólo me faltaba el beso de la mujer que se había adueñado de mis pensamientos y deseos, pero no lo supe hasta estar con Dolly.

—¿Estás lista? —pregunté con una sonrisa.

—¿Para qué? —bajé mi cabeza y entrecerré mis ojos, causándole una risilla— Por supuesto que sí.

—Deja tus cosas en tu puesto y luego sube a mi oficina —le dije, acariciándole la mejilla—. Iremos juntos de una vez antes de comenzar el día.

—¿Y después podremos besarnos y agarrarnos la mano en público? —preguntó moviéndose de lado a lado como niña pequeña.

Solté una carcajada al verla mostrar un poco de esa misma emoción que hervía dentro de mí. Nos cogimos de la mano y miramos a los ojos cuando las puertas del ascensor se abrieron. Ella salió caminando de espaldas sin quitarme la vista de encima, y por ello chocó con una chica que pasaba por ahí.

Dolly rio al disculparse con la muchacha que parecía tener demasiada prisa para molestarse, y me lanzó un beso antes de alejarse caminando.

Miré a Duquesa echada juzgándome con la mirada. —Aunque me mires así no voy a dejarte tomar café —dije, poniéndome en cuclillas para rascarle detrás de la oreja hasta que el ascensor llegó al piso cincuenta.

Cosme nos miró y se levantó de su escritorio cuando nos acercamos. Se agachó a rascarle la cabeza a Duquesa y luego apretó la piel suelta de sus mejillas. —Hermosa, ¿a quién van a bañar hoy y dejarán bella como una reina? ¡Pues a ti! ¡Pues a...!

—¿Mensajes, Cosme? —le interrumpí, ganándome una mirada enojada de Duquesa por interrumpir su sesión de cariño.

—Ninguno importante —dijo, irguiéndose y sonriendo como idiota al verme—. ¿Cómo está Dolly?

Arqueeé una ceja y sonreí mientras abría la puerta a mi oficina.

—¡Logan! —gritó una mujer a lo lejos.

Levanté la mirada y vi a Eva acercarse caminando tan rápido como podía con esos tacones.

—¿Está todo bien? —pregunté extrañado de verla acercarse tan agitada, pero al verla de cerca noté una emoción en su rostro que explicaba la prisa de sus movimientos.

—Hablé con el presidente del Hospital San Rafael —dijo—. Quiere ver por sí mismo el funcionamiento de la Pulsera Rx antes de autorizar su uso en la sala de Urgencias.

—¡Excelente! —dije— ¿Cuándo quiere...?

—Hoy mismo —dijo Eva.

—¿Los prototipos están en la clínica?

—Cargados y actualizados —dijo Eva ampliando su sonrisa.

—Cosme —le miré y entregué la correa de Duquesa—. Vendrán por ella a las diez de la mañana. Pospón todas mis reuniones este día.

—Richard quería hablar contigo sobre...

—A él muévelo hasta el siguiente mes —dije sin pensarlo.

Cosme rio un poco. —Dalo por hecho.

Le rasqué bajo la mandíbula a Duquesa antes de irme.

Eva caminaba a mi lado un poco más cerca de lo que yo habría querido, pero no quise decirle

nada. Repasé en mi cabeza las funciones de la Pulsera y traté de imaginar las preguntas que el presidente del hospital podría hacernos.

Cuando llegamos a los ascensores éstos abrieron sus puertas, y Dolly salió de ellos.

“¡Mierda!” pensé.

—¿Qué sucede? —preguntó sonriendo.

—Dolly, verás... —dije.

—¿Qué esperas, Logan? —dijo Eva, que ya había entrado al ascensor y mantenía las puertas abiertas— Todavía tenemos que ir por los prototipos a la clínica.

Miré a Dolly y noté algo en sus ojos que me provocó un escalofrío.

—El presidente del hospital quiere...

—Está bien —dijo, esforzando una sonrisa y asintiendo—, no tienes que darme explicaciones de...

—Podemos ir más tarde a...

—No te preocupes —dijo sin pensar, levantando su mano abierta.

Traté de tomarle de un brazo, pero ella dio un paso hacia atrás y bajó la mirada.

“*No tengo tiempo para esto,*” pensé.

—Te llamo más tarde —le dije, acercándome a darle un beso rápido en su frente. Ella ni se movió cuando hice eso.

Entré al ascensor y mi corazón dejó de palpar unos instantes mientras se cerraban las puertas, esperando a que ella volteara.

Nunca lo hizo.

Al subir Eva me miraba y sonreía como si estuviera a punto de echarse a carcajadas.

—¿Qué? —le pregunté.

—Pensé que jamás saldrías con nadie del trabajo —dijo.

Suspiré. —¿Ahora es cuando me dices lo hipócrita que soy? —dije.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero lo piensas —dije, girando hacia la puerta del ascensor.

—Mi opinión no debe importar, Logan —dijo Eva—. Si estás con ella tiene que...

—*Sí* estoy con ella, y no es asunto...

Ella soltó una carcajada. —¡Mira cómo te estás alterando! —dijo Eva, tomándome del hombro y girándome hacia ella— Ahora no es momento de eso. Tu enfoque debe estar en esto. No dejaré que estés distraído y pongas en riesgo aquello que nos ha costado tanto trabajo.

Sonreí y quité sus manos de mis hombros. —Yo no me distraigo.

Salimos del ascensor y me detuve un momento antes de salir, tentado a quedarme y presionar de nuevo los botones del ascensor y subir corriendo con Dolly. Mi interior se partía en dos por dejarla así.

Respiré profundo, y miré a Eva.

—Vámonos —le dije.

Ella palmó mi hombro y salió primero del ascensor con una sonrisa.

Abroché un botón de mi chaqueta, la seguí y alcancé hasta estar caminando a su lado.

“*Yo no me distraigo,*” pensé, caminando hacia la salida del vestíbulo.

Capítulo 22.

Dolly

—No estoy enojada —dije, cruzando los brazos y mirando al suelo un segundo antes de estirarme para coger mi margarita de la mesa frente a mí.

“*Y ahí se fue al demonio mi propósito de beber menos,*” pensé, bebiendo la mitad de mi copa.

—Eres mejor mujer que yo —dijo Malena—, yo me habría enfurecido y hecho una rabieta.

Sonreí y miré a mi amiga mientras daba un trago a mi copa. —No lo hubieras hecho —le dije.

—Dolly, habría dejado salir a mi niña interior de cinco años que le negaron la muñeca que quería en la tienda.

Imaginé a Malena haciendo un espectáculo de esos y por poco me ahogaba con el alcohol en mi boca por tratar de aguantar la risa. Tragué de golpe, me giré a verla y le di un manotazo en el muslo antes de suspirar y apoyarme en la silla. Miré al techo del club y recordé el rostro de Logan cuando me dijo que debía irse.

Que debía... Irse... *Con ella.*

Sacudí mi cabeza y traté de enfocar mi atención en otra cosa. Traté de poner atención a la música del lugar, que en ese momento era una mezcla electrónica de algunas canciones pop que había escuchado en la radio. Cerré mis ojos y traté de cantar algunos de los coros que conocía, moviendo mi cabeza de lado a lado al ritmo de la música.

Y todavía veía en mi cabeza a Logan subiéndose a ese ascensor con ella. *Con ella.*

—¡Es una gilipollez, Malena! —dije, enderezándome— ¡Inventaron la Pulsera Rx juntos, maldita sea! Trabajan juntos, es obvio que ella le fuera a acompañar a... —mi garganta se cerró un momento. Cubrí mi boca con mi puño cerrado cada vez con mayor intensidad—, ¿qué coño me está pasando?

—Jamás pensé que vería el día en que Dolly Villanueva se sintiera celosa.

Aquella palabra golpeó como un puto ladrillo mi frente. “*¿Yó? ¿Celosa?*” pensé, asintiendo, dejando que la realidad se asentara en mi interior y no dándome otra opción que la de aceptar un hecho que me negaba creer hasta ese momento: “*Estoy celosa.*”

Respiré profundo, cerré los ojos y me froté los párpados unos momentos antes de mirar a Malena a los ojos.

—Hostia —dije—. Estoy celosa.

—Se siente feo, ¿verdad?

—Horrible —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado.

—¿Pero por qué? —preguntó Malena—. Nada de lo que me has contado sobre Logan o lo que he visto en ustedes me ha llevado a pensar que debas preocuparte.

—¿Quieres saber por qué estoy celosa? —dije, sacando mi móvil del pantalón y escribiendo la palabra “Eva” en el buscador. Mi pecho se apretó un instante al ver que la primera sugerencia del autocompletador era “Eva Robledo.”

Le mostré a Malena los resultados de búsqueda, y ella alzó las cejas. —No está *tan* guapa —dijo como si aquello no fuera importante—. Mira, se nota que se ha hecho un trabajito para ajustarse las mejillas, y no hay manera de que esas tetas sean naturales.

—No es sólo que sea atractiva —dije, mirando la pantalla del móvil—. Es médica, rica, fue a la facultad de medicina con Logan...

—¿Y?

Respiré profundo y moví mi cabeza de lado a lado. —Un hombre como Logan suele estar con una mujer como Eva, no como... —apunté mi mano hacia mí.

Malena entrecerró sus ojos y resopló. —Eso no lo decides tú, Dolly —dijo—. Logan es bastante mayorcito como para decidir qué tipo de mujer quiere en su vida.

—Tú qué vas a saber —dije, volviendo la vista hacia otro lado—. Eres una modelo, estás acostumbrada a ser parte de ese mundo. Yo, en cambio...

—Ya basta —Malena me arrebató el móvil de las manos—. Dolly, ¿qué es lo que siempre me has dicho cuando me he puesto así de celosa por un chico?

—¿Cómo se llama la zorra para hackear sus redes sociales? —abrí mis ojos de par en par y sonreí al quitarle mi móvil a Malena— Voy a hackear sus redes sociales.

Mi amiga me lo arrebató de nuevo, se levantó un instante, lo puso en su asiento y se sentó encima de él.

Malena y yo nos miramos unos momentos. —Sabes que cuando lleguemos a casa voy a cambiar la contraseña del WiFi.

Malena se quedó callada un instante. —Dolly, recuerda lo que me dijiste una vez —dijo—: recapacita, no es posible que te pongas así por un chico.

Respiré profundo y sonreí. —No suena a algo que diría yo.

—No —dijo Malena con una sonrisa—. Tus palabras exactas fueron: no seas estúpida que la única jodida por sentirte así eres tú.

—Sí, eso es algo que diría —dije entre risas.

—Mira, lo entiendo —dijo Malena, tomándome la mano—. Antes de Logan, ¿cuándo fue tu última relación seria?

Solté una carcajada. —Antes de Logan no sabía lo que era eso.

—Es natural que te dé miedo perderlo —dijo.

—No, no, no —agité mi dedo en su cara—, yo no tengo miedo a...

—Eva besando a Logan —dijo Malena, y algo en mi interior se retorció, cosa que ella notó y asintió—. Eso es miedo, Dolly. Por eso estás celosa.

Gruñí, cogí mi copa, y la bebí toda tan rápido como pude. —Te pedí que me sacaras de casa para no pensar estas cosas.

—No es lo que hubieras hecho por mí, Dolly —dijo Malena, abrazándome.

Reí y suspiré. —Sí —dije—. Eres una buena amiga.

Me alejé y miré al mesero, a quien le hice una seña para que trajera otra margarita. Era noche de dos por uno, así que iba a aprovecharlo al máximo.

—Cambemos el tema —dijo Malena—, ¿por qué Juan te llama Lagartija?

Solté una carcajada. —Fue una tontería de la universidad —dije, sonriendo al recordar aquellos tiempos, donde mi única preocupación era pagar la matrícula de la facultad—. Unos amigos llegaron a la cafetería y se sentaron en la mesa a mi lado mientras yo trabajaba en un proyecto extracurricular.

—¿Extracurricular? —preguntó Malena.

—No recuerdo qué era —dije—. Quizá me pagaron por obtener acceso a una cuenta o hacer la tarea de programación de alguien. Pero Juan estaba con ellos —me enderecé en mi asiento y miré a Malena—. Se pusieron a charlar de cosas de chicos. Ya sabes: qué compañera tenía buen culo, qué maestra estaba buena, de fútbol, retos de la sonoridad de sus eructos, y así.

—Hombres —Malena giró sus ojos hacia arriba sonriendo—, ¿y no te vieron?

Negué con la cabeza. —Uno de ellos dijo que en la clase de Algoritmos había una chica gótica con las piernas más deliciosas de toda la universidad, entre otra sarta de bobadas que los chicos dicen sobre una chica. Uno de ellos le preguntó si hablaba de mí, y él dijo que sí.

—¿Estás segura que no te había visto?

—Pues el brinco de su susto cuando bajé la pantalla de mi portátil y le saludé se miró bastante genuino —dije entre risas—. Todos soltaron la carcajada, y Juan dijo que era como una lagartija en la pared: nadie me veía hasta que no me prestaban atención. Y desde entonces Juan me dice Lagartija.

—Sí que eres furtiva, amiga —dijo Malena, asintiendo con una sonrisa—. Me has metido unos sustos por no escucharte caminar. ¿Y qué fue de ese chico?

—Me invitó a salir cuando ya todos dejaron de reírse —suspiré al recordar la cara de aquel idiota—. Hostia, ni recuerdo cómo se llamaba. Es posible que Juan lo recuerde.

Bebimos un trago de nuestras bebidas. Malena pegó un brinco y sacó mi móvil de debajo de ella. —Te llaman —dijo, mirando la pantalla— Es Logan.

Lo tomé y, sin pensarlo, envié la llamada al buzón. Abrí la aplicación de mensajería y le escribí. —Hablamos mañana, estoy ocupada —escribí y envié.

—Deberías hablar con él, Dolly —dijo Malena.

—¿No va a venir Juan? —le pregunté, esforzándome por sonreír mientras guardaba el móvil en mi bolso.

Malena apretó sus labios y negó con la cabeza. —Le dije que necesitábamos una noche de chicas, y que él podría aprovechar para instalar su nueva tarjeta gráfica en su ordenador... Sea lo que sea eso.

—Son perfectos uno para el otro, de verdad —le dije entre risas—. Nunca los hubiera imaginado juntos. Él es tan distinto a los demás imbéciles con los que has salido.

—Igual que Logan es distinto a los demás perdedores con los que sueles...

—Estamos hablando de ti, amiga.

—¡Dolly! —exclamó Malena— De acuerdo, olvidemos a la zorra esa.

—Por favor.

—Enfoquémonos en Logan.

—Joder, Malena —dije, cubriéndome la cara con las manos.

—¿Te da la impresión que es el tipo de hombre que te sería infiel?

—Es un *hombre* —dije—. Está en su biología. Si algo mejor aparece en su vida, los hombres siempre eligen a...

—Te apuesto a que no —dijo Malena—. Te apuesto... ¡Quinientos dólares! Quinientos dólares si me demuestras que Logan te está siendo infiel.

—No viste cómo ella lo miraba...

—*Ella*, no él. Mantengo mi apuesta.

—Malena, por favor —dije, negando con la cabeza—. No hablemos más de esto, ¿vale? Sólo quiero beber margaritas y olvidarme de este asunto por esta noche.

Malena respiró profundo y asintió. —Eso no lo hará desaparecer.

—No espero que lo haga —tomé mi margarita y lamí mis labios—, sólo... Sólo no quiero pensar en ello esta noche, ¿sí?

—Vale —dijo Malena—. Sólo por esta noche.

“Sí,” pensé, mirando lo poco que quedaba en mi margarita. “*Sólo esta noche.*”

Capítulo 23.

Logan

—Usted se ha comunicado al correo de voz de... —comenzó la operadora cuando llamé al móvil de Dolly.

Colgué la llamada y dejé mi teléfono encima de la mesa de mi cocina. Apreté mis labios y respiré profundo mientras lo miraba. “*Quizá sigue molesta,*” pensé, asintiendo. Ya le había enviado un mensaje disculpándome, y explicándole por qué tuve que irme.

La presentación fue un éxito. El presidente del hospital se mostró más que entusiasmado por usar la Pulsera Rx a modo de prueba en su departamento de urgencias. Si todo salía bien, pronto podríamos distribuirla a todos los hospitales del país, y después del mundo. Debería estar por las nubes de la emoción.

Pero la única persona con quien quería festejar aquel triunfo ni siquiera me contestaba la llamada.

Miré a Duquesa que ya se había echado en su cama a dormir, como solía hacer todos los días después de llegar de correr.

—¿Tú qué crees? —le pregunté— ¿Debería ir a su casa? —Duquesa me miró, y creí verla levantar las cejas— Tienes razón, si voy sin avisar quizá me reciba a patadas.

Cubrí mi rostro con las manos unos momentos mientras liberaba frustración con un gruñido.

—Al diablo con esto —dije—. La buscaré en el trabajo y aclararemos las cosas. Ella tiene que entender.

Tomé mis cosas y salí del apartamento. Fui directo a las puertas del ascensor, pulsé el botón, y miré mi móvil unos momentos, tentado a probar suerte otra vez, deseando que quizá esta vez sí me conteste.

“*No,*” pensé. “*Ella debe entender la importancia de mi trabajo.*”

Escuché el timbre del ascensor indicando que estaba a punto de abrir las puertas. Guardé el móvil en el interior del bolsillo de mi chaqueta y respiré hondo antes de entrar.

Me detuve al ver a Richard detenerse ante mí.

—Menos mal que te alcancé antes de que te fueras —dijo, deteniendo la puerta del ascensor parándose en su camino.

—Yo pensé que iba en contra de tu religión levantarte tan temprano, Richard —dije, subiéndome al ascensor y mirando la hora en mi reloj.

Richard regresó al interior de éste y me miró de frente ajustándose las gafas. —Qué gracioso,

hermanito —dijo, sacando su móvil—, pero no te reirás cuando veas esto.

Miré la pantalla y mi corazón se hundió retorciéndose dentro de mi pecho.

—¿Dónde rayos conseguiste esto? —le pregunté sin hacer el mínimo esfuerzo de ocultar mi ira— Este documento estaba en mi servidor privado, y sólo personas de mi absoluta confianza tienen acceso a él.

—En primer lugar, me duele que no me consideres alguien de confianza, Logan, pues *yo* no tengo acceso —dijo Richard, moviendo su cabeza de lado a lado, su sonrisa colmada de sarcasmo creciendo con cada movimiento.

Ya podía imaginar el uso que el maldito haría con esa información. —¿Piensas mostrárselo a los demás miembros de la junta? —dije, esforzándome por no arrojar su móvil al piso—. Hazlo, estos informes muestran un problema que ya fue resuelto.

Richard soltó una carcajada y me arrebató su móvil antes de que le hiciera algo. —Gracias por considerarme tan maquiavélico, Logan, pero en esta ocasión yo no soy el causante de tus desgracias.

—¿Entonces...?

—Antes que nada, ¿estos números son reales? —preguntó, mirando su móvil— ¿Precisión menor al noventa por ciento? ¿Falsos positivos en condiciones crónicas comunes y pruebas toxicológicas de rutina?

—Sí, Richard —dije, girando y mirando a las paredes del ascensor para comprobar que no estuvieran cerrándose contra mí—. Son los resultados de las pruebas clínicas de hace unos meses, *antes* de arreglarlos.

—Las mismas pruebas que no quisiste mostrar en la última reunión de la junta directiva —dijo Richard con tono insistente— La misma reunión donde los accionistas te exigieron resultados y nos prometiste que...

—Recuerdo muy bien lo que les dije, Richard —le dije—. Puedo recitarte las notas de la reunión, si gustas.

—Ah, es verdad, eres una grabadora humana —dijo, asintiendo con rostro creído.

—Detectamos un fallo técnico en el software de la pulsera, pero ya lo solucionamos, y ya conseguimos...

—¿Pruebas clínicas en el Hospital San Rafael? —interrumpió Richard— ¿Tú crees que seguirán en pie ahora que estos números se han vuelto públicos?

Una pedrada contra la cabeza me habría sorprendido menos que esas palabras.

—¡¿Públicos?! —grité, dando un paso amenazante hacia él— ¡¿Qué coño hiciste, Richard?!

—¡Ya te dije que yo no fui el causante de tus desgracias en esta ocasión! —dijo Richard— ¡Estás viendo la copia que descargué de la página principal del Diario de Ciudad del Sol!

Las puertas del ascensor se abrieron, y yo salí caminando de ahí tan rápido como pude. Saqué

mi móvil y llamé a Cosme mientras salía del edificio.

—Buenos días, Lo... —contestó.

—Dile a Sonia Linares de Relaciones Públicas que la necesito en mi oficina lo más pronto posible, y contacta también a Dionisio Medina para analizar nuestras opciones legales en contra del Diario de Ciudad del Sol.

—Estamos en crisis, entendido — dijo Cosme mientras le escuchaba buscar algo entre sus cosas, indicando que quizá no había llegado a la oficina—. Sonia Linares, Dionisio Medina.

El móvil vibró teniéndolo aún contra mi oreja. Lo miré de reojo y noté una llamada en espera de Eva. “*Puedo adivinar de qué se trata,*” pensé.

—Encárgate, Cosme —dije antes de colgar la llamada y contestar la de Eva—. Ya lo viste.

—¿De dónde sacaron este documento? —preguntó Eva— Logan, acaba de llamarme el presidente del hospital.

Me detuve, cerré los ojos y tensé el cuerpo preparándome para el golpe que iba a recibir.

—Adivinaré —le dije—: canceló las pruebas.

—Quería —dijo Eva, y pude respirar un poco de alivio—, lo convencí que se trataba de pruebas hace unos meses, que no reflejaban los resultados que él mismo vio durante nuestra presentación. Pero esto no pinta bien, Logan. No lo escuché muy convencido de continuar.

—Ve a mi oficina y lo hablaremos con alguien de relaciones públicas y mis abogados para idear cómo proceder —dije—. Todo saldrá bien, Eva.

Colgué la llamada y subí a la limusina. La puerta del otro lado se abrió y vi a Richard entrar y sentarse a mi lado.

—¿Cómo coño pasó esto? —pregunté para mí mismo, tratando de ignorar a mi hermano regodeándose—. Se supone que a ese servidor sólo se puede entrar desde mis ordenadores. ¿Quizá hackearon las cuentas de correo electrónico de Eva y Juan?

—Por más que esté disfrutando verte derrumbarte por tu pequeño proyecto envuelto en llamas, una fuga de información rara vez se limita a un solo documento —dijo Richard. Le miré y él chasqueó su lengua—. Necesitamos los servicios de una compañía de seguridad informática para localizar el origen de la fuga, y así podremos encontrar al responsable.

—Tenemos un departamento de sistemas de información para ese tipo de cosas, Richard.

—No sé tú, pero yo no confiaría en ellos. ¿Y si se trata de alguien de dentro de la compañía?

Le miré con ojos entrecerrados. —Sigo sospechando que tú tuviste algo que ver.

—Logan, si puedes contar en algo es que haré siempre lo que más me conviene —dijo Richard sin titubear—, y a mí lo que más me conviene es que la compañía se mantenga rentable para cuando tome el control. ¿Tú crees que un desastre de relaciones públicas ayudaría eso?

Resoplé y asentí. —De acuerdo, contrata a esa compañía de seguridad de la que hablas.

—¡Qué bien que estés de acuerdo en eso, hermanito! —dijo Richard, mirando la pantalla de su móvil— Lo hice hace una hora.

Resoplé. —Nunca decepcionas, Richard.

—Quizá no esté de acuerdo con muchas decisiones que tomas respecto a la compañía... — volteé a verle, y él rio un poco—. De acuerdo, *definitivamente* no estoy de acuerdo con muchas decisiones que tomas respecto a la compañía. Desde los precios de los fármacos nuevos que sacamos al mercado hasta las cantidades que damos en caridad...

—Richard.

—Pero esto es un ataque a la compañía —dijo—. Te repito: ¿de qué me servirá quitarte el control si se pierde nuestra reputación?

Sonreí. —Al menos hay algo en lo que puedo contar contigo, Richard —miré hacia enfrente y me retorcí un poco en mi asiento—. Se siente raro.

—Lo sé, es asqueroso —dijo Richard entre risas—, ¿qué nos pasa? casi podríamos pasar como hermanos que se quieren.

—No exageremos.

—No —dijo Richard—, no exageremos.

Me quedé mirándolo. El brillo en su mirada y su sonrisa arrogante que sólo me provocaba deseos de borrarla con un puñetazo me decían que había algo más que quería decirme.

—Quiero preguntarte algo, Logan —dijo, girando en su asiento hacia mí y dejando su mano extendida en el respaldo, apenas alcanzándome a tocar el hombro.

“*Aquí viene,*” pensé.

—Desde que tomaste el control de la compañía te has dedicado de lleno a dirigirla... —él levantó su índice y quedó boquiabierto un instante—. No, “dedicado de lleno no,” más bien te has obsesionado con tu trabajo.

—¿Vamos a algún lado con esta conversación?

—Siempre me dijiste que, para ti, no hay nada más importante que el trabajo que hacemos en DMT —dijo Richard.

—Y así es.

—¿Sigue siendo lo más importante? —preguntó Richard— Para ti, específicamente.

Entrecerré mis ojos mientras trataba sin éxito de imaginar hacia dónde me estaba llevando Richard con aquella conversación.

—Sí —dije—. Es lo más importante.

Él sonrió por un instante antes de sacar despacio su móvil de nuevo. Se tomó su tiempo para abrir un archivo que tenía guardado en él y entregármelo desbloqueado.

—La empresa que contraté para investigar nuestra fuga de información encontró esto en cuestión de minutos —dijo—. Eres tú, Logan. Tú eres la fuga de información.

—Richard...

—Lee —dijo, acercando más su móvil a mi mano—, lee, y dime de nuevo que el trabajo es lo más importante.

Miré la pantalla y respiré profundo antes de cogerlo de sus manos.

—Me tomé la libertad de llamar a la policía —dijo Richard.

“No,” pensé. “*Maldita sea, no puede ser.*”[

Capítulo 24.

Dolly

—¿Tú crees que es muy pronto? —dijo Juan mientras recibíamos nuestros cafés de Don Lupe.

Le miré con ojos entornados y mis labios apretados. No paraba de hablar de cómo la noche anterior salió el tema de vivir juntos entre ella y Malena. Yo feliz de un cambio de tema de mis celos hacia Eva, tanto que cuando llegamos al puesto le resumí a Don Lupe la situación de mi amigo y cómo estaba mal de la cabeza por considerarlo siquiera.

—¿Y ella qué opina? —preguntó Don Lupe con esa sonrisa tan tierna que tenía.

—¡Que es muy pronto! —dije.

—¡Que está encantada! —dijo Juan.

—Espera —miré a Juan—, ¿ella está de acuerdo?

Cuando él asintió, giré a mirar a Don Lupe y éste rio. —Habla bien con tu chica, muchacho —dijo el viejo mirando a Juan—. Si ambos sienten que es lo correcto, adelante.

Miré a Juan y la sonrisa en su rostro me decía que él ya había decidido que era una buena idea.

Recordé una de las muchas risas de Logan durante nuestro tiempo juntos. Una en particular me provocó una sonrisa en ese momento: cuando terminamos de hacer el amor aquella noche en su yate, la luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba su rostro lo suficiente para verle esa sonrisa de satisfacción después de un momento mágico.

—¿Entonces no has hablado con Logan? —preguntó Juan mientras cruzábamos la calle.

—No —dije antes de suspirar—. Hoy lo busco y hablo con él para disculparme.

—¿Tú, disculparte? —dijo Juan entre risas, dándome un empujón con su codo— Sí sabes qué es eso, ¿verdad?

Para él apenas y fue un roce, pero el torpe no fue consciente de su propia fuerza y casi me tira al suelo. Alcancé a recuperarme y contesté el empujón juguetón con un puntapié bien dado en su espinilla.

Unas luces familiares llamaron mi atención frente al edificio. Miré en aquella dirección y quedé extrañada al ver un par de patrullas estacionadas en la esquina.

—¿Qué hace aquí la policía? —preguntó Juan mientras entrábamos al vestíbulo.

—Hay detectives y agentes de paisano —dije asomándome por las paredes de cristal del vestíbulo, notando las dos patrullas y el todo terreno que sabía era usada por altos mandos y

detectives de la policía—. Debe ser algo grande.

—No hiciste nada, ¿verdad? —preguntó Juan cuando llegamos a los ascensores.

Giré a verlo. —¿Por qué supones que vienen por mí? —dije— A lo mejor vienen por un testigo de algo, quizá uno de los policías es pareja de una trabajadora y viene a darle una sorpresa. ¿Yo qué sé?

Miré hacia la pantalla que indicaba el piso en que se encontraba el ascensor y por alguna razón me pareció que bajaba más lento de lo normal. Quizá el que estuviera mirando de reojo a los policías cada dos segundos influyó en que el tiempo pasara tan despacio.

—¿Por qué estás nerviosa? —preguntó Juan.

—Viejos hábitos de mi vieja vida.

—¿Segura que no...?

Le miré, y comprendió que estaba segura de lo que le estaba diciendo y, aún más importante, que dejara de insistir con ello.

Saqué mi teléfono y busqué el contacto de Logan. Miré su foto, una que descargué del internet donde me pareció que tenía una mirada seria y sexy. Pulsé el ícono de llamada justo cuando la puerta del ascensor se abrió.

Sonó en mi oído, y a lo lejos escuché el de Logan. Miré a mi alrededor a la gente apurándose a su estación de trabajo. “*Coincidencia,*” pensé.

Timbró de nuevo, y ahora escuché el teléfono de Logan más cerca. Miré hacia enfrente y ahí lo vi, saliendo de una sala de reuniones situada a pocos metros de la puerta hacia mi área de trabajo mirando su móvil a la altura de su pecho.

Sonreí de oreja a oreja al verlo, y mi corazón amenazó con salir disparado del pecho e ir directo hacia él si no era capaz de acelerar el paso. Gracias a Dios prevaleció la paciencia.

Él levantó su mirada y justo cuando estaba por ceder al impulso de mi corazón, abrazarle y decirle que había sido una grandísima idiota los últimos días, noté algo en su mirada: rabia, opuesta al brillo alegre que siempre había tenido cada vez que me miraba y que era uno de los principales motivos por lo que me enamoré de él.

“¿*Qué pasó?*” pensé.

Logan caminó despacio hacia mí, con una mano dentro de su bolsillo y la otra frotándose la boca. Miraba hacia mí, pero no a mis ojos. Aquello fue lo que más me inquietó pues daba la impresión que estaba evitando mirarme.

—Hola —le saludé.

Él miró a Juan. —Déjanos a solas un momento —ordenó con el tono más serio que jamás le había escuchado.

—Claro —Juan asintió, me miró por un instante y entró a nuestra área de trabajo.

Le seguí con la mirada y cuando abrió la puerta vi a dos personas de pie y otra más sentada en

mi puesto de trabajo.

—¡Oigan! —les grité, asomándome por la puerta— ¡Qué coño están...!

—¿Dolores Villanueva? —llamaron detrás de mí. Giré y vi a un sujeto con una placa de policía colgada de su cinturón acercándose a mí.

—Logan —le llamé, mirándolo a los ojos, y por fin me miró.

Aunque deseé que no lo hubiera hecho.

—Ella es, detective —dijo Logan—. Ella es Dolores Villanueva.

Mi corazón se detuvo por un instante y no fui capaz de respirar hasta que logré recuperar el control.

—¿Qué demonios está pasando?! —le grité a Logan, y alcancé a ver de reojo a un policía de uniforme acercarse a mí. Di la vuelta y le apunté al oficial a la cara con mi índice— No me toques, cabrón.

—Alguien filtró información confidencial de la Pulsera Rx a la prensa —dijo Logan como si las palabras le causaran tanto dolor como a mí me causó escucharlas.

El policía aprovechó que estaba distraída escuchando a Logan para poder acercarse, tomarme el brazo, y colocarme una esposa en la muñeca.

—¡No! —grité, dando un tirón a mi mano— Logan, yo no fui, te juro que... ¿cómo puedes pensar que yo...?

—Dolly —dijo Logan, tomándome las manos—, la información filtrada estaba en un servidor al que sólo yo tenía acceso —soltó mis manos y dio un paso hacia atrás—, acceso que tú adquiriste al hackear la contraseña de internet en mi casa.

—¡Porque tú me lo permitiste! —le grité— Logan, si quisiera joderte habría... —mi voz se quebró— ¿por qué piensas que sería capaz de hacer eso? Yo te dije muchas veces que tu seguridad cibernética era...

—Sí, lo hiciste —interrumpió—, y lo demostraste cuando entraste a mi correo electrónico y al de Eva.

“¿Coño!” pensé al mismo tiempo que me retorció por dentro. —Puedo explicarlo, Logan...

—Guarda tus explicaciones para quien le interese escucharlas —dijo a regañadientes, tensando la mandíbula—. Como tu abogado.

Logan y yo nos miramos a los ojos mientras el policía colocaba mis manos detrás de la espalda y ajustaba las esposas. Podía ver su mandíbula temblar y los ojos llenos de una rabia que jamás imaginé que le vería en los ojos.

—Yo no fui, Logan —le dije, y una lágrima escapó de mi ojo derecho—. Te lo ruego, te juro que yo...

—Reconozco que fuiste buena —dijo con una sonrisa forzada—, supiste exactamente cómo llegar a mi corazón y hacerme bajar la guardia.

—No, Logan, maldita sea, esto tiene que ser un error.

—Pues felicidades, Dolly —dijo, ajustando las solapas de su traje—, lograste tu cometido.

—Dolores Villanueva, está arrestada bajo cargos de robo de propiedad intelectual y espionaje industrial —dijo un policía detrás de mí—. Tiene derecho a guardar silencio, tiene...

Cerré mis ojos y las lágrimas salieron de ellos como nunca me habían salido. No fue como cuando me arrestaron por culpa de unos imbéciles que no hicieron bien su trabajo. Aquella puñalada en la espalda ni la sentí ni me importó, pero esta hizo pedazos mi corazón.

Abrí mis ojos y traté de liberarme del agarre del policía. En el forcejeo se me cayeron las gafas, pero aun así logré ver a la puta de Eva acercarse a Logan y abrazarle del brazo.

No estaba segura al tener la vista borrosa, pero juraría que la muy zorra sonreía al verme arrestada.

En ese momento la ira se apoderó de mí y me dio fuerzas. Alcé mi mentón y di la vuelta. Miré de reojo a Juan, que había salido al pasillo a ver lo que sucedía.

—Dile a Malena que me arrestaron y que llame a Rodrigo —le dije con un nudo en la garganta que me quemaba de rabia.

Subí al ascensor rodeada de policías. Miré hacia arriba tensando cada músculo del cuello para que mi garganta no soltara un grito de dolor. Siempre pensé que esas canciones describiendo el dolor de un corazón roto eran ridículas exageraciones, pero en aquel momento caí en la cuenta que no lo hacían.

Es más, se quedaban cortos. Jamás imaginé que podría haber tanto dolor y tanta rabia al mismo tiempo dentro de mi persona.

—Necesito usar el baño —le dije a los policías. Ninguno me contestó, y yo resoplé—. Como quieran, no sería la primera vez que orino en una patrulla.

—Yo la llevo —dijo uno de los oficiales, que hasta ese momento me había dado cuenta que era mujer.

Salimos del ascensor y fuimos directo a los baños junto al vestíbulo. Al entrar me quitó las esposas y abrió la puerta del cubículo para que pasara.

Cerré la puerta. No necesitaba orinar, pero no quería que nadie me viera.

Me senté bajando el asiento, apoyé los codos sobre las piernas, y presioné mi boca contra las manos abiertas con todas mis fuerzas, ahogando los sollozos que ya no podía contener por más tiempo.

Dejé salir mis lágrimas. Joder, jamás había llorado tanto. Cerré con fuerza los ojos para exprimir todas las malditas lágrimas que pudieran salir de ellos. La imagen de Logan enojado entregándose a la policía me atormentó y todo mi cuerpo se estremeció con las continuas punzadas de mi corazón.

“¿Qué pasó?!” pensé. “¿Qué coño pasó?!”

Capítulo 25.

Logan

—Espero su completa cooperación con el equipo que auditará sus ordenadores y todos los proyectos en que están trabajando, igual que con la policía —dije al resto de los programadores alrededor del área donde había estado Dolly.

Miré su silla vacía, y unas náuseas inmensas invadieron mi ser. Verla siendo llevada por la policía resultó ser más difícil de lo que había imaginado. Tensé cada músculo de mi cuello para evitar vomitar, di la vuelta y respiré profundo con los ojos cerrados. Apreté mi puño tanto como pude, y aquello pareció ayudar unos momentos.

Cuando los abrí alcancé a escuchar murmullos. Giré y vi a Juan dentro de su oficina hablando por su móvil. Al acercarme no alcancé a entender lo que estaba diciendo, pero pude distinguir los nombres de Malena y Dolly en la conversación.

—...que llamas a un tal Rodrigo —dijo Juan cuando entré a su oficina. El giró y al verme tragó saliva y tosió un poco—. Amor, debo irme. Te llamo más tarde.

Dejó el móvil en el escritorio y apretó los labios mientras me miraba a los ojos y asentía.

—Necesito preguntártelo, Juan —le dije tras cerrar la puerta detrás de mí—. Los auditores revisarán tus datos de todos modos, pero necesito escuchar de tu boca la verdad antes de que ellos me lo confirmen.

—¿Estoy despedido? —preguntó— Porque, aunque no haya hecho nada, yo fui quien la contrató y era quien la supervisaba. Era mi responsabilidad...

—¿Estás diciendo que sí tuviste algo que ver?

—Indirectamente, si ella lo hizo, sí —dijo—. *Si* ella lo hizo.

Suspiré y negué con la cabeza. —Entiendo que hay una vieja amistad entre ustedes, Juan, y una lealtad que va implícita —dije, metiendo las manos en los bolsillos de mi pantalón—. No voy a despedirte por eso. Quizá no vuelva a confiar en una recomendación de contratación tuya, pero no voy a despedirte.

—Con todo respeto, Logan —dijo Juan—, pero no estoy convencido de que ella haya...

Levanté mi mano abierta y él dejó de hablar. —Es tú decisión si decides apoyarla o no, pero no hablaremos más del tema. Dejaremos a la policía hacer su trabajo.

—Logan...

—Espero tu completa cooperación con nuestros auditores para determinar si hubo otras fugas de información —dije mientras giraba—, y también con la investigación de la policía —salí de

su oficina.

Miré de reojo la silla de Dolly, ahora ocupada por uno de los técnicos traídos por los auditores que Richard contrató. Las náuseas volvieron con mayor intensidad, imposibles de ignorar y someter con mi fuerza de voluntad. Esta vez tensar todos los músculos de mi cuerpo tuvo el efecto opuesto.

Traté de respirar profundo mientras me dirigía hacia el baño tan rápido como pude sin correr. El pasillo se alargaba con cada paso., y mi mundo giraba un poco hacia los lados mientras el suelo parecía moverse. El corazón rebotaba en las paredes de mi caja torácica con más y más fuerza mientras ella parecía encogerse con cada segundo.

Hiperventilaba cuando entré al baño. Me encerré en uno de los cubículos y vomité tanto que debí respirar fuerte y profundo cuando al fin se detuvo el torrente. Limpié mi boca con un puñado de papel que luego arrojé con todas mis fuerzas dentro de la taza antes de tirar de la cadena.

Fui al lavabo, me enjuagué la boca tanto como pude y mojé mi cara. Cerré los ojos, vi una imagen de Dolly riendo y mis ojos ardieron indicando que estaba a punto de llorar.

“No,” pensé, mirándome a los ojos en el espejo del baño y apretando mi agarre de la orilla del lavabo. “*Ni una lágrima por ella.*”

Tenía el ojo derecho humedecido, preparado para dejar salir unas lágrimas que sin duda necesitaban salir. Observé con la atención de un láser a la esquina de mi ojo, concentrándome en esa parte de mi cuerpo con un sólo pensamiento en la cabeza: “*Ni una lágrima.*”

Ajusté las solapas de mi chaqueta y estiré las mangas antes de salir del baño. Fuera vi a Eva, y cuando me miró supe que me esperaba.

“*No estoy de humor para esto,*” pensé.

—¿Estás bien? —preguntó, poniendo su mano abierta encima de mi pecho.

Asentí. —Quizá comí algo que no cayó bien a mi estómago.

Ella sonrió, y acarició mi mejilla. —Todo estará bien, Logan —dijo—. Programé una cita con el presidente del hospital para hablar de lo que salió en la prensa. No tiene que ser una sentencia de muerte para la Pulsera Rx.

—No lo será —dije antes de caminar hacia los ascensores. Alcancé a confirmar que Eva seguía a mi lado antes de llegar a ellos—. Ordené a Cosme que llevara a mi encargada de Relaciones Públicas y nuestros abogados para analizar qué opciones tenemos.

—Ella siempre me dio mala espina, sabes —dijo Eva—. Había algo que...

La callé con mi mirada. Esas malditas náuseas volvieron, pero en menor intensidad. No tuve ningún problema en ponerlas bajo control con sólo mi respiración.

Eva lo notó y puso su mano encima de mi hombro mientras se acercaba y miraba mi rostro. —¿Estás seguro que estás bien? —preguntó, tocando con su palma mi frente— Estás algo pálido, y estás sudando frío... ¿tuviste un ataque de ansiedad?

Tomé su mano y di un paso hacia atrás. —Estaré bien.

Cuando llegó el ascensor entré, giré, y levanté mi mano para detener a Eva antes de que subiera.

—¿No necesitas que hablemos de...? —dijo.

—No —bajé mi mano—, pero necesito un momento a solas. Vete a trabajar, Eva.

—Sí, Logan —dijo un tanto decepcionada.

Las puertas del ascensor se cerraron, y miré de nuevo mi reflejo en el acero pulido. Ahí vi mis ojos, de nuevo humedecidos, amenazando con dejar salir sentimientos que afloraban cada vez más. El médico en mí sabía que tarde o temprano tendría que dejarlos salir de alguna manera.

—No —dije, acercándome a mi reflejo—. Ni una lágrima, Logan.

“Ella me traicionó,” pensé, mirando la esquina de mi ojo y tensando cada músculo del rostro. *“Puso en riesgo todo en lo que he trabajado, no merece siquiera una sola lágrima. No le daré eso.”*

Respiré tan profundo como pude, alcé el mentón, y metí mis manos a los bolsillos de mi pantalón.

—Ni... una... lágrima —me dije a mí mismo.

Me bajé en la planta de mi oficina y caminé hacia ella. Cuando me acerqué Cosme se levantó de su escritorio y me interceptó a menos de un metro de la puerta.

—Richard te está esperando —dijo, casi como un susurro. Lo miré a los ojos y supe que había algo más que necesitaba decirme—. Acaba de tener una junta sin ti con algunos miembros de la junta directiva.

Suspiré y asentí. —Gracias por el aviso, amigo mío.

Entré y vi a Richard mirando por la ventana detrás de mi escritorio. Él giró y mi primer pensamiento fue borrarle esa sonrisa de un puñetazo.

—Asumo que ya está bajo custodia la susodicha traidora —dijo.

—Tengo mucho trabajo que hacer, Richard —dije, sentándome en el escritorio—. No estoy de humor para tus juegos.

—Haz tiempo, hermanito —dijo Richard, inclinándose a mi lado—, porque acabo de solicitar una reunión de emergencia de la junta directiva de la compañía. ¿Cómo crees que se verá ante nuestros accionistas que estuvieras follándote a la mujer que filtró esa información y puso en peligro tu preciado proyecto millonario y el prestigio de esta compañía?

Resoplé y me levanté. —De verdad que eres un hijo de puta, Richard.

—Cuidado, Logan —dijo entre risas—, esa puta también es tu madre.

—Ya me parecía que estabas siendo demasiado servicial.

—Sí —dijo, sentándose encima de mi escritorio—, me pareció extraño que no te mostraras más desconfiado hacia mí. Otro indicador de que has perdido tu toque, hermanito. Realmente no

fue difícil aprovecharme de la situación.

—Los demás miembros de la junta directiva no lo verán así, Richard.

—No todos, pero sí los suficientes, Logan —Richard se bajó de mi escritorio, tiró de las solapas de su chaqueta y se acercó a mí—. Suficientes para recuperar lo que debió haber sido mío desde un principio.

—Estás tonto si crees que...

—Debiste haber escuchado a tus propios consejos, Logan —dijo Richard—. Eso de acostarte con una empleada sólo puede traerte problemas, y más si la empleada en cuestión tiene el pasado de esa tal Dolly Villanueva —caminó hacia la salida de mi oficina—. De verdad, Logan, era guapa pero igual que otras opciones de mejor pedigrí, ¿por qué esa cualquiera?

Lo miré hasta que llegó a mi puerta y tomó el pomo. —Hay un error en tu estrategia, Richard —dije, y él se quedó quieto—: necesitas que la Pulsera Rx fracase para demostrar mi incompetencia como CEO, y eso no pasará si mi trato con el Hospital San Rafael se mantiene.

Richard dejó salir una risilla. —¿Aún piensas que puedes rescatar ese trato?

—Como te dije —rodeé el escritorio y me senté en la silla de nuevo—, tengo trabajo que hacer.

Él no dijo nada, sólo salió de mi oficina. Miré la pantalla del ordenador y alcancé a ver un correo electrónico sin leer de Dolly con fecha del día anterior.

Respiré profundo, apreté mis labios, y lo borré sin siquiera leerlo. Los ojos me ardían de nuevo, pero los cerré con todas mis fuerzas y contuve esas estúpidas y tercas lágrimas que insistían en salir.

—Ni... una... lágrima.

Capítulo 26.

Dolly

—¿Malena y tú siguen viviendo en esta pocilga? —dijo Rodrigo al estacionar su Porche frente a mi edificio.

—¿Con el alquiler que nos conseguiste cuando demandamos al imbécil de nuestro arrendador? —pregunté con una sonrisa— Por supuesto que sí.

Le miré de reojo y estaba mirándome con esos ojos azules que siempre me habían hecho pensar que su alma era de hielo sólido, lo cual explicaría por qué era tan buen abogado. Joder, era tan bueno para doblegar a cualquier policía o detective con su lengua disparando jerga legal como yo lo era con un ordenador.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo, saliendo del coche al mismo tiempo que yo—. Quiero saludar a mi modelo favorita.

—Lo que quieres es sorprenderla en bragas —le dije al tenerlo de frente.

—Un chico puede soñar, ¿no? —preguntó con esa mueca creída que siempre he querido borrarle de una bofetada, pero nunca lo he hecho porque, a pesar de su actitud pesada, Rodrigo era una buena persona.

—Gracias por ayudarme —le dije, abrazándome y encogiéndome de hombros—. Mándame la factura de tus servicios y veré cómo...

—Considerando todas las veces que me has ayudado, Dolly, movería cielo y tierra si eso fuera lo necesario para sacarte de algún apuro —dijo mientras entrábamos a mi edificio—. Sólo conseguí que no te levantaran los cargos en este momento, pero sigue la investigación. Recuerda las palabras mágicas si la policía quiere volverte a entrevistar.

—Lo sé, lo sé —dije entre risas y negando con la cabeza—: hablen con mi abogado.

Mientras subía las escaleras el rostro de Logan seguía atormentándome. El verlo mirarme con ese coraje me retorció por dentro, enterrando todavía más aquel cuchillo que desgarraba todo a su paso, y ha seguido haciéndolo todo el tiempo desde que estuve en la comisaría de policía hasta ese momento en que estaba a unos pasos de mi puerta.

—¡Que te largues de aquí ahora mismo! —gritó Malena dentro de mi apartamento, seguido de vidrio rompiéndose— ¡Déjame!

Rodrigo me pasó corriendo y derribó la puerta con el hombro. Cuando entramos vi a Malena tratando de liberarse de su ex novio, que la estaba sosteniendo de los brazos.

—¡Suéltala, imbécil! —grité, tomando el bate junto a mi puerta.

El tipo la soltó al verme acercarme a él con todas las intenciones de molerlo a palos. Malena se acercó a él y le dio una tremenda bofetada que le hizo caer de rodillas agarrándose la cara, confirmando mi teoría que ella poseía demasiada fuerza para su frágil complexión.

—¡Estúpida! —gritó al mirarse la mano ensangrentada producto de un corte en su mejilla.

Se levantó y juró que habría embestido a Malena por dañarle su delicado rostro de no ser por Rodrigo que se paró frente a él y le puso la mano en el pecho. —Da gracias que eso es todo lo que hizo —dijo, apuntando a su mejilla cortada—. Ahora lárgate antes de que te ate como a un cerdo, llame a la policía, y me asegure que no vuelvas a ver la luz del día.

—Ya lo oíste, Gustavo —dijo Malena, arrebatándome el bate—. Lárgate, y no vuelvas a buscarme nunca.

—Malena, nena —se levantó y dio un paso hacia ella, pero en cuanto Malena levantó el bate él levantó los brazos y cubrió su rostro—. ¡Está bien! Perra loca, pero me volverás a buscar, y olvídate de volver a trabajar en...

—¡Vale! —dijo Rodrigo al agarrarle de la camisa para luego sacarlo a rastras del apartamento— Escucha bien, machito de mierda, si me llega un solo rumor de que estás negándole trabajo a aquel hermoso ejemplar de mujer voy a demandarte hasta los calzones.

—¿Tienes idea de quién...?

—No, no sé quién eres —dijo Rodrigo, tomando la puerta con una mano—. Pero yo soy Rodrigo Riquelme. Pregunta por mí, bombón, y decide si quieres cumplir esa amenaza —azotó la puerta, dio la vuelta, y ajustó su corbata mientras sonreía al vernos. —Chicas, con ustedes jamás hay un momento aburrido.

El crujir de la puerta al abrirse nos hizo girar para verla.

—Rompió tu figura de la virgen —dije, notando los pedazos de cerámica junto a una mesa caída.

—Yo me encargo de la puerta, chicas —dijo Rodrigo, mirando los daños con su móvil en su oído—. ¡Ey! Te tengo trabajo. Voy a enviarte una dirección y...

Malena y yo nos miramos y abrazamos hasta quedarnos sin aliento.

—No ha sido una bonita semana —dijo Malena, sonriendo.

—¿Qué hacía ese estúpido aquí? —dije, quitándole el bate de su mano— ¿De verdad pensabas darle con esto?

Malena suspiró y pasó la mano entre su cabello. — Fui a una sesión de fotos hoy y me lo encontré allí. Trató de pasarse conmigo, pero no lo dejé —ella se sentó en uno de nuestros bancos—. Cuando regresé a casa él ya estaba esperándome fuera. “Aquí no tenemos que guardar apariencias, nena,” me dijo —la voz de Malena se quebró un poco, y se estremeció—. Parecía no entender el significado de la palabra “no.”

Rodrigo se acercó a ella y guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta. —Ya se fue, muñeca —dijo—. Dame el nombre de ese patán y me aseguro de conseguirte una orden de alejamiento.

En un rato vendrá alguien a reparar la puerta y ponerles un cerrojo de seguridad.

—Él nunca había hecho algo así —dijo Malena.

—Nunca le habías dicho que no —dije, sentándome en el reposabrazos de mi sillón—. Estoy orgullosa de ti, Malena. Ya era hora que lo mandaras a la mierda.

—No se lo digas a Juan, ¿vale? —me dijo Malena— Se va a morir de la preocupación.

—¿Quién es Juan? —preguntó Rodrigo, que había ido a nuestro refrigerador y sacado tres cervezas.

—Su novio —dije al acercarme a él y quitarle una de las botellas.

Miré la cerveza y mis ojos se humedecieron al segundo. Los cerré con todas mis fuerzas y bebí tanto de mi cerveza como pude, ahogando con éxito esas malditas emociones que no quería dejar salir en ese momento. *“Quizá más tarde, pero no ahora.”*

—Juan me contó lo que pasó —dijo Malena, sosteniendo la cerveza encima de sus muslos—. Dios mío, qué lío.

Sonreí alzando los brazos a los lados. —Fue lo mejor, Malena —dije—. Sirvió para quitarme la venda de los ojos. Logan se había portado demasiado bien conmigo, era casi el hombre perfecto, hasta me había atrevido a pensar que era el amor de mi vida —solté una risilla—. Pero claro, a la primera oportunidad que tuvo, igual que todos los hombres en mi vida, me jodió. ¡Y vaya que me jodió!

—Eh —interrumpió Rodrigo levantando su cerveza—, yo no te he jodido.

—¿Cómo llamarías la primera vez que trabajamos juntos cuando no me quisiste pagar todo lo acordado y tuve que extorsionarte para que lo hicieras?

—Lo pasado, pasado está, muñeca.

—Pruebas mi argumento —dije, mirando la botella de cerveza y dándome cuenta de lo poco que quedaba—. Todos los hombres joden.

—Dolly... —lamentó Malena.

—¿Y sabes que es lo peor? —dije sin darme cuenta que ya había lágrimas escapando de mis ojos— Que el imbécil ni lo hizo bien. O sea, él sabe que soy una puta diosa con los ordenadores. Si yo hubiera hecho, no habría forma de atraparme. Joder, su seguridad informática es un chiste.

Malena dejó su cerveza en la mesa de la cocina y caminó hacia mí.

—No hay problema si sólo quería follarme —dije, ignorando que mi voz estaba saliendo con sollozos—. Yo se lo dije cuando lo conocí. Pero me engañé pensando que no era el tipo de hombre que juega con los sentimientos de una chica y ¡me enamoro como una idiota!

—Dolly... —dijo Malena, tomándome de los hombros.

—Soy una idiota —dije, negando con la cabeza— ¡Soy una idiota por no verlo venir! ¡Debí verlo venir! ¡Debí...!

Malena me tiró hacia ella y me abrazó. Ahí me deshice en lágrimas y sollozos. Traté con todas mis fuerzas de reprimirlo, recordando mi juramento de no llorar por ningún tipo jamás, de no permitir a nadie herirme así. Pero mi corazón se retorció de dolor, y parecía que mis entrañas compartían el mismo sentir. De no ser por el abrazo de Malena me habría derrumbado.

Pegué mi rostro contra su hombro, y lo dejé salir todo, joder.

—No tendrás que preocuparte, Dolly —dijo Rodrigo—. Ahora que la policía sabe que me tienes de abogado tendrán que investigar a fondo sin enfocarse sólo en ti como sospechosa. Necesitarán armar un caso impecable si piensan acusarte.

—Pero yo no lo hice —dije, secándome las lágrimas—. Ni siquiera sabía que existía ese documento hasta el día de hoy... ¡Es más! —caminé rápido hacia mi habitación— Puedo analizar el archivo original de la página web del Diario para...

Al entrar a mi habitación la encontré desordenada, dejando en claro que la policía ya había ido a buscar pruebas en mi contra. Por supuesto, no estaban ni mi portátil ni mi ordenador de sobremesa.

Miré hacia la puerta y vi a Rodrigo entrando en mi habitación seguido de Malena.

—Lo siento —dijo mi amiga, encogiéndose de hombros y sobándose su mano—, tenían una orden judicial. No pude...

—Está bien, muñeca —dijo Rodrigo, mirándola de reojo—, no había nada que pudieras hacer.

—Bueno —dije, resignada—, estaba ahorrando para comprar un portátil más moderno.

—Probablemente congelaron tus cuentas bancarias, Dolly —dijo Rodrigo caminando dentro de la habitación y mirando el desastre que me dejaron—. Después de todo, tienen como prueba un pago de cien mil dólares a tu cuenta.

—¿Es en serio? —dije, dejándome caer de sentón en la orilla de mi cama— Rodrigo, tengo que pagar renta, comida... ¡Tengo todo mi dinero en esa cuenta!

—Tú tranquila, yo me encargo —dijo con una sonrisa, luego sacó su billetera y de ella una tarjeta de crédito—. Compra el portátil que necesites, y paga lo que tengas que pagar —dejó la tarjeta en el escritorio— y cuando consiga que descongelen tu cuenta me pagas lo que gastes.

Sonreí. —Casi estás ganándote que trabaje como consultora para ti gratis en el futuro.

—Que no se diga que Rodrigo Riquelme no sabe ser agradecido.

—¿Pizza? —preguntó Malena, mirándome y luego a Rodrigo.

—De Santini's, por favor —dije como niña chiquita.

—De donde tú quieras, yo invito —dijo Malena antes de salir de la habitación.

—Yo no, gracias —dijo Rodrigo—. Me quedaré hasta que llegue mi chico a reparar su puerta. Descansa, muñeca. Has tenido un día para olvidar.

Suspiré. —Gracias, Rodrigo —dije antes de que cerrara la puerta de mi habitación.

Me quedé mirando el espacio vacío del escritorio donde habían tenido el portátil y luego donde estaba el ordenador de sobremesa. Cerré los ojos y lo primero que mi puta cabeza me mostró fue al imbécil de Logan mirándome enfurecido antes de destrozarme el corazón.

Mis ojos se humedecieron de nuevo, pero ya no tenía caso aguantarme. Me acosté, abracé mi almohada, y lo dejé todo salir tan callada como pude.

Ya no tenía sentido.

Capítulo 27.

Logan

—¡Directo a quirófano! —gritó quien asumí se trataba del médico encargado de la sala de urgencias del hospital.

Desde el puente que unía ambas alas del hospital yo tenía una vista sin obstáculos del área de ambulancias y su entrada a la sala de urgencias. El caos me hizo pensar en mi tiempo en San Francisco, y recordé que existía un orden bien practicado por parte de los paramédicos, enfermeras, y médicos. Había un motivo por el que el Hospital San Rafael era el centro médico de mayor prestigio en la región.

—¿Te trae recuerdos? —preguntó Eva, a quien vi de reojo cómo apoyaba sus manos en la barandilla. Una de ellas demasiado cerca de la mía, lo suficiente para rozarla.

Quitó mi mano y suspiré. —Una parte de mí extraña la adrenalina de tratar un paciente debatiéndose entre la vida y la muerte —dije, dando la vuelta y observando la puerta, detrás de la cual estaba el escritorio de la asistente del presidente del hospital—. Por eso quise estudiar medicina: salvar vidas.

—Sí, pero yo así no —dijo Eva, negando con la cabeza—. Estuve muy feliz cuando al fin terminé mi rotación de urgencias. Tú parecías disfrutarlo demasiado.

—No diría que demasiado —dije, caminando hacia el otro lado del puente, asomándome de la barandilla a la fuente debajo de nosotros—, pero sí suficiente.

Escuché los tacones de Eva cuando se acercó a mí. —¿Cómo te sientes?

Respiré profundo. —Debería estar nervioso —dije, mirando por un instante la puerta hacia la oficina del presidente—. Mi posición en la compañía depende de cerrar este acuerdo con el hospital. Pero estoy bien. Estoy... Sí, estoy bien.

—El presidente Espino no es ningún tonto, Logan —dijo Eva—. Sólo haz énfasis en el beneficio que una herramienta como la Pulsera Rx le daría a su sala de urgencias, y él sólo...

—Hemos hablado de esta reunión cientos de veces desde ayer, Eva —le dije, girando y apoyando mi trasero contra la barandilla del puente al mismo tiempo que cruzaba mis brazos—. No necesitamos repararlo por enésima vez.

—Vale, hablemos de otra cosa —dijo Eva con una sonrisa—. Me recomendaron un restaurante donde preparan una sopa de almejas deliciosa, y el mejor salmón asado que podrías comer. ¿Qué te parece si vamos después de la reunión, sea cual sea el resultado?

Arqueé una ceja y la miré a los ojos. —Gracias, Eva, pero no estoy de humor para salir a cenar —dije—. Sólo quiero ir a casa y sacar a pasear a Duquesa.

—Me gustaría hacerte compañía. Necesitas la distracción.

“*Por distracción es que estoy en este lío,*” pensé. —No, Eva —dije.

Eva pasó su mano encima de mi brazo, desde el codo hasta el final de la manga de mi chaqueta. Quité la mano cuando la suya me rozó y di un paso hacia enfrente al mismo tiempo que miraba la puerta cerrada.

Miré a Eva, buscando las palabras adecuadas para hacerle saber que dejara de insistir. Una notificación en el móvil detuvo mis pensamientos y lo primero que vino a mi cabeza fue el sonido de la risa de Dolly.

Lo saqué rápido. Mi corazón se retorció al ver que el remitente no era Dolly. Negué con la cabeza al abrir el mensaje.

Era de Cosme. —Dejaron ir a Dolly sin cargos, pero siguen investigando —decía el mensaje.

Sonreí por un instante, pero me obligué a borrar esa mueca de mi rostro. Que la policía no le imputara cargos no la exoneraba. Ella era un genio de los ordenadores, después de todo.

“*Aunque podría ser inocente,*” pensé, apoyando la esquina de mi móvil contra mi mentón.

Sin ser amortiguadas por la ira que me llenó en aquel momento, esas palabras retumbaron dentro de mi cabeza como una campana gigantesca y la posibilidad de que fueran ciertas provocaron una revuelta en mi estómago y un paro completo de mi respiración.

“*Hostia,*” pensé, poniendo mis manos en mis caderas y mirando al suelo.

—¿Qué sucede? —preguntó Eva— Te pusiste pálido.

—La policía dejó ir a Dolly —dije, levantando la cabeza y mirando al espacio.

—¿Pero por qué?! —Eva movió su cabeza de lado a lado— ¿Es que tu hermano no le entregó a la policía suficientes pruebas de que ella fue quien le envió el documento a la prensa?

—O tiene un muy buen abogado —dije, y luego sonreí—, o la policía no cree que hay suficientes pruebas para imputarle cargos.

—¿Y eso te alegra? —preguntó Eva. Cuando la miré era tan claro como un cristal que estaba furiosa.

—¿Disculpa?

—Esa mujer pone en riesgo el proyecto más importante de nuestras vidas, ¿y te pone contento que la policía la haya liberado?

Alcé el mentón y giré hasta estar de frente a Eva. —La policía seguirá investigando, igual que los auditores que contrató Richard y mi propio departamento de sistemas de información —dije.

—Eso no fue lo que te pregunté.

—Estoy contento que la policía esté investigando bien y no se apresuren a acusar a alguien sin antes haber terminado su investigación —dije—. Quiero que encuentren al culpable, no sólo alguien a quien culpar.

Eva respiró profundo y dio la vuelta. —Bueno, todavía podrían arrestarla —susurró para sí misma.

—¿Quieres que la arresten? —pregunté.

—¡Ella lo hizo, Logan! —dijo Eva— Estoy convencida de ello.

—¿Por qué? —pregunté, cruzando mis brazos.

Resopló y rio. —Se le ve en la cara, Logan —dijo—. Es una criminal.

—Señor Dreschner —llamaron desde la puerta. Miré en esa dirección y vi a la asistente del presidente asomándose—. Puede pasar.

Miré de reojo a través de las ventanas de su oficina y vi al presidente del hospital colgar su bata en un perchero detrás de su escritorio.

—No hemos terminado —dijo Eva cuando di un paso en dirección a la oficina.

—Ya dijimos lo que teníamos que decir sobre el tema —dije, ajustando las solapas de mi chaqueta.

Eva asintió y suspiró. —Te esperaré en el coche.

—Regresa a la oficina —le dije... no, le ordené—. Iré directo a mi casa cuando termine la reunión con el presidente.

—Logan, yo...

—¿Acaso tartamudeé? —dije, mirándola a los ojos— Vete, Eva.

Ella respiró profundo y esforzó una sonrisa. —Vale —dijo.

Pase por la puerta. Miré a la asistente del presidente y ella asintió estando al teléfono con alguien. Entré a la oficina y vi al presidente sentado detrás de su escritorio leyendo una carpeta en su escritorio, sin duda un historial clínico de algún tipo.

—¿Un caso interesante? —pregunté al dar un par de pasos dentro de la oficina.

—Triste, en realidad —dijo el presidente, cerrando la carpeta y enderezándose en su asiento—. Neuroblastoma en un niño de cuatro años.

—El cáncer en un niño siempre será triste —dije, tomando asiento frente al escritorio del presidente—. Esos casos siempre me afectaban durante mi residencia en San Francisco.

—¡Es cierto! —dijo el presidente, asintiendo— Eva me comentó que ambos hicieron sus residencias juntos.

—Ella se volvió patóloga —dije, juntando mis manos abiertas frente a mí y dejé salir una risilla—, y yo presidente de DMT.

—Fue cuando su padre enfermo, ¿no es así?

Asentí. —Así es —dije—. Recibió tratamiento en este hospital.

—El doctor Peralta, según su archivo —dijo el presidente con una sonrisa—. Se retiró hace unos años.

—Era un excelente médico —dije, sonriendo, recordando el trato que nos dio a mi padre, a mi madre y a mí durante aquel tiempo—. Su sucesor tiene una excelente reputación. Está haciendo cosas muy interesantes con sus nuevos protocolos de trasplantes.

—Si hay algo de lo que estoy orgulloso es de dirigir un hospital vanguardista en el campo de la medicina —dijo el presidente con una sonrisa—. Por eso sospecho que está aquí.

Reí y asentí. —La Pulsera Rx.

—La Pulsera Rx —repitió el presidente, tomando una edición del Diario de Ciudad del Sol—. Algunos de los miembros del consejo administrativo del hospital quieren que cancele las pruebas que habíamos programado en el hospital. Este artículo no le favorece.

—A decir verdad, sí lo hace —dije, apuntando al periódico, y provocando que el presidente arqueara una ceja—. Doctor Espino, la idea de hacer pruebas instantáneas que a un laboratorio le tomaría horas o días realizar supone una cantidad enorme de obstáculos a superar —apunté hacia el artículo—. Esa nota menciona la cantidad de falsos-positivos que arrojaban los prototipos, pero no menciona que la causa de ello era la cantidad masiva de información que había que interpretar.

—¿Y lo han solucionado?

Sonreí. —Usted mismo vio la Pulsera Rx en acción hace unos días —dije—. Sus médicos tomaron muestras ese día y su laboratorio ya las debió haber analizado. ¿Alguna de ellas difirió con los resultados de la Pulsera?

El presidente me miró unos momentos antes de girar hacia su derecha y tomar una carpeta cerrada encima de otra pila de documentos. La abrió, leyó unos segundos, y me entregó el documento.

—Ningún error —dijo mientras lo comprobaba—. Debo reconocer que es impresionante.

—No es impresionante, señor presidente —dije, dejando la carpeta en su escritorio—, es *vanguardista*.

El doctor rio y asintió. —¿Cómo solucionó el problema?

El rostro sonriente de Dolly vino a mi cabeza, y no pude más que sonreír también. —Encontré a la persona correcta... Para hacer el trabajo.

El presidente respiró profundo y miró hacia la ventana de su oficina antes de estampar su mano abierta en su escritorio. —Creo que podemos llegar a un acuerdo.

Ambos nos levantamos de nuestros asientos y estrechamos manos. Quise explotar a carcajadas en ese momento cuando el peso de mi futuro inmediato desapareció de mi espalda.

—Haga llegar el papeleo para que nuestro departamento legal lo revise —dijo el presidente.

—Dejemos que los abogados hagan su trabajo, mientras salimos a brindar nuestra asociación

que espero se convierta en un hito en la historia de la medicina —dije al soltar su mano.

El presidente rio. —Es usted muy amable, señor Dreschner —dijo antes de suspirar—, pero hoy es mi aniversario de bodas, y ya tengo un compromiso con mi media naranja.

Sonreí y asentí. —¡Felicidades!

—¿Hay alguien especial en su vida?

Un hueco en mi pecho salió de la nada para robarme el aliento. Dolly regresó a mi cabeza, esta vez su sonrisa, su cabello desaliñado, y su aroma. Identifiqué al instante lo que podía llenar ese hueco en mi interior, y suspiré.

—Ya no —dije, luego reí—. No lo sé, probablemente no.

El presidente apretó sus labios e inclinó su cabeza a un lado por un instante. —Si me permite un consejo, señor Dreschner —dijo, tomando asiento detrás de su escritorio—, si esta persona es capaz de hacer a un hombre como usted sonreír como un adolescente enamorado, quizá se trate de alguien que valga la pena.

Ajusté mis solapas y metí una mano dentro del bolsillo de mi pantalón. —Agradezco el consejo, doctor —dije—. Disfrute su aniversario.

Salí de la oficina y me detuve ante la asistente del doctor. —Perdone, ¿en qué restaurante tiene la reserva el doctor Espino para su cena de aniversario? —le pregunté, ganándome una mirada sospechosa por parte de ella— Quisiera enviarles una botella de champán.

La asistente sonrió aliviada. —Barb's Bistro —susurró—, la reservación está a nombre de él.

—Gracias.

Me alejé despacio, considerando el consejo del presidente con mayor intensidad con cada paso que daba.

“Quizá valga la pena,” pensé. “Quizá.”

Capítulo 28.

Dolly

—Quiero ver ese —dije, apuntando a un portátil detrás de Enrico después de haber visto otros equipos que tenía en su almacén.

—Buen ojo, chiquita —dijo, bajándolo y entregándomelo—. Era de tu amigo Ofiuco, me la vendió a cuenta de una...

—¡Puag! —dije, regresándosela justo cuando estaba a punto de levantar la pantalla— No gracias, no hay suficiente alcohol en el mundo para limpiar lo que de seguro le cayó a esta cosa.

Enrico entrecerró sus ojos cuando regresó el equipo a su lugar. —¿Era fanático del porno?

—¿No la has revisado?

—Ahora no quiero —dijo Enrico, sacando un cigarro de su cajetilla y poniéndolo en su boca—. ¿Qué tal esta? —dijo, encendiendo el cigarro y luego apuntando a uno antes de bajarlo— Es un portátil para juegos, pero el disco duro no funciona así que pude comprarlo barato.

—Eso no me preocupa —dije con una sonrisa al tomarla y ver el grabado de la cabeza de un marciano en la tapa—, vamos a ver... —la encendí y mantuve una tecla presionada para entrar a la configuración y ver qué clase de máquina era— Mientras todo lo demás...

Enrico rio mientras daba una fumada a su cigarro. —Sabía que regresarías, nena.

Resoplé y negué con la cabeza. —No he regresado —le dije, aguantando la sonrisa al ver que era un mejor portátil que el mío—. Sólo necesito lo que hay en esa lista.

—Mi chico ya debe tener lo que necesitas en el mostrador —dijo Enrico—. Sabes, hemos trabajado tantas veces juntos que sé para qué necesitas todo eso.

Le miré de reojo antes de apagar la portátil. —Me llevo este, junto con un disco duro de estado sólido de medio tera.

—Quieres penetrar una red de alta seguridad —dijo Enrico, tomando el portátil y siguiéndome hacia la puerta para llegar al mostrador de su casa de empeños.

Le miré, resoplé y giré los ojos hacia arriba, y él rio antes de acelerar su andar y abrirme la puerta. —No necesitas saber los detalles —dije al pasar y dirigirme a donde el empleado de Enrico ya tenía las cosas que le había pedido frente a él encima del mostrador—, ¿cuánto?

El empleado miró a su jefe. —Son...

—Todo gratis si me incluyes en lo que sea que estés planeando y me des una tajada.

Reí y asentí. —No voy a robar nada, Enrico.

—¿Entonces para qué quieres todo esto? —preguntó— Sólo lo necesitas si quieres conseguir información valiosa de un servidor seguro y luego venderla al mejor postor.

Suspiré. “*Sabía que venir aquí sería un error. Este gilipollas no dejará de insistir,*” pensé. —Vale —dije—, acertaste con la primera parte.

—Perfecto —dijo, sobándose las manos y luego miró a su empleado—. Los adultos vamos a hablar, danos espacio.

Esperé a que se alejara antes de mirar a Enrico a los ojos y apoyar mis manos en el mostrador. —Me inculparon algo que no hice —dije—, y en esa red están las pruebas de ello.

Enrico dio una calada al cigarro y asintió. —Entonces no es un trabajo —dijo sin hacer el menor intento de ocultar su decepción.

Me encogí de hombros. —Lo siento —dije con una sonrisa—. No espero que me des precio especial ni nada —miré dentro de la bolsa y comprobé que estuvieran las cosas que había pedido—. Te pagaré precio de público. Esto es algo personal.

Enrico rio y dejó caer la ceniza en el piso a su lado. —No digas tonterías, Dolly —dijo—. Todo será gratis si me haces un pequeño trabajito después que termines con tu cruzada.

Iba a mandarlo tan educadamente al demonio como podía, pero por un instante entretuve la idea de volver a hacer esos trabajos. Después de todo, el dinero era mucho mejor, y casi siempre más emocionante.

Pero nunca me sentí tan bien como cuando vi lo que mi trabajo honrado había logrado. La Pulsera Rx ayudaría a mucha gente, y yo contribuí a eso. Ninguna cantidad de dinero que había conseguido en el pasado había provocado semejante calidez en mi interior como cuando me di cuenta de aquello.

Quería más de eso.

—Cariño, siempre estaré agradecida contigo por las oportunidades que me has dado —dije, tomándole su otra mano—, pero no regresaré a esta vida.

—Nena, por favor —dijo dando brinquitos como niño pequeño a punto de hacer una rabieta—, ya no quiero tener que trabajar con Maximus —solté una carcajada y bajé la mirada—. Es raro, me obliga a usar mascarilla cuando estoy cerca de él, y su casa huele raro.

—¡Sus formas son de conocimiento público, Enrico! —dije entre risas— Con él sabes con lo que te estás metiendo.

—Pero contigo siempre fue mejor, Dolly —dijo, dejando su cigarrillo en un cenicero antes de tomarme mi mano con las dos—. Eres chispa, divertida, siempre hueles bien.

—Es ese champú que compra Malena —dije—. Te puedo decir dónde lo compra, si quieres.

Enrico asintió y apretó sus labios. —¿Segura que no hay nada con lo que pueda convencerte?

—No, Enrico —dije, negando con la cabeza—. Aunque no lo he pasado muy bien estos últimos días, no me arrepiento de ganar mi dinero honradamente.

—¿Aunque fuera considerablemente menos?

—Aunque fuera considerablemente menos.

Enrico apretó sus labios y asintió. —Mis puertas siempre están abiertas para ti, nena—dijo, apagando su cigarrillo en el cenicero—. Iré por ese disco duro que necesitas.

Escuché la campana de la puerta del lugar sonar, y cuando volteé vi a Juan y Malena entrar.

—¿Qué rayos están haciendo? —dije, apurándome con ellos— Les dije que me esperaran en el coche.

—Eso hacíamos —dijo Malena, mirando a Juan—, hasta que le dije a qué veníamos.

—Malena, voy a... —le dije, haciendo con mis manos un ademán de querer ahorcarla.

—Dijiste que sólo comprarías un portátil nuevo —dijo Juan—, no que pensabas hackear de verdad la red de la compañía.

—¿De qué otra forma voy a limpiar mi nombre? —pregunté.

—¡Dejando a la policía hacer su trabajo!

Escuchamos una carcajada detrás del mostrador. Miré en esa dirección y Enrico estaba esforzándose por recuperar su aliento, ganándose una mirada de Juan.

—Mira, no voy a esperar a que esos torpes de la policía hagan lo que a mí me tomará una hora o dos, a lo más —dije—. Reviso el archivo que el Diario tiene, comparo los metadatos con...

—Sé lo que piensas hacer, Dolly —dijo Juan—, pero si te atrapan...

—¿Puedo interrumpir? —dijo Enrico, llamando toda nuestra atención— A Dolly no la atraparán si ella no quiere ser atrapada, mi querido Hulk.

Miré a Malena y estaba más seria de lo normal. —¿Tú qué opinas?

—Estoy con Juan en esto, amiga —dijo sin pensarlo—. ¿Qué ganas? No es como si fueras a recuperar tu empleo.

—¿Es por Logan? —preguntó Juan, haciéndome resoplar y caminar hacia otro mostrador de la casa de empeño.

—Claro que no —dijo Malena—, ¿verdad?

—No —dije, girando a verlos mirándome confundido—. No lo hago por él.

—¿Entonces? —preguntó Enrico, apoyando su codo en el mostrador y su mentón en su mano abierta.

—¿A ti qué te importa? —le pregunté.

—Curiosidad, nena —dijo, levantando con su otra mano el disco duro que le había pedido—, y preocupación por una excelente empleada.

—No soy tu empleada.

—Trabajador independiente, entonces —dijo Enrico.

Suspiré y sonreí. Aunque me mostraba fastidiada en ese momento debía reconocer que existía una calidez en mi pecho por aquellas personas preocupándose por mí.

—Hago esto por mí —dije—, porque no podré verme en el espejo sabiendo que permití que alguien me pisoteara de esta manera. No es que no sea una ladrona. Tú sabes —apunté a Enrico— que soy una excelente ladrona de información. Yo jamás habría dejado mis huellas en esto.

—¿Es en serio? —preguntó Juan sin poder ocultar que su rostro se ponía rojo del coraje— ¿Haces esto para que no piensen que eres una mala ladrona?

Sonreí y acaricé su rostro. —Pequeño Juan, también lo hago para demostrarte a ti que yo no hice esto, porque tú fuiste quien me dio la oportunidad —él abrió la boca, pero se la cubrí con mi mano—, y antes de que digas que debería dejárselo a la policía te puedo asegurar que no tienen a alguien que sea tan buena como yo, y no voy a poner mi destino en manos de aficionados vestidos de azul.

Ví a Malena, y estaba sonriendo de oreja a oreja. —Siempre tan ruda —dijo—. Es lo que me encanta de ti.

—¿Y qué clase de ejemplo te estaría dando si no regresara el golpe cuando me han atacado? —le pregunté guiñando el ojo. Malena rio y me abrazó. No lo pensé dos veces y le correspondí el gesto de la misma manera.

Escuché sollozos detrás de mí. Giré y vi a Enrico tratando de ocultar una lágrima que alcanzó a escapar.

—¿Está bien, jefe? —preguntó su empleado.

—Ni una palabra de esto a nadie, ¿entiendes? —dijo, apuntándole a su empleado con el dedo, quien se alejó aguantando la risa.

—¿Entonces? —le pregunté a Enrico— ¿Qué precio me vas a dar?

Capítulo 29.

Logan

—Debo reconocerlo, hermanito —dijo Richard mientras volvíamos a mi oficina tras salir de la reunión con la junta directiva donde intentó arrebatarme el control de la compañía—, no pensé que fueras a lograrlo.

—Lamento haberte arruinado tu pequeño golpe de estado, *Ricky* —le dije, dándole una palmada en la espalda. Él se detuvo y respiró profundo mientras yo continuaba caminando—. Si me disculpas.

Cosme se levantó de su escritorio y caminó hasta ponerse en mi camino, cerrándome el paso hacia mi oficina. —¿Sigues siendo mi jefe?

Giré mi cabeza para alcanzar a ver a Richard alejarse murmurando para sí mismo hacia su oficina. —Todavía, amigo mío —le dije, dándole una palmada en el hombro antes de intentar rodearlo.

—Bien —Cosme se interpuso en mi camino hacia la oficina. Cuando le miré estaba sonriendo, pero mucho más de lo que solía hacerlo con naturalidad. Estaba asintiendo rápido, y no parecía poder mantener su mirada quieta en mí.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—No me despidas, ¿vale?

Entrecerré mis ojos. —¿Por qué haría eso?

Cosme se hizo a un lado e hizo un ademán indicándome que siguiera caminando. Le miré mientras entraba a mi oficina. Al entrar y mirar hacia mi escritorio me quedé en blanco.

Dolly estaba de pie, mirando hacia la puerta. Todo mi ser tembló al verla, como una corriente de voltaje inmensurable haciendo estragos por todo el interior de mi cuerpo, encendiendo alarmas de mi cabeza.

Giré rápido, y vi a Cosme cerrar la puerta detrás de mí con una sonrisa y sus cejas alzadas.

—No lo despidas, ¿vale? —dijo Dolly mientras yo seguía observando mi puerta cerrada.

Me quedé sin palabras unos instantes. Cerré mis ojos y respiré profundo. —¿Él te dejó entrar? —pregunté. No podía abrir los ojos, girar y verla. Estaba clavado en esa posición. Sólo podía respirar y hablar. Pero no verla, por más que mi corazón me rogara hacerlo.

—Él y Juan —dijo, y yo suspiré—, y quizá soborné al guardia del vestíbulo para que me dejara pasar.

No pude contener una sonrisa. Negué un poco con la cabeza mientras ponía mi palma contra la

puerta y ponía la otra en mi cadera.

Di la vuelta con la mirada hacia el exterior de mi ventana. —¿Qué haces aquí?

Por fin pude verla bien. Tenía las manos juntas frente a sus piernas. Aunque trajera pantalón no pude evitar recordar su suavidad y su frescura cuando mis manos exploraban sus muslos. Sólo podía recordar lo fría que tenía la piel de sus piernas, y cómo el brindarles calor se había vuelto mi pasatiempo favorito.

Debería haber pensado en que aún estaba siendo investigada por filtrar un documento que puso en peligro mi trato con el Hospital San Rafael y mi posición en la compañía. Debería haber pensado en que tomó la confianza que le di y la hizo pedazos con sus acciones.

Pero sólo podía pensar en la frescura de su piel, y en su sonrisa nerviosa.

—Necesito que sepas algo —dijo, levantando las manos frente a su pecho y agarrando una de sus muñecas mientras abría y cerraba su otra mano—. Yo no lo hice.

—Dolly... —dije, negando con la cabeza mientras caminaba hacia ella—. Sé que no te levantaron cargos, pero...

—¿Crees en mí? —dijo, y luego soltó una carcajada mientras pasaba una mano entre su cabello— No te pregunto si crees que soy inocente o no. Ya conozco la respuesta a esa pregunta. Pero...

—Dolly —levanté mi mano y negué con la cabeza—, no es que no crea que seas inocente, pero las pruebas que me mostraron...

—Lo sé, Logan —ella movió su cabeza de arriba abajo con una sonrisa que detuvo mi pensamiento—, pero quiero saber si crees que soy buena en mi trabajo.

Me detuve a la mitad de mi oficina, metí una mano a mi bolsillo, y asentí. —Sí —dije—. Creo que eres excelente en tu trabajo.

—Mira —dijo, levantando sus manos a los lados—, no soy ninguna santa. Jamás te mentí al respecto. Nunca te conté todos los detalles no porque no confiara en ti, sino porque es algo de mi pasado, un capítulo que cerré y no tengo intenciones de volver a ello.

Ella suspiró antes de sacar el móvil de su pantalón.

—Pero soy buena, Logan —continuó, ajustando sus gafas con una mano y con la otra sostenía su móvil mientras deslizaba su pulgar encima de la pantalla sin quitarme la vista de encima—. Y no me refiero a que soy buena programando y cosas así —tocaron la puerta de mi oficina, y Dolly apuntó hacia ella—. Abre la puerta. Es Richard.

Entrecerré mis ojos. —¿Cómo sabes?

—Porque recibió un mensaje tuyo pidiéndole que viniera a tu oficina.

Saqué mi móvil, lo desbloquéé, y encontré en la bandeja de enviados un mensaje enviado apenas un minuto atrás. Un mensaje que yo no había escrito.

—¿Cómo...?

—Te lo dije —dijo Dolly con una sonrisa pícaro—. Soy buena. *Muy* buena. Esas veces que te dije que la seguridad informática de tu compañía era un chiste para mí... Bueno, sonaba como chiste, pero era la verdad.

Tocaron a la puerta de nuevo. Miré a Dolly quedarse quieta frente a mi escritorio mientras caminaba hacia atrás sin dejar de verla hasta que debí girar para abrirla a Richard.

—¿No has terminado de regodearte de tu victoria, hermanito? —preguntó mientras entraba a mi oficina sin ocultar su fastidio. Se detuvo tras dar unos pasos y mirar a Dolly, que le saludaba con la mano— ¿Qué hace ella aquí?

—Vine a decirte que pidas que te devuelvan tu dinero, guapo —dijo Dolly, cruzando sus brazos—. Esa compañía de seguridad informática que contrataste no sirve ni para cambiar la contraseña de un correo electrónico.

Richard soltó una carcajada, se quitó sus gafas un momento, y luego volvió a ponérselas. —¿Quién coño crees que eres?

—Isabel petirrojo cuarenta y siete —dijo, y Richard se quedó como si le hubiera caído una cubeta de agua helada encima—. Todo en minúsculas, sin espacios. Necesitas una mejor contraseña, guapo.

—¿El nombre de tu ex esposa es tu contraseña? —pregunté entre risas al pasar junto a él— Debería estar sorprendido, pero siempre sospeché que jamás la superaste.

—Váyanse al diablo los dos —dijo Richard, apuntando su mano hacia mí, y luego hacia Dolly—. Y tú, más te vale que...

—Ahórrate las amenazas, *Ricky* —dijo Dolly—. Vine a hacerles un favor a los dos.

—¿Un favor? —pregunté.

—Sé quién filtró la información —dijo Dolly—. Podría explicarles paso a paso cómo rastree el documento que recibió el reportero, pero ni lo entenderían —inclinó su cabeza hacia Richard—. Al principio esperaba que fueras tú, pero tus correos electrónicos y mensajes de texto dejaron claro que no tuviste nada que ver con eso. Es más, consultaste con otro bufete de abogados las opciones legales de la compañía.

Miré a mi hermano, y él puso sus manos en sus caderas y negó con la cabeza. —Me sorprendes, Richard. ¿Viendo por el bienestar de la compañía?

—No te emociones, Logan —dijo—. Estaba preparado para *quitarte* la compañía si tu trato con el Hospital San Rafael se desmoronaba.

—Eso es cierto —dijo Dolly, asintiendo.

—Pero si no fue Richard... —dije.

Tocaron de nuevo a la puerta. Miré a Dolly, y su expresión fue idéntica a la de un médico recién salido de la facultad a punto de darle malas noticias por primera vez a un familiar.

—Adelante —grité sin dejar de ver a Dolly. Su rostro estaba tenso y había una intención agresiva en su mirada que de seguro ni siquiera intentaba ocultar.

Escuché los pasos de tacones altos entrar a mi oficina, y supe quién era antes de siquiera voltear. Miré hacia allá y ahí estaba Eva traspasando la puerta de mi oficina.

—Ella es quien envió el documento —dijo Dolly, y Eva detuvo su caminar—, y lo hizo desde mi ordenador de trabajo. Juan siempre me dijo que no debería dejar el ordenador sin bloquearla. ¡Qué manera de aprender la lección!

Eva rio nerviosa mientras la observaba, tratando de darle sentido a lo que acaba de escuchar. —¿Disculpa? —dijo ella— ¿Qué clase de acusación es...?

Mi móvil sonó, igual que los de Richard y Eva. Miré de reojo a Dolly y tenía su móvil en la mano frente a ella.

Recibí un archivo de vídeo. En él Eva estaba sentada en el puesto de trabajo de Dolly tecleando algo.

—Fue a la hora en que enviaron el correo electrónico desde mi cuenta a la del reportero —dijo Dolly—. No hay registro en las cámaras de seguridad porque ella le pagó a un guardia para que lo borrarán. Pero hay un pequeño detalle: tu sistema de seguridad sube videos a un servidor externo, y el guardia olvidó borrar ese respaldo.

Nuestros móviles sonaron de nuevo, y esta vez recibimos un estado de cuenta del banco de Eva, donde venía marcada una transferencia de dos mil dólares.

—Te daré el nombre del guardia —dijo Dolly—. Imagino que a él sí lo querrás despedir.

—Definitivamente —dije, guardando el móvil en el bolsillo de mi chaqueta.

Miré a Eva a los ojos mientras caminaba hacia ella. Levantó la cabeza y sonrió cuando estuve a unos pasos.

—No creerás estas tonterías, ¿verdad? —dijo, negando con la cabeza— Yo jamás habría hecho esto. Me conoces, Logan, soy yo.

—Amiga, lo hice —escuché la voz grabada de Eva detrás de mí, y ella quedó boquiabierta—. Logan se lo creyó todo, hasta se enfrentó a ella y vio cómo se la llevaba la policía. Ahora sólo necesito tenerlo a solas y...

—Es el mensaje que le dejaste a tu amiga Ofelia Hernández de San Francisco ese mismo día después de mi arresto —dijo Dolly.

—Logan, esto es una locura —dijo Eva, tratando de agarrarme las manos, pero di un paso atrás para evitar que lo hiciera.

—No, Eva —moví la cabeza de lado a lado, giré y caminé de vuelta a mi escritorio apretando el puño dentro de mi bolsillo—. Quiero que recojas tus cosas y te largues de mi compañía —dije rechinando los dientes.

—Déjame expli...

—¡No! —grité antes de dar la vuelta y caminar hacia ella— No existe una sola combinación de palabras en todo el español que pudiera convencerme de darte un minuto más de mi tiempo —

me detuve a centímetros de ella y acerqué mi rostro al suyo—. Considérate afortunada ya que sólo tienes que largarte y no volver a verme, porque nada me costaría levantar el teléfono y asegurarme que no vuelvas a trabajar en ningún hospital o laboratorio del país después de que mis abogados terminen de hacerte pedazos para quitarte hasta el último centavo que te pertenece.

El labio inferior de Eva temblaba. —Logan, te ruego...

—Tómalo como una última consideración en honor a la amistad que tuvimos —dije antes de dar un paso hacia atrás y dar la vuelta—. Si sigues dentro de mi oficina para cuando llegue al escritorio llamaré a seguridad y haré que te saquen a rastras.

Escuché sus pasos saliendo a toda prisa. Cuando llegué a mi silla y me senté ella ya se había ido.

Richard suspiró. —Definitivamente no quisiera tenerte de enemiga, cariño —dijo, acercándose a mi escritorio sin dejar de ver a Dolly—. Hermanito, sí que sabes elegir a tus mujeres.

Miré a Dolly que tenía las manos sobre el escritorio y apoyaba su trasero en él mientras miraba hacia enfrente.

—Hablamos luego, Richard —dije.

Él me miró, luego a Dolly, sonrió y asintió antes de salir de mi oficina.

Capítulo 30.

Dolly

—Entenderé si le entregas a la policía lo que encontraste —dijo Logan, apoyando los codos en el escritorio a la vez que envolvía su puño la otra mano abierta—. Eres quien está siendo investigada, después de todo.

Reí un poco y bajé la cabeza. —No lo haré —dije, mirando mi móvil y ejecutando el último programa que le había instalado—. Acabo de borrar lo que encontré. La policía no encontrará pruebas ni de ella ni de mí, con lo que ambas estaremos bien.

—¿De verdad puedes hacer todo eso con tu móvil? —preguntó como un niño asombrado.

—En realidad lo hice en mi ordenador —dije, guardándolo en el pantalón—, sólo activé los programas con mi móvil.

—Dolly...

Mi corazón se retorció al escucharle decir mi nombre de la manera en que lo hizo. —No hice esto por ti, Logan —dije, dando la vuelta y mirándole a los ojos—. Hice esto porque no soy alguien que se deje pisotear, ¿entiendes?

—Lo entiendo —dijo, sonriendo—. Gracias.

—Puedes agradecermelo con la mejor puta carta de recomendación que has escrito —dije entre risas.

Él rio y suspiró. Nos miramos a los ojos unos largos instantes en los que mi corazón aceleró demasiado, tanto que esperaba desmayarme de un momento a otro.

—Dolly, perdóname —dijo.

—No, Logan, no tienes que...

—Por supuesto que sí —se puso de pie—. Siempre pensé que el amor de una mujer sólo me distraería de mi trabajo, y me aferré tanto a esa idea que al ver las pruebas que había en tu contra reafirmé mi creencia sin siquiera darte el beneficio de la duda.

—Yo tampoco me porté como si lo mereciera —dije—. Aunque eran justificados, también dejé que me cegaran mis celos por... Lo siento, no puedo ser civilizada con ella.

—No tienes que serlo —dijo con una mueca traviesa.

—Gracias —reí—. *Esa zorra hija de puta* —ambos reímos, y suspiré—. No debí asumir nada. Debí hablar contigo. Debí...

—*Debimos* hablar —dijo, caminando alrededor de su escritorio—. No te vayas.

¡No sé cómo resistí soltarme a carcajadas nerviosas en ese momento! —¿Quieres que vuelva a trabajar para ti después de lo que pasó? —pregunté, bajando la cabeza cuando se acercó a mí.

—Me gustaría, pero me refería a que no te fueras de aquí en este momento —dijo, poniendo una mano en la parte baja de mi espalda dejando mi cuerpo ansioso por lo que tuviera pensado hacerme—. No confiar en tu inocencia desde un principio ha sido una de las mayores equivocaciones que he cometido en mi vida. Dame la oportunidad de remediarlo.

Le miré a los ojos por encima de mis gafas. Las acomodé y aguanté la respiración un instante. —¿Crees que puedes remediar lo que pasó?

Acercó más su rostro al mío, causando un alboroto en mi pecho cuyos impactos se esparcían por todo mi cuerpo. —Necesito pensar que sí —susurró, deslizando sus dedos desde mi mentón hacia la mejilla—. Hablémoslo.

Dejé salir una risilla. —Podría tomarme un café.

—Es un buen comienzo —dijo, acercando tanto su rostro al mío que mis labios rozaron los suyos.

No nos movimos por largos y exquisitos instantes. Aspiré con mi boca su sabor familiar que encendió mi pecho y aumentó la temperatura de mi ser hasta quemar cualquier pensamiento indeciso que me podría frenar.

Presioné mis labios contra los suyos, incapaz de resistirme más. Rodeé su cuello con mis brazos y le saboreé con la misma hambre y pasión que él mostraba para mí.

Estaba tan concentrada en sus labios que perdí el rastro de sus manos hasta que se aferraron a mi cintura y me levantaron.

Reí antes de que nuestro beso cobrara más intensidad en cuanto me subiera en su escritorio. Subí mi mano por su pecho y le liberé de su corbata como si llevara toda la vida haciendo lo mismo.

Deslicé su chaqueta y cuando él se sacudía para dejarla caer mientras yo desabrochaba los botones de su camisa escuché el crujir de la puerta de su oficina.

—¡Logan, vas a llegar tarde a...! —dijo Cosme.

Logan y yo nos carcajamos y pegamos nuestras frentes. Miré su rostro y temí por la vida de su asistente. Él dio la vuelta y miró a Cosme.

—¡Ay! ¿Estaban...? —preguntó con la sonrisa más idiota que le había conocido. Se quedó de pie en la entrada de la oficina de Logan mirándolos, y su sonrisa idiota se borró. —¿Acaso yo...?

—Sí —dije entre risas.

—¿Quieren que me...? —dijo, apuntando hacia atrás de él con su pulgar.

—Por favor —dijo Logan—. Pospón todas mis reuniones y toma nota de mis llamadas.

Di la vuelta, y reímos juntos. Me ofreció su mano, y dejé de reír, pero no de sonreír. No podía. No era como si nada hubiera pasado, pero sí estaba más segura de mis sentimientos hacia él, y de

los suyos hacia mí.

—Vámonos de aquí —dijo.

—¿A dónde, guapo?

—Ya pensaremos en algo... amor —dijo, y cogió mi mano.

Salimos de su oficina agarrados de la mano. Miré a Cosme y le guiñé el ojo, y él entendió que todo había salido mejor de lo que esperaba.

Claro, había ido ahí a limpiar mi nombre, sin ninguna intención de continuar algo con Logan, pero al fin de cuentas y ya con todo aclarado fue lo más natural del mundo salir de allí a su lado, dejándole ver a todo el mundo que yo era su pareja.

—La ventaja de no regresar aquí es que no necesitaremos ir a Recursos Humanos —dije, y él rio hasta que llegamos a los ascensores.

—¿Entonces no piensas regresar? —preguntó, subiendo mi mano hasta su boca dándole un beso que provocó un placentero hormigueo en mi piel.

Quedé boquiabierta y sonriendo mientras nuestros ojos anunciaban lo que nuestros cuerpos exigían. —Si regreso... *Sí regreso*, me darás un aumento.

—Hecho.

—Y un espacio para un coche en el estacionamiento.

—¿Compraste un coche?

—Lo haré con la prima de contratación.

—¿Qué prima de contratación?

—La que me ofrecerás.

Sonó el timbre del ascensor, y Logan y yo sonreíamos mientras esperábamos a que la gente saliera. Un par de personas le saludaron con un “buenos días”, y él sólo les contestó como reflejo, sin quitarme ni una pizca de atención.

Estaba derritiéndome por dentro.

Entré riendo al ascensor caminando de espaldas, y Logan me siguió. Tras cerrarse la puerta del ascensor él dio la vuelta y presionó el botón de stop.

—¿Qué...? —él no me dejó continuar. Dio un paso hacia delante y me tomó de la cintura pegándome contra él. Había cambiado la sonrisa en su rostro por una mueca traviesa que, combinada con la mirada que estaba dándome, pasé de derretida a hirviendo por dentro.

Nos besamos con todas nuestras fuerzas. Nuestros labios ardían por la intensidad de la presión entre ellos, pero el sabor y la energía entre nuestras bocas nos obligó a abrirlas más y recibir tanto de nosotros como podíamos.

Sus manos encontraron mis nalgas, me levantó y nos estrellamos contra la pared del ascensor.

Ambos jadeamos cuando me bajó. —¿No tiene cámara esta cosa? —pregunté mientras le quitaba la chaqueta.

Logan miró al techo del ascensor y encontró la cámara. Dio un paso hacia ella, se descalzó un pie y la derribó con el talón de su zapato.

Cubrí mi boca un instante antes de soltar la carcajada. —¡¿Qué te pasa?! —pregunté entre risas.

—Es mi edificio —dijo, acercándose de nuevo a mí.

—Señor Dreschner —suspiré cuando se arrodilló ante mí. Desabrochó mi pantalón y miró a mis ojos.

Mordí mis labios cuando su aliento se estrelló contra mi piel, volviéndose el epicentro de una tormenta de calor que explotó por todo mi interior, para luego concentrarse en mi entrepierna cuando Logan me desnudó de la cintura para abajo.

—Señorita Villanueva —dijo Logan al besar y lamer la unión de mi muslo con mi cadera, haciéndome reír por las cosquillas que me producía en ese lugar y por todo mi ser.

—¡Oh, señor Dreschner! —exclamé cuando me llevó a su boca. Con sus labios y lengua provocó exquisitos temblores en todo mi cuerpo que merecían más que los gemidos ahogados que debía dejar salir de mi boca en lugar de gritar.

Metí las manos entre su cabello y arqueé la espalda. Reí y gemí mientras cerraba los ojos para disfrutar del éxtasis divino que ese hombre me provocó con su voracidad.

Pero ya lo necesitaba dentro de mí. Cuando abrí los ojos y le miré él pareció leerme la mente.

Se levantó y nos besamos de nuevo mientras trataba de bajarle los pantalones. Cuando caí en cuenta que mis manos sólo estorbaban a las suyas deslicé las mías sobre su culo perfecto y le apreté antes de masajearle.

Levanté una pierna y le rodeé su cadera. Su primera embestida me hizo ponerme de puntillas con mi otra pierna y abrazarle con todas mis fuerzas.

Abracé su cintura con ambas piernas mientras él me tomaba contra la pared. Presioné la frente contra su cuello para después poner mi boca abierta en su hombro y por fin pude dejar salir un grito digno de lo que ese hombre logró despertar en mí.

A pesar de la ropa que aún traíamos puesta, el calor entre nosotros aumentaba con cada embestida, con cada frote, con cada entrada, con cada salida, con cada beso y lamida y gemido y gruñido.

Por aquellos exquisitos instantes olvidé que estaba en el ascensor del piso cincuenta, en ese lugar donde tantas veces nos miramos, coqueteamos y nos regalamos besos furtivos. Sólo existíamos nosotros, volviéndonos uno sólo durante esa deliciosa faena.

En cuanto me bajó di la vuelta, y él reconoció lo que deseaba de él.

Sus manos me cogieron de la cintura y subieron por mi cuerpo mientras entraba hasta lo más

profundo, al lugar donde él, y sólo él, había logrado tocarme por dentro.

Un lugar con línea directa a mi corazón, avisando que había vuelto.

Y por la forma en que me estaba haciendo suya, no tenía intenciones de irse jamás.

Estiré una mano hacia atrás, alcanzando a meterla entre su cabello mientras me lamía y besaba el cuello.

Abrí los ojos y me miré en el reflejo de la pared del ascensor, vi como mis gafas estaban en la orilla de mi nariz inclinados hacia un lado y yo sonreía más de lo que nunca había sonreído.

Todo mi cuerpo se estremeció anunciando la llegada de un clímax como jamás pensé llegaría a sentir.

El ritmo de las embestidas y quejidos de Logan me hicieron saber que él iba a llegar conmigo.

Empujé mi cuerpo contra el suyo, restregándome tanto como pude con cada segundo que aquella vibración se convertía en una sacudida.

Esa sacudida se volvió un temblor.

Ese temblor evolucionó a un terremoto que anunciaba una explosión inminente.

Cogí su mano y la coloqué en mi boca.

Cerré mis ojos y grité en la palma de su mano.

Él empujó sus caderas contra mí una vez más y explotó adentro, añadiendo su calor al infierno delicioso que había provocado en mí.

Ambos jadeamos tratando de recuperar el aliento. Logan pegó su frente contra mi cabeza y soltó una carcajada.

—Lo siento, no pude resistir un segundo más sin... —dijo sin aliento.

Reí y acomodé mis gafas antes de dar media vuelta y abrazarle. —¿Te arrepientes de lo que acabas de hacerme?

Él sonrió y acarició mi mejilla. —Bueno, cuando lo dices así...

Reímos y nos besamos antes de separarnos para poder seguir respirando, luchando para que nuestra respiración alcanzase un ritmo normal.

—Te amo, Dolly —dijo Logan.

Mi corazón se detuvo para enviar una señal a mi cerebro ordenándole que sonriera tanto como me fuera posible, y eso hice.

—Te amo, Logan —solté una carcajada—. Joder, te amo.

Capítulo 31.

Logan

—¿Qué es esto?! —preguntó Richard al levantar la cabeza tras terminar de leer el documento en sus manos.

—Es lo que siempre has querido —dije antes de beber del vaso de agua que la camarera acababa de traer.

—Déjate de tonterías, Logan —dijo Richard, dejando el documento encima de la mesa—. ¿Cuál es la trampa?

Suspiré. —Ninguna trampa —dije con una sonrisa—. Yo me quedo la división de desarrollo e investigación y parte de la división de manufactura para continuar con la producción y venta de la Pulsera Rx y nuevos instrumentos médicos, y tú te quedas con lo demás.

—Farmacología —dijo Richard.

—Así es.

—Y las actuales líneas de productos que ya estamos vendiendo.

—También.

—A cambio de...

—Dionisio Medina y Alek Carvalho me aseguran que esa oferta por todas mis acciones de la compañía es demasiado baja, pero insistí en darte el descuento familiar.

Richard tomó los papeles en sus manos y negó con la cabeza. —No entiendo, Logan —dijo—. Prácticamente estás regalándome la compañía.

Respiré profundo y asentí. —Estoy cansado de esto, Richard —dije—. Estoy cansado de todos los días tener que estarme cuidando las espaldas de mi propio hermano cuando deberíamos estarnos ayudando. Es agotador.

El muy descarado no ocultó su sonrisa. —Lo haces parecer más sencillo de lo que realmente es —dijo.

Reí un poco y luego suspiré. —Eres mi hermano mayor, Richard —dije, cruzando mis brazos—. Papá te crio para dirigir esta compañía, y sólo me la dio a mí porque pensaba que por ser diferente a él no serías un excelente líder. Yo nunca la quise, pero no podía negarle su último deseo a nuestro padre.

—¿Y qué cambió? —preguntó Richard— ¿Dolly?

Sonreí. —Con ella no debo ser perfecto, Richard —dije—. Sólo... debo ser yo, y esta

compañía —miré a mi alrededor y reí— no soy yo.

Richard asintió. —La Pulsera Rx es innovadora —dijo—. Cambiará los protocolos de salas de urgencias y afectará los análisis de laboratorios. Hay mucha ganancia en su producción.

—No lo hago por el dinero —dije, sonriendo—. Lo hago porque, a final de cuentas, soy un médico, y juré velar por la salud de las personas.

Richard respiró profundo y apretó sus labios. —No te voy a mentir, hermanito —dijo—, extrañaré nuestras batallas corporativas.

—Yo no —dije con una sonrisa, cogiendo mi vaso.

Richard miró fuera de la ventana del restaurante y suspiró. —Cuando te ausentaste un par de semanas pensaba que era porque te habías llevado a tu chica a un lugar remoto a divertirte un rato, no a idear una estrategia de negocios.

—¿Quién dice que no hice ambas cosas?

Él rio y asintió. —Me agrada este Logan que ha aprendido a divertirse —dijo, tomando la propuesta que había dejado en la mesa—. Hagámoslo.

Sonreí tanto como pude e hice un ademán a nuestra camarera pidiéndole nuestra cuenta. —Dejemos que los abogados se encarguen de los detalles —dije—. Salgamos esta noche a celebrar. Tú, Stephany, Dolly y yo.

Richard rio. —Stephany y yo ya no estamos juntos.

Le miré unos instantes. —Podrías llamarle a Isabel.

—Logan...

—La vi hace unos meses en una gala —Richard abrió sus ojos un poco más de lo normal y ajustó sus gafas—. Iba sola. Quizá deberías llamarle.

—¿Por qué habría de hacerlo? —dijo— Sólo porque sigo usando su nombre como contraseña no significa que guarde ilusiones ridículas de que algún día nos reconciliaremos.

—Algo significa.

—Significa que soy demasiado holgazán para pensar en una contraseña distinta.

La camarera llegó con la cuenta. Le entregué suficientes billetes para cubrir el total y una generosa propina. Richard y yo nos levantamos. Nos abrochamos un botón de la chaqueta y ajustamos las solapas al mismo tiempo.

Ambos nos dimos cuenta de nuestros gestos idénticos y reímos. Estreché su mano unos momentos antes de atraerlo hacia mí y darle un abrazo que él correspondió. —Eres mi hermano, Richard —le dije al oído—, y te quiero.

Richard rio y dio un paso hacia atrás. —No empecemos con sentimentalismos, hermanito —dijo, y nos quedamos viendo unos instantes—. Yo también te quiero —dijo, resignado, luego miró por encima de mi hombro.

Miré en aquella dirección y noté que la mesera nos sonreía.

—Creo que debí dejar que tú pagaras la cuenta —dije, girando mis ojos hacia arriba.

—Si me disculpas, Logan —me dio una palmada en el hombro y caminó hacia ella.

Salí del restaurante todavía sonriendo y vi mi limusina estacionada en la esquina. Miré el reloj mientras caminaba. Cuando llegué a la limusina abrí la puerta y vi a Dolly sentada, mirándome con cara de aburrimiento.

—Te demoraste —dijo.

Arqueeé una ceja. —¿De verdad? ¿Vas a reclamarme menos de tres minutos cuando esta mañana preparé el desayuno y tardaste media hora en salir de la habitación?

—¡Duquesa tiene la culpa! —me apuntó con su índice— Se subió a la cama y estaba tan calientita y cómoda que estuve por quedarme dormida otra vez. Además, ahora tengo demasiada ropa y no sabía qué ponerme. No debiste darme tu tarjeta de crédito y dejarme sola con Malena para irme de compras.

Me apoyé sobre el marco de la puerta y acaricié su rostro. —No puedo quejarme por el resultado —dije, mirándola de arriba abajo—. Estás fantástica.

Ella dejó salir una risilla y apoyó su rostro en mi mano. —Siempre tienes las palabras correctas, guapo.

—¿Tuviste problema al dejar a Duquesa en la guardería canina?

—Sí —dijo, inclinando su cabeza a un lado—, no la quería dejar.

Reí, subí a la limusina y nos tomamos de la mano. Apreté un poco, y acerqué su mano a mi rostro para besarle el dorso.

—¿Qué te dijo Malena cuando le dijiste que nos iríamos de viaje?

Dolly suspiró. —Se puso roja de la envidia cuando le dije que me llevarías a Europa.

—¿De verdad?

—Siempre ha querido ver París de noche —dijo Dolly, inclinando su cabeza a un lado antes de girar a verme—. Iremos a París, ¿verdad?

—Si quieres sí.

—Me contó que hay un puente donde la gente va a poner un candado cerrado algo así como una promesa de amor.

—El *Pont des Arts* —dije, recordando la nota donde lo había leído—. Pero ya no dejan poner candados.

—Quizá podamos escribir nuestras iniciales en la pared o algo así —dijo Dolly, levantando sus cejas.

Negué con la cabeza. —Vas a meterme en problemas, mujer.

—Nos meteremos en problemas juntos —dijo, abrazándome el brazo—. En realidad, ella le encantaría ir, por lo menos una vez en su vida, a una semana de la moda en París.

—La llevaremos a ella y a Juan la próxima vez que haya una.

—¿De verdad?

—Éste no será nuestro único viaje, ¿o sí?

—¿Y cuándo trabajaremos?

Apreté mis labios y asentí. —No tiene nada de malo tomarnos unas vacaciones un par de veces al año.

—Vale, ¿quién eres y qué le has hecho a mi Logan? —preguntó Dolly, girando en su asiento y mirándome de frente.

Reí. —Richard siempre me dijo que debía aprender a relajarme y disfrutar de la vida —froté su mentón, y deslicé la punta de mi índice encima de su nariz empujando hacia arriba sus gafas—. Quizá sólo necesitaba conocer a la persona correcta con quien hacerlo.

—Pudiendo ligarte a una chica de alta sociedad me conquistaste a mí —dijo Dolly, negando con la cabeza—, ¿qué estabas pensando?

—Ya es demasiado tarde —dije, acercándome a su rostro y rozando sus labios con los míos—. Ya me enamoré de ti, y tú de mí.

—No me creo que conoceré el mediterráneo —dijo sonriendo y yo solté una carcajada.

—¿Dónde haremos nuestra primera parada? —le dije—. Desde que te lo dije hace unos días te pedí que lo decidieras tú.

—Siempre he querido conocer Ibiza —dijo, mirando hacia arriba—. Dicen que el ambiente de fiesta ahí no tiene comparación.

—No conozco Ibiza —dije, asintiendo—. He pasado la noche en Mallorca un par de veces, que está cerca. Es hermoso.

—Tú me vas a llevar a bailar —dijo Dolly.

Reí y negué tan rápido como pude. —Yo no bailo, ¿recuerdas?

—Anda —dijo como una niña chica haciendo su mejor esfuerzo por conseguir lo que quiere— ¿Ni por mí?

—Eso es chantaje emocional.

—¿Y qué?

Le miré a los ojos. —Te arrepentirás de habérmelo pedido.

—¿Por qué?

Dejé salir una risilla. —Porque una vez que bailes conmigo no habrá vuelta atrás y jamás dejarás de amarme.

Nos miramos uno al otro sonriendo y ella apoyó su frente contra mi hombro.

Dolly subió su falda dándole a sus piernas la libertad suficiente para subirse encima de mí y besarme.

—Yo te enseñaré —susurró.

Le cogí de la cintura y exploré su figura por encima de la tela delgada de su blusa.

—¿Esta es mi primera lección?

—Ajá —dijo, rodeando mi cuello con sus brazos y moviendo sus caderas en círculos encima de mí—. Recuerda que debes tener a tu chica cerca siempre para que su cuerpo esté en perfecta sincronía con el tuyo.

Miré su rostro ruborizándose mientras nos movíamos con nuestro ritmo personal perfeccionado durante las últimas semanas en las que habíamos pasado los días y las noches juntos.

Nos besamos de nuevo y cuando su lengua tocó la mía esa atracción y deseo entre nosotros pareció crecer aún más, dirigiéndonos hacia la culminación que tanto anhelábamos. Habíamos hecho el amor aquella mañana, pero nuestros cuerpos respondían como si no nos hubiésemos tocado en meses.

—¿Tenemos tiempo antes de llegar al aeropuerto? —preguntó Dolly cuando separé mis labios para saborear la embriagante piel de su mentón.

—Suficiente —dije.

Ella rio. —Perderemos nuestro vuelo.

—Soy dueño del avión —le susurré, tirando de su cabello.

—Logan —suspiró—. Te amo.

—Yo también te amo.

El coche siguió su camino, y por supuesto que el avión despegó más tarde de lo planeado.

Epílogo

Dolly

Cinco años después...

—No jodas, no puedo hacer esto —dije al girar y dirigirme hacia el camerino.

Malena se paró en mi camino y me agarró por los hombros. —Tranquila —dijo.

—¿Viste la cantidad de gente que hay ahí fuera!? —dije, apuntando hacia el escenario detrás de mí.

Ella se asomó encima de mi hombro y asintió. —Logan no parece tener problemas.

Giré y lo vi en el escenario del centro de convenciones. Malena tenía razón: estaba calmado, haciendo ademanes con las manos, y sonriendo. Parecía que la presión de presentar ante la comunidad médica las distintas versiones de la Pulsera Rx que habíamos desarrollado no le afectaba en lo más mínimo.

—¿Viste la cantidad de gente que hay ahí fuera? —preguntó Juan al acercarse a nosotros con las manos en la cintura— Tienes agallas, lagartija.

Malena y yo nos miramos a los ojos. Respiré profundo y crucé una mirada con Logan, que esperaba a que el público dejara de aplaudir. Miré la presentación en la gigantesca pantalla del escenario y vi que acababa de revelar la versión casera de la Pulsera Rx.

“*Mierda, ya casi es mi turno,*” pensé, subiendo y bajando mis hombros tratando de relajarme.

—Tú deberías acompañarme —le dije a Juan, que se quedó boquiabierto—. Se nos ocurrió juntos cómo optimizar...

—No, tú eres la que se le ocurrió usar una...

—¡Cállense los dos! —gritó Malena, apuntando al escenario.

Los tres miramos a Logan, que nos miraba con su mano extendida hacia nosotros. Soltó una carcajada, tocó el micrófono de diadema que traía puesto y miró hacia el público.

—Solía pensar que me haría caso después de que nos casáramos —dijo, sacándole risas al público—, pero ella es la prueba viviente de que a una mujer extraordinaria no se le puede obligar a nada, ni siquiera a salir al escenario —me miró y sonrió— *¡cuando es su turno!* —dijo a regañadientes.

Abrí los ojos de par en par, pasé las manos por mi cabello suelto y corrí hacia el auxiliar de la conferencia que tenía en sus manos el micrófono de diadema que iba a utilizar.

Alisé mi falda larga, ajusté mis gafas y salí caminando con una sonrisa forzada al escenario.

La luz del escenario brillaba tanto que apenas y podía ver más allá de las primeras filas, aunque sabía que el auditorio no tenía ni un solo asiento vacío.

—Gracias a la inteligencia de mi adorada esposa logramos concentrar el flujo de datos de los nuevos sensores de la Pulsera Rx para ampliar la cantidad de condiciones que ahora podemos monitorizar sin necesidad de enterrar una aguja en su piel —dijo Logan, tomándome la mano.

Cinco años después y ese gesto todavía lograba enfocar toda mi atención en él. Podría estar contra el reloj o siendo bombardeada con preguntas y el sólo hecho de tener a Logan cerca me mantenía orientada y tranquila.

—¿Qué tal una demostración? —pregunté, sacando del bolsillo de mi blusa el prototipo más reciente de la nueva pulsera. Se la coloqué a Logan, le saqué el móvil del bolsillo de su chaqueta y tras un par de toques logré que la pantalla del auditorio mostrara la interfaz de seguimiento de la Pulsera Rx.

—Como mencioné durante la presentación...

—¡Oye! —le dije— Es mi turno —el público rio y Logan sonrió—. Como pueden ver en la pantalla los nuevos sensores nos permiten un seguimiento a tiempo real del paciente. Si la glucosa de un paciente está disparándose por los cielos los doctores ahora podrán... —me detuve, miré los números de Logan y caminé hacia él para palmarle su abdomen perfecto—. Cariño, ¿has estado comiendo pastelitos a escondidas de mí?

—¡Despídanse de poder romper la dieta! —Logan se quitó la pulsera y la gente soltó una carcajada.

Lo miré y él me arrebató la pulsera de las manos. —Te dije que a la gente le gustaría esa broma —susurró.

Caminé hacia atrás y levanté mi mano, mostrando en mi muñeca la pulsera. —Una nueva función que agregamos fue el seguimiento hormonal —dije—. Así las mujeres podrán saber al minuto el momento del día en que son más...

—Cariño —llamó Logan.

—Lo sé —dije fingiendo fastidio—, estuvo toda la noche diciéndome que no olvide que también puede monitorizar otros niveles para detectar...

—¡Cariño! —llamó de nuevo.

Le miré y estaba boquiabierto mirando la pantalla del escenario.

—¿Qué? —articulé antes de mirar la pantalla y clavar mi mirada en un renglón en específico.

—¿Está embarazada? —escuché a alguien preguntar entre el público.

Miré a Logan, que no me quitaba la mirada de encima, su rostro mostrándome una mezcla rara de asombro, felicidad, y terror que me aceleró el corazón y me sacó una sonrisa.

—¿Sorpresa? —dije, levantando mis manos a los lados.

Creo que todos en el escenario escucharon el grillo de emoción de Malena desde atrás del

escenario. La miré y estaba siendo abrazada por Juan, que compartía la sorpresa de todos.

Todo el público aplaudió y Logan se acercó a mí. Se quitó la diadema y luego me quitó la mía.

—¿Estás embarazada? —dijo, aunque entre todos los aplausos apenas y le alcancé a escuchar.

Me encogí de hombros. —Tengo un retraso y me he sentido algo rara, pero todavía no consideraba... —puse mi mano libre en la frente y le mostré la muñeca donde tenía la pulsera puesta— Esta cosa no miente ni falla, guapo.

—Lo sé —dijo con una enorme sonrisa en su rostro—. Joder, estás embarazada.

—Estoy embarazada.

Ambos reímos y poco a poco nos carcajamos. Él me cogió de un abrazo y me besó, lo que ocasionó otra ronda de aplausos del público.

—Te amo, Dolly —dijo, pegando su frente a la mía.

—Te amo, Logan.

FIN



Con su amor sanarán las heridas en sus corazones.

Briseida Figueroa le ha prohibido al amor entrar a su vida, pues el mundo está lleno de patanes que sólo la quieren para sexo y ya ha tenido suficiente. No abrirá su corazón a nadie, aunque el nuevo dueño de su trabajo le hace dudar de su determinación. Su presencia basta para tentarla de cometer una indiscreción en sus últimos días con la compañía.

La vida de Níkolos Reiter es hueca y carente de sentido tras la muerte de su esposa años atrás. Él daría todo su dinero con tal de una pizca de la felicidad que alguna vez tuvo, aunque esa chica alocada y magnética en su compañía recién adquirida le provoca hacer lo que él creía imposible: sonreír otra vez.

Un tiroteo en el lugar de trabajo los unirá y encontrarán que juntos podrían darle ese sabor único a su vida que no sabían que añoraban hasta conocerse. ¿Podrán vencer al dolor que les impide ver lo felices que podrían ser si tan solo se dieran la oportunidad?

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Su pasión atravesará las barreras de lo prohibido.

Serena Vallarta añora ser la única mujer en el mundo para un hombre digno de su amor, pero parece que los hombres las prefieren más putas y menos ocupadas. ¿Por qué ha de ser diferente con el ex esposo de su hermana, con quien ahora debe trabajar?

Tener una pareja sublime por dentro y hermosa por fuera es lo ideal para Alek Carvalho, pero las mujeres en su vida tienden a dejarlo cuando más pueden hacerle daño. Sin duda la singular asociada a quien supervisa lo lastimará como ellas si se lo permite.

Ambos saben que la irresistible atracción entre ellos no debería existir, pero reprimir el desbordante deseo que crece con cada segundo juntos sólo hace que crezca en exquisita intensidad y desate tentadores pensamientos.

¿Serán capaces de ver más allá de lo que creen que no debería ser, y permitirse un amor como ningún otro en sus vidas?

NOTA: Esta obra solía titularse “No Me Quitarás A Tu Ex”. Lo único distinto es el título. El contenido es el mismo.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



En su amor está el exquisito equilibrio entre los negocios y el placer.

Emilia Salazar está harta de que todos los hombres que conoce no quieren más que sexo. Decide enfocarse en su nuevo trabajo como secretaria del dueño y presidente de una empresa multimillonaria. Pero su nuevo jefe despierta emociones poderosas e irresistibles desde cada rincón de su ser. Trabajar para él es una tormentosa delicia que la tiene siempre al borde de cometer una deliciosa indiscreción.

Para Jerrold Chandler no hay nada por encima de su empresa en su vida. Ni siquiera el amor. Pero su nueva secretaria no es como otras mujeres que sólo lo quieren por lo que puede ofrecerles. Es una mujer de sueños propios, voluntariosa, un alma salvaje. Es todo lo que él no sabe que le falta.

La vida los unirá a pesar de sus protestas, y cuando al fin logren estar juntos sus respectivos pasados pondrán a prueba su pasión. ¿Podrán encontrar en su amor la felicidad que ambos añoran en sus vidas?

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Juntos vivirán un amor que ni el tiempo borrará.

Con una hija que criar y un malnacido por exmarido, Camila Santana deja atrás cualquier ilusión de pasión en su vida y se enfoca en su trabajo. Pero con el regreso de su primer amor aquellas sensaciones que juró jamás tener hacia ningún hombre, por más encantador, confiado, fuerte e irresistible que fuera, vuelven a apoderarse de sus pensamientos. Él ahora es su jefe, y ella no puede negarse a soñar.

Heredar la fortuna y el negocio familiar parece ser más sencillo para Thomas Beringer que los horrores vividos en su ejemplar carrera militar. Pero la mirada hipnotizante y brillante de la chica que dejó atrás sigue revolviendo emociones en su corazón, y sus palabras timbran con verdades que le obligan a enfrentar los fantasmas de su pasado y pensamientos demasiado peligrosos para su paz mental.

Aunque ambos se rehúsen a ello, verán que el dolor del pasado y las lecciones del presente tienen la clave para un grandioso futuro para ellos y para todos los que les rodean, y aprenderán que el amor verdadero puede doler, pero la dicha que le acompaña trasciende toda barrera que el tiempo impone.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)

¡Gracias, cariño, por leer hasta el final! Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Un agradecimiento muy pero muy especial para mis lectores y lectoras pero que me han ayudado a darles una mejor experiencia. Siendo de México entiendo que muchas de mis expresiones se escuchan —más bien se leen— raras para quienes viven fuera de mi país. Así que gracias de todo corazón a María, Majo, Tiago, Garbi, Charo y Jorge.

Te invito a que me dejes tu opinión sincera de mi trabajo. Me encantaría saber lo que **te gustó** y lo que **no te gustó**. Eso me ayudaría mucho a crecer como autor y darte en un futuro muchísimo mejores lecturas.

Si deseas conocer todas mis obras puedes verlas en mi Página de Autor en [Amazon USA](#), o en [Amazon España](#).

¿Quieres estar en contacto conmigo? Te dejo mi Página de Autor en [Facebook](#).

Nos vemos pronto.

Un besito donde más te plazca.

Emma H. Johnson